

BENJAMIN VICUÑA MACKENNA

ACTUAL INTENDENTE DE SANTIAGO

I

Hé aquí una figura simpática.

Desde hace meses converjen sobre ella todas las miradas.

Santiago, esta ciudad fría, apática e indolente de ordinario, se muestra hoy activa, ajitada, entusiasta en la obra de su embellecimiento, desprendida para lograr su transformación, satisfecha con sus esperanzas de bienestar i los indicios de su rápido progreso.

Hai una mano que la impulsa hácia adelante i ella se deja guiar marchando entre alegrías i sorpresas, pero segura i confiada de que se la lleva por el buen camino.

Tienen los años una estación en que la naturaleza viste de gala: en ella sonríe el cielo, los campos se coloran de esmeralda, se funden las nieves para correr en abundantes raudales, renacen los follajes de los árboles, brotan las flores i gorjean las aves: el sudario del invierno se rasga i la naturaleza cobra vida, animación i colorido.

Santiago entra también en su primavera, después de haber estado adormecido durante un largo invierno.

Así le vemos levantar palacios, embellecer sus edificios, aumentar sus paseos, sus calles, sus fuentes, sus árboles: exhibir las obras de la industria i de las artes, los frutos de su suelo, el trabajo de sus hijos; llamar a las puertas de la opulencia para hacer soportable la miseria, dando aire, luz i espacio a los hogares del pobre: preocuparse, en fin, de su suerte i abrir los surcos de donde ha de brotar su prosperidad futura.

¿Quién ha dado semejante impulso a toda una ciudad? ¿quién ha con-

fundido el pensamiento múltiple de todo un pueblo en un deseo, en una aspiración, en un anhelo, a fin de avanzar un paso de gigante en el mundo del progreso, en ese mundo misterioso e infinito que al pensamiento humano solo es dado explorar, pero que jamás alcanzará a conocer por completo?

—¿Quién?—Un hombre de voluntad i de inteligencia, de trabajo i de constancia; que se inspira en el amor a sus hogares i a su patria, que con abnegación i entusiasmo procura el bien ajeno, sin miedo a las fatigas ni a los obstáculos.

Benjamin Vicuña Mackenna es hoy con razón sobrada objeto de jeneral espectación, i se siente acariciar por el aplauso de la ciudad que le tiene a su cabeza, por el elogio de la prensa de todos los matices i por las felicitaciones de la amistad.

Más tarde empeñará la gratitud nacional. Su paso por la esfera de los negocios públicos no tendrá la duración del relámpago que abre la nube i se disipa en la oscuridad: su memoria tendrá los albores que marcan la época de la prosperidad de un pueblo.

Diseñar a grandes rasgos las distintas faces de la vida de Vicuña, tormentosa i fecunda desde su edad juvenil, es el objeto que nos proponemos en este artículo. Sus dimensiones serán reducidas desde que el mayor número de los lectores las conocen quizá en detalle: las luchas de la política en que tomó parte Vicuña no están lejanas, sus numerosas publicaciones circulan con profusión, sus contrastes de hombre privado han sido del dominio público, i sus actos de funcionario administrativo están en estos momentos palpitantes en el recuerdo de todos. Escribimos, pues, para que nuestro trabajo sea apreciado por aquellos pocos que no hayan tenido oportunidad o interés en seguir de cerca la existencia del entusiasta liberal, del atrevido revolucionario, del fecundo escritor i del hoy activo mandatario de la primera de nuestras provincias.

II

Si alguien contemplase por un instante solo a Vicuña Mackenna, indudablemente que no sospecharía hallarse en frente del ardoroso voluntario que siguió a Carrera en la borrasca revolucionaria del 51 ni del festivo autor de los «Tres años de viajes».

Así como la estatua emblemática de Garrick engañaría la vista del que no la observase por sus diversos lados, a Vicuña Mackenna debe estudiársele de cerca i con alguna atención.

Entonces se descubre en aquella cabeza de nevados cabellos una

frente tersa i espaciosa, una mirada ardiente de juventud i una eterna sonrisa de buen humor jugueteando en sus labios. Entónces se ve que esa mentida apariencia de ancianidad, no pasa de ser un capricho de la naturaleza, pues que los años no han podido marcar aun sus huellas en esa fisonomía en que circula la vida con toda su sávia.

Si en el seno de las alturas envueltas en un ropaje de nieve se oculta el fuego i la lava, bajo aquella apariencia se encierra tambien un corazon ardoroso, entusiasta, atrevido.

Se encuentra al hombre que se busca.

Vicuña en sus escritos, en sus discursos, en los actos todos de su vida, se ha dejado llevar del espontáneo impulso de sus sentimientos i jamas de la lójica fria de la reflexion. Su cabeza ha sido avasallada por su corazon.

Sin embargo, sus arranques de ardoroso entusiasmo no han llegado a hacer de él un hombre impetuoso ni apasionado hasta la vehemencia: algunos periodistas i escritores lo han tachado de lijero, de versátil, de poco maduro en sus juicios.

Vicuña no ha aspirado jamas a ser hombre *grave*.

Hé aquí por qué, a nuestro entender, ha hecho despacio el viaje de la política i no se han dejado ántes de ahora al alcance de su mano los puestos oficiales: en nuestro pais ha tenido prestijios i seducciones, ántes que todo, la gravedad, sobre todo la gravedad muda, ceremoniosa, doctoral.

Para aparentar esta gravedad se necesita cierta dósisis de egoismo. Vicuña no lo ha tenido jamas.

Ni siquiera se habrá detenido a pensar que su carácter expansivo, franco i jovial, que su humor benévolo, festivo i complaciente mui bien han podido alejarle a perpetuidad del lado de los timoneles del Estado.

Siempre hai entre nosotros un hombre dispuesto a izar a aquel de quien pueda decirse:—es un sujeto sério, promete mucho.

I siempre tambien una mano pronta para hacer bajar a los «buenos muchachos», tengan o nó talento, «que no se han envuelto en los pliegues de la seriedad».

Hoi que Benjamin Vicuña ha sido apellidado el «rei de los intendentes» ¿comenzará a lucir la aurora de la esperanza para los «buenos muchachos» de la intelijencia que aspiren a ser algo en el mundo de la política, en el que ántes de ahora han tenido tan fácil acceso las petrificadas esfinjes del estoicismo?

Puede: la prueba ha sido tentadora.

Pero véase tambien que el modelo es raro de hallar.

III

El actual intendente de Santiago nació el 25 de agosto de 1831.

Pertenece a una de las mas numerosas i distinguidas familias de la capital; son sus padres don Pedro Félix Vicuña i Doña Cármen Mackenna.

Una palabra a su niñez:

Fué un mal colejial: flojo, travieso, insigne cimarron en el cerro de Santa Lucía, esa pintoresca colina que la actividad del hombre de hoy trasforma en un prodijio de belleza. Singularidades de los tiempos! En la memoria del antiguo colejial deben abrigarse los gratos recuerdos de esos amados ocios de la infancia, de esas horas de *dolce farniente*, fujitivas i encantadoras, que vió trascurrir en el sitio mismo destinado hoy a inmortalizar su nombre de funcionario!

Gustando mas el colejial Vicuña del bullicioso solaz de los recreos, de armar «vinchucas» a sus camaradas i de reivindicar su parte de gloria en las *leonas*, que de la aritmética, el epítome i el Cornelio, se presentaba a fin de año ante las mesas de exámenes a tiempo para recojer el fruto de su aplicacion, de tal manera que se cuentan en sus certificados no menos de *veinte erres*.

Mas, llegado el estudiante porro a los diecisiete años, propúsose abandonar sus antiguas inclinaciones, su antipatía por los testos i su amor a los «calduchos», i con voluntad i teson sin iguales se dedicó a sus tareas,—rindió en un solo mes sus exámenes de derecho.

Obtuvo así i en aquella edad su diploma de bachiller en leyes.

Desde esta época comienzan para Vicuña las escenas de ajitacion i movimiento en que su precoz intelijencia i su fecunda imaginacion tuvieron lugar de manifestarse.

IV

El jóven bachiller solicitó el acceso a la corporacion científica i literaria llamada «La Academia de Leyes» i fué aceptado en mayo de 1849. Esa corporacion, fundada durante el coloniaje i reformada despues por el gobierno de la república, se mantenía con auje i encerraba en su seno las noveles intelijencias que ansiaban labrarse un porvenir por el estudio. Hallábase a la sazón dirijida por el anciano Don Juan F. Meneses, ese Proteo de la política, de quien nos han llegado versiones tan variadas como estrañas sobre su vida, su carácter, tendencias i aspiraciones.

Poco tiempo despues de la incorporacion de Vicuña, el presidente

de la academia, don Máximo Mujica, obtuvo el nombramiento de ministro de Estado en el departamento de justicia. Con tal motivo, en la próxima sesión, el director Meneses propuso a los sorprendidos asistentes que firmaran una nota de ardiente felicitación a aquel funcionario en que se le pedía que él mismo designase su sucesor.

Esto último entrañaba una abierta violación del reglamento de la academia, que prescribía se eligiese al presidente por votación de sus mismos miembros.

Vicuña, sin poder contener el oleaje de su indignación, protestó con toda la energía de su alma juvenil de semejante invasión de los fueros de la academia. Meneses, terrible en sus cóleras, no halló un castigo que más directamente fuese a herir la dignidad i el corazón del joven estudiante, que su inmediata expulsión del seno de sus compañeros, i sin guardar fórmulas de ningún género, la decretó.

El porvenir del estudiante quedaba así a merced del rencoroso director, quien creyó no tardaría en ver llegar a aquél humillado i en solicitud de perdón.

El dean se engañó.

Vicuña se inspiró en la convicción de su derecho, en la justicia de su proceder, i antes de rebajar su conciencia i su honra, se resolvió a arrostrar con ánimo sereno los resultados de la lucha contra el íntimo i poderoso amigo del ministro recién elevado.

Llevó la cuestión a la Universidad, a la prensa, al Gobierno, al Congreso.

En todas partes se estrelló contra los secretos manejos que puso en ejercicio Meneses. Una voluntad menos persistente, un espíritu menos fuerte que el de Vicuña, habrían naufragado en la cruzada de odio i de persecuciones de que fueron objeto él i muchos de sus compañeros arrastrados a su causa por las simpatías que despertaba en toda alma joven el sentimiento de la justicia. Contábanse entre estos últimos don Adolfo Ibañez, Vallejo, Cisternas Moraga, Cabrera i algunos otros jóvenes de talento i varonil entereza.

Triunfante el director Meneses merced a la decidida protección que hallara en la Moneda, no alcanzó sin embargo a gozar largo tiempo de su victoria.

El *Comercio*, el *Progreso*, la *Barra* i otros periódicos se pusieron de parte del pertinaz estudiante i no tardaron en turbar el reposo del septuajenario dean. El razonamiento, la sátira, la mofa más terrible se cebaron en el vencedor. Hubo de sesgar por fin: su altivez se ablandó como la cera ante el ridículo público i los envenenados dardos de los guerrilleros de la prensa diaria.

Se abrieron tratos, sirviendo de mediador el rector de la Universidad don Andres Bello, de querida memoria.

La prensa apagó sus fuegos.

La academia, o mas bien la clase de *práctica forense*, siguió funcionando bajo la presidencia del señor don Miguel M. Güemes.

Los miembros espulsados fueron admitidos en su seno.

Vicuña era ahora el vencedor: la prensa le habia salvado.

¿Qué raro es que despues haya profesado un amor tan sincero al poder mas grande del siglo, el que ensalza o abate las reputaciones, desvanece los errores i lleva a las conciencias la luz de la verdad?

Vicuña ha publicado en 1868 sobre el drama estudiantil que dejamos bosquejado, un folleto con el título de «La disolucion de la academia de leyes».

V

Benjamin Vicuña, hijo de uno de esos hombres que en política son la antítesis de los Dupin i los Hugo, de un hombre que tanto en las columnas de la prensa como en su curul de senador, ha rendido culto a la idea liberal, bebió puede decirse con su educacion un odio acendrado a los gobiernos tirantes i opresivos. Como su padre, ha sido consecuente a sus principios militando siempre en las filas del partido liberal, en cuyas aras ha hecho ofrendas jenerosas. A los 19 años hallábase prestando su exámen de abogado, cuando estalló la revolucion del 20 de abril. Las ideas que fermentaban en el pecho de algunos ardorosos i atrevidos patriotas contagiaron al jóven Vicuña.

Dejó de la mano sus estudios i se lanzó en la avalancha de la revolucion.

El coronel Urriola le dió un puesto de honor: le hizo su ayudante.

La noche del 28 fué hecho prisionero en el patio del cuartel del Chacabuco, en el momento en que penetraba a caballo llevando en su mano una pistola, por cuyo desacato fué procesado i condenado a muerte.

Esta terrible sentencia no iba a ser la única que se fulminara contra el jóven campeón revolucionario. Otras tres del mismo jénero le aguardaban en su carrera de azares i ajitaciones.

Encerrado en prision, logró fugarse de ella vestido con ropas de mujer el 4 de julio de 1851, i se dirijió a Coquimbo en compañía del caudillo don José Miguel Carrera.

VI

Su presencia allí no fué estéril.

Organizaron la revolucion que estalló el 7 de setiembre. En ese mismo dia Benjamin Vicuña fué destacado a la cabeza de veinte soldados veteranos a proseguir la obra iniciada. El jefe de vanguardia ocupó al siguiente dia a Ovalle, en seguida a Combarbalá i despues a Illapel, en donde fué nombrado gobernador por el pueblo.

Este episodio de su vida, lleno de chistosos incidentes, lo refiere el mismo actor en uno de sus trabajos históricos, con el donaire i lijereza de su inagotable pluma.

Veinte dias despues de la ocupacion de aquel pueblo, el flamante gobernador era batido por fuerzas enviadas de Santiago a las órdenes del teniente coronel Campos Guzman, en la quebrada de la Aguada, punto cercano a Illapel: los milicianos que habia logrado reunir se dispersaron como las bandadas de pájaros, al estallido del fusil.

Volvió a ser mandado a cargo de la vanguardia, i el 14 de octubre, dia de la batalla de Petorca, se encontraba en las alturas de Putaendo con una columna de cincuenta hombres, veinte leguas adelante de las fuerzas a que pertenecia i solo a veinticinco de la capital.

Esta columna fué la única del ejército del norte i del sur, que mas se aproximó a Santiago, produciendo alguna alarma en la Moneda.

Terminada la revolucion del modo que todos conocen, Vicuña vió trascurrir un año entre escondites i sobresaltos. Sus perseguidores lanzaron contra él dos nuevas condenaciones a muerte. A fines de 1852, zarpó de las playas de la patria un buque de vela con destino a California, que llevaba a su bordo como sobrecargo al ayudante del desgraciado Urriola.

Con las reducidas utilidades que obtuvo Vicuña del negocio, se fué a Estados Unidos, despues de atravesar a Méjico desde Acapulco a Vera-Cruz a lomo de mula, en marzo de 1853.

Visitó todos los Estados de la Union i el Canadá, desde Nueva Orleans a Quebec, durante cuatro meses.

La vida errante del jóven viajero tuvo pronto un nuevo i dilatado teatro. En julio de 1853 cruzó los mares con direccion a Europa.

Vicuña, resistiendo a las seducciones de aquel mundo desconocido i lleno de halagos para su imaginacion juvenil, refrenó a su deseo de emprender desde luego una peregrinacion por las grandes ciudades, i cursó durante el año 54 las clases del colejio agrícola de Cirencester, dedicándose al estudio de las ciencias naturales aplicadas a la agromía práctica.

Solo en 1855 determinó emprender sus viajes i visitó la Italia, Alemania, la Irlanda, Escocia, Holanda, etc.

En octubre de ese mismo año regresó a Chile por la vía de Buenos Aires i las Pampas.

Vicuña, al pisar el suelo querido de su patria, al contemplar su cielo diáfano i azul, las albas nieves de sus cordilleras, al aspirar las frescas brisas de sus campos; todo aquello en fin que tan a menudo se refleja en el recuerdo del peregrino, debió sentir su alma bañada en ese océano de felicidad suprema que embriaga al que ve realizadas las vagas esperanzas que creyera dorados ensueños, anhelos fantásticos de su ajitado espíritu.

Al entrar en sus hogares, el viajero llevaba en su maleta alimento para saciar su sed de escritor.

Las páginas de su diario de viaje iban a ser trazadas con la rapidez vertijinosa del torrente.

VII

Vicuña dió al público en el año de 1856, su primera obra seria *Tres años de viajes*. Este libro reveló al escritor: su estilo es suelto, galano, lleno de imágenes de buen gusto.

Aparte de algunas ligeras incorrecciones de lenguaje i algunas exageraciones en los conceptos, debidas a la fantasía del escritor, encierran «Los tres años de viajes» una lectura amena e instructiva para los americanos.—Costumbres, paisajes, artes, ciencias, industrias, curiosidades, personajes notables, todo es tocado por el jóven autor sin que abunden ni empalaguen los detalles como sucede frecuentemente en los libros de viajes, sino que siempre se halla lo necesario para instruir i mantener el interes del lector.

Anteriormente habia dado a luz en la *Tribuna* su primer ensayo titulado *El sitio de Chillan*.

En Inglaterra habia escrito un folleto de bastante utilidad—*La Agricultura europea aplicada a Chile*.

En 1855 publicó en Paris *Le Chili considéré sous le rapport de son agriculture et de l'émigration europeenne*, obra que tuvo alguna circulacion en el viejo mundo i dió a conocer favorablemente nuestro pais.

VIII

En 1856, Vicuña Mackenna se recibió de abogado, profesion para la que no habia nacido i a la cual ha manifestado una aversion mui pronunciada.

Si hubiéramos de atenernos a las opiniones que muchas veces ha emitido acerca de la profesion que entre nosotros ha obtenido una voga tan inmensa, haciendo que la fortuna sonria a los que la han abrazado con entusiasmo, Vicuña de buen grado habria dado un golpe de muerte a la abogacía como lo dió al antiguo bachillerato.

Vicuña ha envuelto tambien en sus antipatías el aprendizaje del latin que se hace en nuestros colejos, esa jimnástica obligada i a menudo estéril del espíritu a que se ha dado una tan primordial importancia por nuestros universitarios. En abril 1865 fué comisionado por la Facultad de humanidades para informar sobre el estudio obligatorio del latin i presentó un informe sosteniendo su abolicion.

La distancia que ha tenido Vicuña por el latin, se ha cambiado en acendrado amor tratándose del estudio de los idiomas vivos, que posee con una perfeccion rara, descollando entre sus compatriotas que en jeneral adquieren solo un conocimiento imperfecto de las lenguas extranjeras, a causa del mal sistema de enseñanza en uso en los establecimientos de educacion nacionales.

Vicuña ha publicado en ingles el libro titulado *A Sketch of Chile expressly prepared for the use of Emigrants from the United States and Europe to that country*—New York, 1866.

Ya antes habia escrito en frances *Le Chili*, obra que tuvo el honor de ser citada con elogios por el ilustre Michelet i que le dió acceso a varias sociedades literarias de Europa, segun vemos en un libro que tenemos a la vista. «This small work (dice) has been honoured by the approbation of the illustrious Michelet, wiox ho has spoken of it in terms of great commendation. The author also was, during his stay in Paris, made a member of several literary societies.»

IX

Vicuña, pues, no hizo gran caso de su diploma de abogado.

Abandonando el foro por las letras, escribió el *Ostracismo de los Carreras*—1857.

Abandonando las letras por la política, fundó en 1858 la *Asamblea Constituyente*.

En la redaccion de este periódico, en cuya bandera se leia el lema de «Reforma constitucional», tuvo por compañeros al fundador de *La Patria* de Valparaiso, don I. Errázuriz, i otros jóvenes distinguidos de la oposicion.

Vicuña entraba de nuevo con ardor i decision a navegar en las turbias aguas de la política en que ya habia arriesgado su porvenir,

al hacer la experiencia de la vida pública en los tiempos desgraciados del 51.

Pero su naturaleza, sus inclinaciones, el culto que en lo íntimo de su alma rendía a la libertad, esa diosa que dispone de los latidos de los nobles corazones, llevaban a Vicuña al sitio del peligro como arrastrado por esa fuerza que impele a la nube hácia la sinuosa montaña en donde el choque eléctrico la hará caer i estallar.

Como esas aves que gustan de volar en medio de las tempestades, el jóven redactor de la «Asamblea constituyente» entraba de lleno en la lucha de los partidos.

El periódico fué acusado como sedicioso.

I el 12 diciembre de 1858, dia en que se celebraba un meeting en el salon de la «Filarmónica», promovido por Vicuña, la autoridad arrastró a la cárcel a los concurrentes.

Encerrado aquel en la Penitenciaría i condenado a muerte (cuarta vez) fué enviado a media noche a bordo de la *Luisa Bragington* con destino a Liverpool.

En la travesía, penosa i aciaga, el proscrito tuvo siquiera los consuelos de la amistad—el jóven poeta don G. Matta, el diputado don M. A. Matta i don A. C. Gallo eran sus compañeros de desdicha.

X

La permanencia de Vicuña en Europa esta segunda vez no fué tampoco estéril.

Visitó la España i sus archivos i estrajo de ellos documentos importantes para la historia de su patria.

Con las piezas recojidas en esa fuente ha escrito la obra *Diego de Almagro* que aun conserva inédita, no sabemos por qué motivos, aunque suponemos que no le habrán permitido limarla la vicisitudes i trabajos de diverso jénero en que ha visto trascurrir los últimos años.

En enero de 1860 se trasladó a Lima i allí vivió un año entre archivos. Publicó el primer tomo de la *Historia de la revolucion del Perú* i el *Ostracismo de O'Higgins*.

XI

De regreso a su pais, adonde entraba de una manera furtiva, pasó Vicuña varios meses viviendo entre zozobras i recelos. Mui pronto, sin embargo, tuvo que abandonar el incógnito de su existencia para elevar su voz ante los jurados de Valparaiso, adonde era

conducido por uno de los hijos del ex-ministro del dictador O'Higgins don José A. Rodríguez Aldea.

El historiador era acusado de calumnia contra la memoria de aquel eminente jurisconsulto cuyo nombre está ligado a uno de los mas interesantes períodos de nuestra historia.

El autor del «Ostracismo de O'Higgins» ocurrió el 24 de junio de 1861 ante el juri reunido en el consulado de comercio del vecino puerto.

El público, ávido siempre de esos espectáculos que levantan algun ruido en nuestras calmosas ciudades, se estrechaba en el recinto del tribunal.

El debate fué largo e interesante, i el fallo de los jueces favorable al acusado.

Hé aquí como se espresa un jóven escritor al dar cuenta del desenlace del ruidoso juicio:

«En medio de un profundo silencio se oyen pronunciar al juez las palabras *No es culpable!*

I centenares de voces aclaman al juri, al juez i al acusado Vicuña Mackenna, entre los trasportes mas entusiastas i mas unánimes que se hayan presenciado jamas en los estrados de un jurado. El escritor victorioso es felicitado por un gran número de amigos i de apreciadores i es acompañado hasta su casa como en marcha triunfal,» («Vicuña Mackenna ante el jurado de Valparaiso» por M. G. Carmona, imprenta del *Mercurio*—1861)

Antes de esta época Vicuña habia sido llevado en dos ocasiones ante el tribunal de imprenta.

En 1851, por un artículo histórico titulado *Las tablas de sangre de la candidatura Montt*, en que salió condenado el editor.

I en 1859 por la *Asamblea constituyente* en que fué condenado con sus compañeros de redaccion. Iniquidades políticas como las cuatro sentencias a muerte que se hicieron pesar sobre su cabeza—aunque deberíamos apellidar a éstas con mas propiedad—demencias de la política.

Hai para los pueblos como para los individuos horas de perturbacion que mas tarde se traen al recuerdo revestidas del sello de lo absurdo o lo increíble.

Pasan, pero sus huellas restan.

Se trasmiten a la posteridad.

XII

Vicuña se ha sentido siempre dominado por esa sed de la inteligencia i de la imaginación que obliga a la pluma a correr sobre el papel para transmitir el propio pensamiento a los amigos i a los extraños, a la jeneración que alienta hoy i a la que surjirá mañana.

Su vida puede contarse por los volúmenes que ha escrito; no ha trascurrido un año sin que las prensas hayan dado al público un libro.

Apenas halló algún reposo en el país, después de su existencia errante, publicó la «Historia de la administración Montt» (5 volúms) i la «Vida de don Diego Portales» (2 volúms)—1861 i 62.

Ambas obras contienen numerosos e interesantes documentos, cuyo acopio acusa un ímprobo trabajo, por lo que admira la rapidez con que han sido concebidas i ejecutadas.

Nótase también en los trabajos históricos de Vicuña cierta propensión a dar a los hechos un colorido, un realce, una animación hasta cierto punto romancescos.

Recordaremos lo que se ha dicho de Lamartine: en el historiador se descubre al poeta.

Si Vicuña se hubiese dedicado a la literatura fantástica, sin las trabas, los escollos i las limitaciones que exige la relación histórica; si hubiese dejado libre curso a su imaginación rica de fecundidad, sus palabras, como las olas que no vacilan en correr, habrían llenado los pliegos i hecho la fortuna de muchos editores.

Habría sido un novelista sin rival en nuestra América.

Pero ya que ha desdeñado ese jénero en que su ingenio, su facilidad de redacción, su fantasía i el brillo de su lenguaje, le habrían dado un incalculable renombre, debemos confesar que ha conseguido su propósito si al dedicarse a describir las luchas i las revoluciones de nuestra patria i perpetuar la memoria de sus hombres ilustres, ha querido hacer un servicio a la historia nacional i figurar con distinción entre sus escritores notables.

Ha desenterrado documentos preciosos i trazado páginas que adquirirán mayor valía i prestigio a medida que se apague el rumor de los reproches con que los contemporáneos reciben las apreciaciones que hieren, menoscaban o agravian la memoria de los deudos queridos o venerados.

El juicio de la posteridad, frío, sereno, desligado de afecciones i de enconos, es el único que debe acatarse como la emanación de la ver-

dad i de la justicia, como el eco de la conciencia pública, como el homenaje de la admiracion o el sentimiento de la reprobacion jeneral.

Ese juicio está aun distante para el autor del «Ostracismo de los Carreras», el «Ostracismo de O'Higgins» i la «Historia de la Administracion Montt.»

Puede que le sea mas favorable que el de los contemporáneos.

XIII

El año de 1863, Vicuña Mackenna se hizo periodista. Le fué acordada la redaccion en jefe del *Mercurio*, que desempeñó hasta 1864.

No sabemos si el escritor ilustrado i elegante se manifestó asimismo buen polemista; porque para nosotros tenemos que el diarista debe reunir muchas de esas cualidades apuntadas por Larra, que hacen una verdadera especialidad de esos luchadores constantes de la prensa; i que así como no puede improvisarse un buen escultor, ni un buen pintor sin estudios previos i sin alimentar esa chispa divina que llamamos jenio, los hombres del periodismo necesitan, para descollar, ciertas particularidades que no se hallan en todos los escritores, por fecunda que sea su pluma i por vasta que sea su instruccion.

No quiere decir esto que dudemos de que esas cualidades las poseyera Vicuña Mackenna, sino simplemente que nada afirmamos, desde que no hemos podido formarnos juicio acerca de sus tareas de redactor del *Mercurio*.

En 1864 fué electo diputado al congreso nacional, obteniendo la mayoría de los sufragios del departamento de la Ligua.

La cámara de diputados le elijió secretario, para cuyo puesto fué reelecto por unanimidad en 1867, siendo diputado por Valdivia i Talca.

Vicuña no es un orador.

Su palabra, que se elevó a menudo en el recinto de la cámara, es florida, amena, siempre ilustrada; pero no posee la fuerza, el brio, la rapidez, el fuego de la elocuencia.

Sin embargo, se le escucha con gusto.

Siempre en sus discursos campea la orijinalidad, ya en el pensamiento, ya en la forma.

Vicuña tomó parte activa en los debates sobre el art. 5.º de nuestra carta constitucional, pidiendo i votando su abolicion.

Es tambien el único diputado que haya propuesto la abolicion de la congrua eclesiástica. Su indicacion, votada que fué, obtuvo un solo voto—el suyo.

Vicuña presentó, como mandatario de Valdivia, varios proyectos de importancia.

Está llamado a ocupar en lo sucesivo su antiguo puesto de congresal: será siempre un diputado que se hallará holgado en su banco: sus talentos serán útiles al país.

XIV

La atmósfera cargada de electricidad en que alentaba la política en el año de 1865, se disipó al soplo impetuoso del patriotismo que levantó en la nación el odioso atentado de la España.

El bloqueo de nuestros puertos por la escuadra de Pareja fué la gota que hizo rebosar de indignacion todos los pechos i el lazo de union de todas las almas: los partidos desaparecieron, los rencores se olvidaron: el país todo pareció tener un solo corazón que latía henchido de nobleza i esperanzas.

La guerra no era para nadie un fantasma medroso: era el anhelo, la aspiracion de todos los chilenos.

La España podría vencernos, pero no humillarnos.

El gobierno, sin vacilar un instante, asumió la actitud que reclamaba el pueblo en medio de la mas ardiente exaltacion.

Apénas trascurridos algunos dias desde el arribo de las naves enemigas a Valparaiso, dejaban nuestras playas con direccion al Perú, a Colombia, a Norte América, algunos distinguidos compatriotas enviados por nuestro gobierno en busca de adhesiones, de simpatías i de recursos entre los hermanos del continente.

Vicuña Mackenna tuvo el honor i tambien la desgracia de contarse en el número de los ajentes que enviara Chile al extranjero en aquellas horas aciagas de temores i ansiedad.

El 3 de octubre, oculto en la bodega de uno de los vapores de la carrera, se alejaba Vicuña de la patria para emprender una nueva Odisea, en que, como el héroe de Homero, iba a correr una série de peregrinas aventuras.

Era su mision la de *ajitador* en la patria de Washington i Monroe, cargo ajeno a la diplomacia, pero al que se atribuian favorables resultados.

Vicuña comenzó a cumplir con los deberes de su mision en cada puerto del Pacífico en que tocara de arribada el vapor.

En el Perú, convulsionado por la guerra civil, con sus escritos i su palabra despertó un verdadero entusiasmo por nuestra causa, entusiasmo que no se desmintió mas tarde cuando escaló el poder el

coronel Prado, hoi ilustre i querido huésped de Chile, dispuesto a honrar siempre a los que de cualquier manera han empeñado su gratitud.

En el Ecuador, en Panamá, el ajitador fué fiel a su propósito.

Llegado a la gran nacion de la América, Vicuña puso toda su voluntad, todo su tiempo, toda su actividad sin igual al servicio de su patria.

Es ajeno a este artículo el intento de especificar sus actos durante los diez meses que allí permaneciera.

Bastará decir que ninguno de los ajentes de la república en el exterior, en todo el tiempo de las hostilidades de la España en nuestros puertos, hizo la mitad de lo que él realizó en medio de las circunstancias desfavorables en que le colocaba su mision, su falta de recursos; las instrucciones poco precisas que llevaba, i la hostilidad manifiesta del gran pueblo hácia nuestra causa, dada a conocer sin embozo por el célebre secretario de Estado Mr. Seward i los órganos mas respetados de la prensa periódica.

Vicuña hizo oportunas publicaciones en los diarios de Nueva York; fundó la *Voz de la América*; inundó nuestra cancillería de comunicaciones sobre la política americana, sobre torpedos, sobre buques, sobre los elementos de guerra modernos; habló en los clubs, en las plazas públicas, delante de catorce mil espectadores en el *Instituto de Cooper*; visitó los astilleros, los arsenales i conferenció con los principales armadores; envió a Chile veinte magníficos cañones Parrot, colocados hoi en las baterías de Valparaiso, i cuatro buques que aunque mui calumniados por los politiqueros de la época, sirven aun al gobierno o a los particulares.

El precio de tales elementos de guerra era inferior al pactado por una sola nave en Inglaterra, por otros ajentes, i se pagó en Chile de cuenta i riesgo de los vendedores.

Vicuña, obligado a vivir en la gran metrópoli americana con solo una renta de cuatro mil pesos, en medio de contrastes i sinsabores, procesado i puesto a las puertas de la cárcel como violador de la *neutralidad* yankee, debia mas tarde regresar a su pais (i perdónese la comparacion) como Ulises a las playas de Itaca, con un bagaje de penalidades i hasta sin zapatos.

Si en sus hogares no halló *pretendientes* a quienes combatir, halló sí otro enemigo mas terrible—la exaltada pasion política—que esgrimia en su contra la sátira i la mofa.

Vicuña respondió dando a la luz pública una interesante esposi-

cion documentada de su conducta, «Diez meses de mision a los Estados Unidos» (2 volms.) que, mas que una justificacion, es la obra de su levantado patriotismo.

El supremo gobierno aprobó la conducta del ajente confidencial en los términos mas esplicitos i mas favorables, en oficio de 4 de agosto de 1866, firmado por el señor Covarrubias, ministro de relaciones exteriores a la sazón.

Para terminar este párrafo, copiaremos un juicio emitido por uno de nuestros diarios mas ilustrados i mas parco en sus elogios—el *Independiente*:

«Cuando el historiador trate de escribir la relacion de la guerra que sostenemos contra el poder de España, sin duda que dedicará una sentida pájina a los chilenos que velan por Chile en tierras estrañas. En esta pájina estamos ciertos que el nombre de Benjamin Vicuña Mackenna ocupará un lugar distinguido o acaso el primero de todos.»

XV

Dejó de ser la guerra con España la preocupacion jeneral.

Fermentaba bullidera en los espíritus la cuestion política de mayor importancia que se haya ventilado en los últimos lustros de nuestra vida libre—la acusacion a la Corte Suprema de justicia.

Los escritores de todos los matices salieron a la arena apercebidos para el mas crudo de los combates.

En los diarios sérios, en los folletos, en los periódicos de guerrilla, se analizaban i se discutian los hechos i las personas, buscando el corazon para herir, recurriendo a las dolorosas verdades, al ridículo, a la ironía i aun a la calumnia.

Fué aquella una época anormal i terrible.

La caricatura cual dardo envenenado cayó sobre nuestros hombres públicos.

Vicuña Mackenna habia solicitado se procediera a investigar la conducta funcionaria del presidente de la Corte Suprema, don Manuel Montt, en el célebre proceso de Melipilla.

Esto bastó para que la prensa hostil a los partidarios de la acusacion, avanzase el concepto de que habia sido infiel a su honradez durante su mision a los Estados Unidos.

Vicuña, en setiembre de 1868, acusó ante el jurado al diario *Ferrocarril* i a los periódicos el *Charivari* i *Linterna del Diablo*.

Los debates i el desenlace de ese triple juicio corren impresos en

un cuaderno publicado por el ofendido con el título de «El Castigo de la calumnia.»

Vicuña habia triunfado, pues, ante sus jueces, pero habia perdido ante el tribunal de la opinion, no en cuanto se relacionaba a su honra i a su dignidad, sino por cuanto renegaba de sus tradiciones liberales i de su propio pasado.

En efecto, nadie estaba mas atado para llamar en su auxilio la terrible lei de 46 que el que habia ido a sostener por tres veces consecutivas los fueros del escritor ante el *juri*.

¿Se trataba de su honradez, mas que eso, de sacudir de sus hombros el peso de una imputacion por demas agravante, como era la de que habia aprovechado en su favor las horas de peligro de la patria?

¡Qué importaba!

Sobrados medios tenia a su alcance para desvanecer ese cargo, sin ocurrir al jurado, el que acababa de empeñar la gratitud nacional con servicios abnegados, cuya paga no es ciertamente el dinero.

I luego todo el mundo veia en ese cargo una represalia política. En aquellos momentos de exaltacion, de despechos i de cóleras para los diversos bandos comprometidos en una lucha de naturaleza harto difícil, enojosa, ardiente, i de una trascendencia imposible de prever, se comprendia que la ola turbia i revuelta salpicara con su espuma una reputacion sin tacha.

No era el solo caso que ocurría en ese tiempo en que la borrasca de las pasiones se ajitó sobre las cabezas de nuestros primeros hombres, majistrados, gobernantes, congresales i simples ciudadanos.

Pero no se comprendia cómo Vicuña Mackenna persiguiera una pena efimera, transitoria, mezquina por sus resultados, en contra de sus impugnadores. Mas grandeza de alma habria demostrado seguramente apelando al criterio recto, sano i sereno de la gran mayoría de las jentes alejadas del círculo estrecho de la política militante—al tribunal supremo i siempre justiciero de la opinion pública.

Las pruebas i los documentos estaban al alcance de su mano: poseia una pluma hábil, bien cortada, dócil a su pensamiento, firme en las tareas.

¿Por qué no la dejó ir en defensa de su honor?

El escritor habria sido así consecuente con sus actos del pasado.

I el ciudadano íntegro, el patriota sincero, el jeneroso servidor de la nacion, habria visto brillar su honra pura de toda mancha ante el juicio de sus conciudadanos como aparece quizá al presente en la serena conciencia de sus mismos impugnadores de ayer.

Tal es nuestra conviccion, espresada de una manera franca i leal,

tal como la formamos durante las peripecias de aquel lamentable drama que pudimos seguir de cerca. Puede, sin embargo, que ella aparezca equivocada ante los ojos de muchos. No por eso se debilitaría en nuestro ánimo.

XVI

El año de 1868, Vicuña Mackenna continuó con tesón sus tareas de escritor.

Publicó su *Historia de Santiago* (dos volúmenes); tres volúmenes de la *Historia de Chile*, por diversos autores, con anotaciones numerosas; su *Historia de Valparaíso* (primer volumen); *La guerra a muerte* (un volumen) i *Francisco Moyén* (un volumen).

Estas obras han contribuido a granjearle una justa celebridad. Hai en ellas mucho que admirar: un estilo fluido, correcto, que jamas decae, una copia de documentos i datos históricos harto valiosos, detalles i situaciones interesantes por mil conceptos, una forma de lenguaje, una viveza de espresion llena de novedad i atractivo.

Algunos de estos libros han merecido al autor juicios mui favorables i aplausos mui espontáneos de la prensa.

El *Francisco Moyén* ha sido traducido al ingles i publicado en Londres en 1869 con el retrato del autor.

XVII

La Esposicion Nacional de Agricultura que se celebró en Santiago en 1869, tuvo un cooperador infatigable en Vicuña Mackenna.

En su calidad de secretario jeneral de la comision directiva, tomó a su cargo la publicacion de un grueso volumen sobre los trabajos de ésta, perpetuando así el recuerdo de aquella hermosa fiesta del progreso industrial de nuestra jóven república.

Vicuña Mackenna ha sido secretario de todas las sociedades i comisiones de alguna importancia organizadas en la capital desde 1855, comenzando por la de instruccion primaria en la que sirvió ese puesto junto con el malogrado Paulino del Barrio.

Algunas memorias referentes a los trabajos de esa benéfica comision se deben a su pluma.

En 1864 fué uno de los cuatro redactores del volumen que se publicó sobre la *Union Americana*.

En 1865 fué secretario de la comision de inmigracion i dió a luz el libro titulado «Inmigracion extranjera en Chile.»

Fué tambien secretario en 1856 de la Sociedad de Agricultura,

reorganizada por él, i publicó una memoria con el título de «La Agricultura en Chile» i el «Mensajero de la Agricultura» (dos volúmenes).

XVIII

Vicuña Mackenna ha tendido constantemente a rendir desinteresado, noble i jeneroso homenaje a los héroes i hombres eminentes de su patria.

Háles tributado el culto íntimo de su admiracion en las páginas todas de sus numerosos libros.

Héroes del mar i de las batallas, hombres de letras, artistas, modestos benefactores del pueblo, humildes obreros del progreso, oscuros mártires del liberalismo le han merecido una justa alabanza, algun sentido recuerdo, algunas palabras en fin sintéticas, sonoras i armoniosas segun el brillo i los esplendores de la gloria del personaje evocado de entre las nieblas del tiempo distante.

Pero aun ha hecho mas.

Ha procurado exhibirlos en su forma material ante la vista i la imaginacion del pueblo.

Constituye este uno de los mas honrosos timbres de su existencia.

El concibió i realizó la idea de la fundicion de la estatua de Molina, en la Escuela de Artes i Oficios de Santiago, primer trabajo de este jénero ejecutado en Sud América.

Trajo ademas desde Bolonia los restos i el busto de aquel ilustre chileno.

Trabajó con entusiasmo en la ereccion de la estatua ecuestre del jeneral San Martin.

A consecuencia de una mocion presentada por Vicuña, se trajeron del Perú los restos del capitan jeneral don Bernardo O'Higgins. El fué quien obtuvo del hijo del esclarecido prócer la cesion del monumento hecho construir en Roma para el cementerio de Lima, i que se halla actualmente en el de Santiago.

Como secretario de la comision encargada de erijir la estatua que hoi embellece el óvalo principal de la Alameda, presentó la idea que debia ejecutar el escultor i corrió con todos los trabajos que demandara la suscripcion popular destinada al pago de la obra.

Despues se encargó de la ceremonia solemne de la inauguracion i de la terminacion del libro titulado *La corona del Héroe*.

Débese asimismo a Vicuña Mackenna la ereccion del monumento de Manuel Rodriguez, que fué inaugurado solemnemente en Tiltil el 26 de mayo de 1864.

Recientemente ha dado algunos pasos para levantar estatuas al filántropo don Manuel Salas i al padre Camilo Henriquez.

Algunas de las plazas i calles de Santiago, por órden suya, llevan los nombres de Bello, de Blanco, Rondizzoni, Beauchef, Tupper, Maruri, Viel i otros que deben trasmitirse a las jeneraciones para que sean venerados miéntras la libertad i la civilizacion sigan siendo el patrimonio de nuestro suelo i el noble anhelo de sus hijos.

XIX

A principios de 1870, Benjamin Vicuña se dirijió por tercera vez a Europa. Motivó su viaje la delicada salud de su esposa.

Vicuña visitó ahora gran parte del continente europeo, llegando hasta las puertas del oriente—la pintoresca Malta.

Era la época terrible en que la Francia i la Alemania llenaron el orbe con los ecos del desastroso i violento choque de sus ejércitos, i en que el rei Guillermo debia apagar sobre la frente del tercero de los Napoleones la mentida aureola que pretendiera haber heredado del mas audaz de los guerreros modernos.

Vicuña Mackenna, espectador de ese conmovedor al par que sangriento drama, remitia por cada mala al *Mercurio* de Valparaiso, correspondencias sobre los acontecimientos de la guerra.

Esa série de cartas escritas por una pluma palpitante de emocion i signadas con el nombre de *San-Val*, en recuerdo de las dos mas importantes ciudades de Chile—Santiago i Valparaiso—tuvieron un suceso que quizá no pudo sospechar su autor.

Apénas veian la luz en el *Mercurio* cuando todos los diarios les daban asilo en sus columnas, siendo frecuentemente reproducidas en la prensa de Lima i Buenos Aires a pesar de referirse a acontecimientos posteriores a las fechas que se tenian en esas capitales.

Esas cartas han sido coleccionadas en un volúmen i salvadas así de vivir la existencia efímera de los artículos de periódicos.

Para un sectario de Mahoma, viajero en los confines de la Arabia, seria harto doloroso pasarse sin visitar Medina, guardadora del sepulcro del Profeta. Para Vicuña seria tambien un pesar, hallándose en el continente, no emprender el camino de Sevilla que guarda ese tesoro para él de inestable valía—El Archivo de Indias.

Como resultado de su última peregrinacion a ese depósito de preciosos documentos de la historia americana, es la adquisicion que hizo de mas de cincuenta gruesos legajos referentes a la época en que Chile fué colonia española. El mismo presidió a la copia de esos documentos, destinados a ver la luz quizá en época cercana.

Trajo tambien la famosa historia del padre Rosales que adquirió a gran costo i despues de mil molestias en Valencia, i que no permanecerá inédita largo tiempo. Vicuña leyó ante la Facultad de humanidades un interesante estudio sobre ese manuscrito.

XX

De regreso a Chile, se hallaba gozando del dulce sosiego del campo i entreteniendo sus ocios en la redaccion del segundo tomo de la *Historia de Valparaiso*, cuando el 21 de marzo del año actual fué llamado para desempeñar el puesto de intendente de Santiago.

Entró en sus funciones el 20 de abril, dia en que puso término a aquel trabajo literario.

XXI

El intendente Vicuña, sobre el cual se hicieron comentarios de todo jénero al principio de su gobierno, es al presente un mandatario modelo.

El presidente señor Errázuriz debe felicitarse por su eleccion, como se felicita la ciudad de Santiago testigo de su actividad, de su iniciativa i de su sagaz i prudente vijilancia, del discreto i elojiable acierto en las medidas de adelanto material e intelectual para nuestro pueblo.

Vicuña, desde el dia siguiente a aquel en que asumió el mando de la provincia, ha hecho completa luz en los actos administrativos emanados de su autoridad—nuestros diarios han dedicado una seccion especial para los *Datos de la Intendencia*, en que el público dia a dia puede apreciar los pasos que avanza en la senda del progreso.

Nuestra municipalidad que aparecia como una nebulosa en una atmósfera de calma, respira hoi el ambiente de la vida despues de haber cobrado el movimiento i el entusiasmo que le comunicara su nuevo jefe.

El vecindario opulento ha abierto sus arcas a la primera palabra del mandatario.

La juventud se agrupa con placer a su derredor para cooperar en los trabajos que son el patrimonio de todos.

Hasta las beldades de la capital, verdaderos ánjeles de la caridad, han prestado el solícito continjente de sus jenerosos esfuerzos en favor de los desgraciados de las cárceles i asilos de beneficencia.

Vicuña, enemigo de la rutina, busca el bien sin reparo a las fórmulas, a los hábitos tradicionales de la autoridad: ha abandonado en

sus notas la aridez i sequedad *oficiales*, mostrándose atento, cortés e insinuante.

En su despacho se muestra accesible, afable, obsequioso, sin distinguir rangos ni reputaciones—todo el que llega a él halla una solución que jamas retarda a pretesto del trabajo del dia. Hasta ha desterrado el tratamiento— el *Usta* ceremonioso i antidemocrático, que es sin embargo una prescripción de nuestras leyes.

Ha tenido el talento de hallar un amigo en cada conocido, un cooperador en cada vecino i un apoyo valioso en sus compañeros de la municipalidad i entre los miembros del gobierno.

El intendente Vicuña, miéntras el espectro de la peste se paseó por los hogares llenándolos de dolores i lágrimas, llevó a ellos consoladoras esperanzas i auxilios preciosos para la miseria. Comprendió que nunca es mas eficaz, mas noble i mas grande el ministerio de la autoridad que en las grandes calamidades.

El tambien pagó un tributo a la epidemia, pero en cambio hizo buena cosecha de agradecimientos i bendiciones de esa jente que no tiene a su alcance otra paga que la gratitud que emana abundante de sus corazones.

No es esta la ocasion de estudiar los actos del mandatario Vicuña, que serán de una trascendencia inmensa para el progreso de Santiago. Su propósito es que la capital pueda llamarse el Paris de la América.

Hoi está en el trabajo.

I no hai duda que el éxito espléndido que le aguarda será el premio de su anhelo, de su actividad i de sus esfuerzos.

Las últimas obras que ha publicado Benjamin Vicuña durante su permanencia en la Intendencia son: *La Transformacion de Santiago*, en que enuncia las medidas en ejecucion i las que conviene realizar en el porvenir, i un interesante volúmen con el título de *Miscelánea*, que será el primero de una série que contendrá todos los artículos sueltos del autor, desde 1849 hasta el corriente año.

Santiago, setiembre de 1872.

MOISES VARGAS.

APOLOJIA DEL ASNO

Paulo majora canamus.

Paseábame triste i pensativo una mañana por la poblacion de Valparaiso.

Habia contemplado hasta el cansancio el flujo i reflujó de las olas; habia respirado a pulmones abiertos el ambiente del mar, i otros ambientes que nada tenian de parecido al del mar; habia escuchado el pito de las máquinas de vapor, i el armónico ruido de los carretones; habia repasado todas las vidrieras del Almendral i calle del Cabo.....

Lo único que no habia hecho era almorzar.

La apremiante i poderosa voz de la naturaleza me advirtió esta omision, i obedeciéndola ciegamente, me dirijí al hotel donde me encontraba hospedado.

Cayendo aquí, codeando por allá; empujando i empujado a mi turno por los Mercurios de todas nacionalidades que sobre todo en dia de vapor, como era el de que se trata, no respetan viviente en ese puerto, llegué mohino i fastidiado a la puerta de mi hospedería.

Un nuevo obstáculo me aguardaba en ese lugar. Dos asnos (vulgo burros) se habian colocado frente a la puerta, i obstruian completamente el paso, aguardando ser descargados del agua que conducian.

Un movimiento de cólera me hizo de pronto alzar el baston sobre el lomo de las pobres bestias. Pero al ir a descargar mi furia sobre ellos, involuntariamente fijé una mirada en su rostro.

Ah! nunca olvidaré ese rostro!

Una mirada triste, macilenta, abatida, habia caído de los ojos

de los pobres mulos. Era una mirada, mas que de angustia, de clemencia i de perdon.

El asno, ser débil e indefenso, clamaba al cielo con la resignacion del mártir piedad i compasion para su cobarde verdugo!

Esa mirada me conmovió. Entré apresuradamente al hotel, almorcé mal, comí peor i dormí mucho peor aun.

Tenia esculpida en mi mente la mirada de los pobres burros. Aquella mirada me preocupaba, me abstraia, me desgarraba.

Durante mi sueño no veia sino burros, rebaños inmensos de burros que me dirijian las mismas tristes i tiernas miradas.

Esta fascinacion, este beleño parecia tomar en mi cerebro sérias i abundantes proporciones.

Iba acaso a desarrollarse en mí una *burro-manía* que sirviera de tema de estudio a nuestros célebres alienistas?

Lo cierto es que en esa época i durante toda la temporada de verano no hice otra cosa que ocuparme de los burros.

En las librerías mi atencion se dirijia a las obras de historia natural.— Cap. I=§ Burros.

Mi pieza estaba llena de cabezas de burros en todas las actitudes conocidas i por descubrirse: burros en pintura, al oleo i al fresco, en estatuas de yeso, de bronce i mármol.

Durante el curso de estas investigaciones hice varios apuntes a la lijera, descompajinados i sueltos, que hoi me sirven para bosquejar la

DEFENSA DEL BURRO

que envio a los lectores de la *Revista*, encomendando a su induljencia al reo, i particularmente..... al abogado.

I

Si es verdad, como lo ha dicho no sé que sábio, que el hombre es mui superior a los animales en materia de vicios, pero mui inferior a los mismos en tratándose de virtudes, esa inferioridad se hace tanto mas sensible tratándose del asno.

Mi defendido (i no es el primero que defiende) ejerce siempre en todas partes, respecto de la humanidad, la mision que el individuo de su especie, llamado *macho cabrio emisario*, ejercitaba respecto de los pecados de la grei judaica en el desierto.

No hai crimen que no se acumule sobre su inocente cabeza; no hai falta de que no aparezca culpable.

El asno es porfiado, es estúpido, es feo, tiene las orejas escesivamente largas; es melancólico, es lerdo i pesado; su rebuzno es atrozador i horripilante. en una palabra, es asno.

Sin desanimarme ni sentirme abrumado bajo el peso de tantos i tan formidables cargos, voi a pasarlos en revista metódicamente, para demostrar en seguida que esos defectos son mas naturales i mucho mas esenciales al hombre, que a lo que ese ser orgulloso tanto como defectuoso, apellida desdeñosamente bestia.

Pero ante todo una consideracion jeneral.

Si el asno tiene realmente tantos defectos i tan pocas cualidades, por qué el hombre lo mantiene a su lado? Un amo tiene siempre el derecho de despedir a un mal servidor. Yo lo aseguro; este último no se quejaria del procedimiento ni aun reclamaria el beneficio o el desahucio que le otorga el Código.

Esta consideracion es a todas luces concluyente.

Pero es cierto que el asno tenga los defectos que se le imputa?

Oigamos una autoridad irrecusable i eminente.

Mr. Buffon al retratar al asno lo hace de la manera siguiente:

«El asno no es un caballo dejenerado; no es un hijo ilícito, intruso ni bastardo; su sangre es pura, i aunque su nobleza sea ménos ilustre, ella es tan buena i tan antigua como la del caballo; por qué entónces tanto desprecio por ese animal tan bueno, tan paciente, tan sobrio i útil? Los hombres pueden menospreciar así hasta en los animales a los que le sirven tan bien i con tan poco costo?

«El caballo recibe del hombre una educacion; se le cuida se le instruye, se le ejercita, miéntras que el asno abandonado a la grosería del último de los criados, a las bellaquerías de los pillos, léjos de adquirir educacion no hace sino perderla, i si no tuviera un gran caudal de buenas cualidades las perderia efectivamente por la manera con que se le trata. No se atiende a que el asno seria por sí mismo, i para nosotros, el primero, el mas bello, i el mas bien formado, el mas distinguido de los animales, a no existir el caballo; él es el segundo en lugar del primero i por esto solo, parece no ser nada. Lo que lo degrada es la ocupacion; se le mira, se le juzga no en sí mismo sino con relacion al caballo; se olvida que es un asno, que tiene todas las cualidades de la naturaleza, todos los dones esenciales a su especie, i no se piensa sino en la figura i cualidades del caballo que le faltan i que no puede tener.

«El asno es por su naturaleza, tan humilde, tan paciente, tan tranquilo como el caballo es orgulloso, ardiente e impetuoso; sufre con

constancia i quizás con valor los castigos i los golpes; es sóbrio en la cantidad i calidad de su alimento; se contenta con las yerbas mas duras, mas desagradables, que el caballo i otros animales abandonan i desdeñan, pero es mui delicado sobre el agua; no bebe sino de la mas clara i con la misma sobriedad con que come. En su adolescencia es alegre i aun a veces hermoso; tiene lijereza i elegancia. Se apega a su amo aunque ordinariamente éste lo maltrate; lo conoce de léjos i lo distingue de los demas hombres, reconoce igualmente los lugares que ha habitado, los caminos que ha recorrido; tiene los ojos buenos, el olfato admirable i un excelente oido.»

Bastaria esta elocuente descripcion para confundir de vergüenza a los cobardes detractores del asno. Pero no se crea que mi defendido huye de la polémica a que se le incita amparado únicamente por una página del célebre naturalista.

Es menester que sus adversarios conozcan que el asno posee a su favor las autoridades mas respetables i dignas, del foro, de las letras i de la misma iglesia.

Ya ántes de Buffon, el académico La Motte Le Vayer, habia publicado una obra bajo este título: *Diálogo sobre las raras i eminentes cualidades de los asnos de este tiempo entre Philonius i Paleólogo.*

Daniel Hemsius, en 1629, en una obra impresa por los Elzevirianos, va todavía mas allá aun que La Motte en su tarea de reparacion. La obra se titula: *Laus Asini* i es acompañada de una lámina que representa un asno i dos sabios prosternados a sus piés. La figura del asno es tan grave como lo exige la situacion, pero no imperiosa; es la de un buen rei dejándose besar la pata por sus cortesanos.

En cuanto a la de los sábios, el uno refleja la humildad risueña de un sincero adorador; el otro lleva impresos en su rostro los odiosos signos de la envidia.

Por lo demas, el libro de Hemsius es digno de su fama i de su título. El autor revisa allí el antiguo proceso seguido contra el asno, i apoyándose en la autoridad de Antistenes, Aristófanes, Plutarco, Zenon i muchos otros sábios, refuta victoriosamente la calumnia.

La buena semilla no dejó de fructificar.

En 1769, un doctor de Montmartre daba a la luz un folleto en 8.º titulado: *Elojio del asno*, i que lleva por epígrafe esta ilustre máxima: *Nosce te ipsum.*

I a la verdad si el elojio de las víctimas ha sido siempre el tema de las almas jenerosas, qué tiene de estraño que plumas inmortales se hayan encargado de desarrollar la defensa de mi protegido?

Porque el asno es hoi no solo una víctima digna de piedad por sus

sufrimientos sino tambien una majestad destronada i en desgracia: un Orelie de la historia natural, un Borbon.

Consultemos la historia, esa fuente de verdades, por mas repulsion que ella inspire a los oradores del Congreso, i allí encontraremos las pruebas palpitantes de la reyecía del asno.

Los inventarios de riquezas de los primeros pastores de la Siria mencionan en primer lugar al asno. Lo mismo los primeros judíos.

Jair de Galaad tenia treinta hijos que montaban otros tantos asnos, i gobernaban otras tantas ciudades; a asno por ciudad.

Abdon, juez de Israel, tenia por el contrario mas hijos que asnos; los primeros eran cuarenta; los segundos eran solo treinta i siete.

El rei David tenia un intendente de *l' Athonoth* (caballeriza de asnos). Esta comision tenia tan numerosos competidores como un puesto de tesorero.

Job reprocha al insensato su orgullo por creerse tan libre como el hijo de la burra salvaje.

Dios mismo, al hablar a Job, ha pintado la independenciam del asno.

«Quién, dice, ha dejado ir libre al asno salvaje i ha roto todas sus trabas? Yo le dí el desierto por casa, i lugares de retiro en una tierra estéril. El se burla i con razon de la multitud que llena las ciudades i no oye la voz de un amo implacable. El faldea las montañas para encontrar pasto i busca con gran cuidado todo lo que tiene verdura.»

La escultura i la historia de Persia i Ejipto revelan el aprecio del asno.

Roma rivalizaba con ellas; segun Varron, el senador Axio compró uno en 400,000 sestercios (140,000 \$).

En Grecia, Pirro, el escéptico Pirro, el que dudaba de todo i de todos, no creia sino en las virtudes del asno.

Sócrates lo estimaba en segundo lugar despues de Aspasia. Su sabiduría no podia avenirse con la petulancia del caballo.

Diodoro de Sicilia, Cornelio Népote, i Tucídides, lo creen superior a los demas animales.

Su encuentro es signo de dicha. Así es que al verlo, Alejandro emprende la conquista del Asia, Mario la derrota de los Cimbrios, César pasa el Rubicon; Augusto se apodera del universo.

I con harta razon.

Se llama al leon el rei de los animales!

Hermoso rei cuyo aspecto solo os horripila, cuyos ruidos os estremecen, i que por única caricia, hace de la persona de su súbdito un almuerzo!

Por mí (i probablemente por vosotros) creo que aun el hombre mas prevenido contra el asno, preferiria su encuentro en el rincon de un bosque, al de contemplar la melena del rei de los animales.

El mismo Hemsius se propone una cuestion:

Si el hombre fuera obligado a elejir entre el leon i el asno para tenerlo como amo, a cuál de los dos elejiria?

Hemsius se permite no dudar de que el asno seria el elejido.

I con razon! Hable la historia; hablen los pueblos que han sido gobernados ya por leones, ya por asnos.

II

Inmortalizado por la historia, el asno ocupa tambien un eminente puesto en la fábula.

Ajax, el héroe de Homero, es comparado por este poeta, a un asno paciendo en un verde prado, asaltado a pedradas por los muchachos, desdeñando esos ataques, i retirándose honrosamente del campo de la lucha, solo despues de haber apaciguado su necesidad.

No existe prueba alguna de que la familia de Ajax haya protestado contra tal comparacion.

Sileno i Baco son representados sobre un asno. El asno tiene las riendas sueltas, prueba de la garantía que su conducta inspiraba al jinete.

Los gigantes juran destronar a Júpiter. Ya habian escalado el cielo; las diosas habian creido conveniente desmayarse i los héroes tomar la fuga. No quedaban ya en el Olimpo sino Júpiter i Baco.

La resistencia no podia prolongarse. Ya los Titanes gritan: victoria! cuando un rebuzno formidable los obliga a detenerse.

Esta vacilacion los perdió. Poco despues eran arrojados al Tártaro.

Quién habia sido el vencedor? El asno de Sileno que llamaba a su amo.

En memoria de este triunfo, es que el asno figura en el número de estrellas que forman la constelacion de Cáncer.

Así, la voz de un asno habia sido mas poderosa que la éjida i el rayo de Júpiter (*Jovi plus in asini voce tuum presidi quam in cæjide et fulmine fuisse*) (*Juan Passerat*)

III

De la fábula volvamos a la historia i a la Biblia.

Segun ella, los mas altos hechos sucedidos en esos tiempos tienen por protagonista al asno.

Cuando segun la profecía de Débora, Baruc, jeneral israelita, hubo derrotado a Sísara, jeneral de los cananeos, la misma Débora entonó un soberbio cántico de accion de gracias. Este cántico data del año 1281 ántes de Jesucristo i es uno de los mas celebrados. Sabeis el motivo?

Débora lo cantó montada sobre una burra de singular belleza, llamada Zéchorah.

Cuando Saul fué elejido rei por los judíos, se hallaba ocupado en buscar las burras de su padre estraviadas en el campo.

Sanson, el Hércules hebreo, no necesitó de ametralladoras ni Krupps para derribar en un encuentro mil filisteos. Tenia en sus manos una quijada de burro.

Jesucristo no usó de ninguna otra cabalgadura.

El asno abrigó su cuna abandonada por los hombres; el asno lo llevó triunfante a Jerusalem.

Cuando la perfidia i la ingratitud humana hubo condenado a muerte al justo, el asno no tomó parte en esa orjía de sangre.

Quiso sepultarse en la oscuridad antes que participar en el deicidio.

Pedro el Hermitaño, el fogoso predicador que a fines del siglo XI conmovió la Europa haciendo marchar 300,000 hombres a la conquista de Jerusalem, iba en compañía de un asno.

Los sucesores de Cristo no han tenido por el asno, la predileccion de su santo i humilde Maestro.

En un fragmento de carta que Gregorio III escribia a su proveedor de caballos, i que se encuentra en la Historia eclesiástica del abate Racine, se lee:

«Pedro, me habeis enviado un mal caballo, i cinco buenos burros, pero no puedo servirme del caballo porque es malo, ni de los burros porque son buenos.»

Decididamente tiene razon el proverbio; mejor es tratar con Dios que con sus santos.

Aunque indigno de la simpatía papal, el asno ha sido objeto de las bendiciones de la Iglesia.

El asno, en efecto, nosolo cuenta en su foja de servicios, el haber animado con su aliento la cuna del Cristo, sino tambien el haber conducido sana i salva a toda la sagrada familia a Ejipto, librándola de la ira del infanticida Herodes.

En memoria de tan señalado servicio, se instituyó una misa en la que se cantaba la siguiente cancion que se encuentra orijinal en el manuscrito de Pedro de Corbeill:

Orientibus partibus

Advendavit assinus

Pulcher et fortissimus

Sarcinis aptissimus

Hez, siæ asne hez!

Del oriente ha venido el asno.

Animal fuerte i bello

Cumplida bestia de carga

¡Vamos asno! vamos!

La envidia de los hombres ha puesto término a esta fiesta. Con todo, en tradicion de ella, todos los años, el 17 de enero, se pasea en procesion en Madrid un asno, adornado con cintas i penachos de mil colores, i al que se cantan por la multitud, himnos latinos; que el latin se reserva para asnos i doctores.

Despues de este triunfal paseo se conduce al asno a una pesebrera magníficamente adornada, donde se le da una abundante racion de cebada bendecida por un sacerdote.

IV

La relijion mahometana tiene una especial veneracion por el asno. En efecto, ella recuerda no solo la predileccion favorita del profeta por esos animales, sino tambien que segun Gorsas, un asno fué la balgadura en que Mahoma hizo su viaje nocturno al cielo.

El asno favorito de Mahoma, segun Juan Gagnier, se llamaba Yáfur, o bravo, i era un obsequio de Makawas, príncipe de Ejipto.

Muerto el profeta, Yáfur tuvo tal pena, que se arrancó al campo dando terribles gritos, i despues de correr tres dias i tres noches, se precipitó desesperado en un pozo. ¡Noble ejemplo de fidelidad!

Hoi no hubiera obrado de la misma manera.

El tiempo de las fuertes adhesiones i de las creencias sinceras ha pasado para no volver mas.

Creeria ser difuso esforzándome en probar por mas tiempo i con mayor abundancia de datos la importancia i el distinguido lugar que el asno ocupa en la tradicion i en la historia universal.

Este es un hecho incontestable.

No queda pues a mi cargo sino refutar las graves i calumniosas imputaciones hechas al asno.

En este punto, debo decirlo, tengo una luminosa huella para dirigir mis pasos.

El inmortal autor de los *Mártires* i del *Jénio del cristianismo*, habia dicho mucho ántes que yo: «*Me haria voluntariamente abogado de ciertas obras de Dios, en desgracia cerca de los hombres. En primera línea figuraria el asno.*»

Vengo pues a llenar el vacío que el ilustre poeta, ocupado demasadamente en su autobiografía titulada *Memorias de ultra-tumba*, ha dejado en el mundo; i a llenar la palabra que como hombre de Estado dejó naturalmente sin cumplir para con la infeliz especie humana.

V

En primer lugar se llama al asno *perezoso*.

El asno *perezoso*! Al contrario es el trabajador por excelencia; trabajador por gusto, por naturaleza, por temperamento.

Sin ambicion de dinero ni de ascenso, sin esperanzas de inmortalidad, asnos conozco yo que trabajan en un dia, mucho mas que jefes de oficina i hasta presidentes de república en un año.

En todo tiempo, en toda estacion, el asno está pronto para el trabajo.

No hai para él momento de descanso, jamas un minuto de holganza: los reglamentos que fijan la duracion de las horas de trabajo no comprenden a los animales de su especie.

I bien! a pesar de esto el asno no es exigente; segun el abate Pluche, no se cree acreedor a nada ni siquiera a jubilacion, ni hace valer sus servicios como tantos otros.

No se le ve jamas disgustado ni descontento; recibe con placer todo lo que se le da.

Añadid a todo esto una salud excelente, resultado, como lo hace notar Oratius Tiberio, de su temperancia, de su excelente réjimen de vida, i de su buena conducta, i no se podrá ménos de convenir conmigo que la laboriosidad del asno es el mas duro reproche que puede hacerse a la pereza del hombre.

VI

Otra de las acusaciones hechas al asno es la de ser taimado.

El hombre alaba la rectitud i la enerjía de carácter. Sin embargo, cuando ve en el asno esas virtudes, las critica como defectos.

Pero en qué consiste la taima del asno? En su prudencia.

Ejemplo.

Un hombre caminaba por una montaña sobre un asno. Llegado a cierto punto donde existia una honda zanja, el amo se empeñó en hacer saltar al asno.

El asno se resistió a pesar de la mas feroz paliza.

De esta manera salvó la vida a su amo.

Otro dueño de asno maltrataba ferozmente a éste porque rehusaba beber a pesar de que no tenia sed.

En honor de la verdad es preciso decir que el amo era un borracho.

VII

La estupidez del asno ha llegado a ser proverbial entre los hombres.

El Diccionario de la Academia define la palabra «Asno.»

«Asno se dice familiarmente de un hombre ignorante».

Ahora bien qué se llama ignorante?

Recurro otra vez al Diccionario de la Academia i encuentro:

«Ignorante» aquel que no tiene el saber que exige su profesion.»

Ahora bien— quién puede negar al asno el conocimiento de todas las cualidades i condiciones que exige su mision sobre la tierra?

Se dirá quizás que no sabe tocar el piano—Es verdad. Pero es por eso que es asno, i no monstruo, pues que así denomina la Academia a todo «ser que tiene facultades estraordinarias» i la naturaleza del asno i su vocacion es hacer solamente cosas útiles.

VIII

Otro defecto que se echa en cara al asno es su mutismo.

Los *bavards* de todos los tiempos i lugares han merecido los loores de la humanidad.

I sin embargo es la misma humanidad la que, deseando ser representada en los congresos, cree haber llegado al *summum* de la perfeccion cuando elije un Cenáculo de mudos!

Pero es falso que el asno sea mudo; lo que es cierto es que el hombre no alcanza a conocer las bellezas de su idioma.

Por mas que se abran escuelas, se funden cátedras i academias nunca se llegará a comprender todo lo que un asno produce en sentimientos e ideas, resumiéndolo en estas sencillas notas: *Hi-han! Hi-han!* En ellas, i segun su modulacion, el asno recorre toda la escala de las pasiones desde la mas tierna a la mas violenta.

Por otra parte, segun dice el doctor Herissautt en una curiosa memoria publicada en 1753 en la *historia de la Academia de ciencias*, la naturaleza ha trabajado infinitamente mas para hacer rebuznar al burro que para hacer hablar al hombre.

Por esta razon es que los Celtiveros, al decir de Hemsius, daban de buena gana seis o siete oradores o abogados a eleccion, por un solo asno!

La facultades parlativas (casi he dicho parlamentarias) del asno están evidentemente demostradas.

Todos los bellos espíritus han acreditado este hecho; Platon, Flavio José, Montaigne, i el Padre Bougeant.

Notad el oríjen del progreso humano!

El R. P. Bougeant, de la órden de los jesuitas, deseando satisfacer la curiosidad de una dama—es de presumir que fuera jóven i bonita—ha estudiado, espuesto i dilucidado, la gran cuestion del lenguaje de las bestias.

El mismo Padre, con una franqueza, desconocida en estos tiempos se espresa asi:

«Cuán seductora sois, Señora i como conoceis el imperio que sobre mí ejerceis! Me ha sucedido mas de una vez decir, en vuestra presencia que las bestias hablaban i se entendian perfectamente entre sí.»

«Aunque la proposicion parezca broma, vos la habeis tomado a lo serio i quereis que la trate seriamente i que os dé cuenta de las razones que he tenido para ello.»

Despues de este galante exordio, el Padre demuestra irrefutablemente su tesis.

La obra apareció en 1739, en dozavo i bajo el titulo *Entretenimiento filosófico sobre el lenguaje en las bestias.*»

Su autor fué desterrado temporalmente, i para apaciguar las murmuraciones de la envidia, publicó una especie de retractacion dirigida al P. Savalette, miembro del gran consejo de la órden.

En 1799, el Abate Casti dió a luz su poema los *Animales Parlantes*, que a su turno incurrió en la censura de Roma.

Es digno a la verdad de inquirirse el motivo por qué la Religion condena a los que dan talento a las bestias.

¿Se olvida ya que San Basilio en su homilia del Paraiso dice: que «estaba poblado de bestias que se entendian entre sí i que hablaban sensatamente?»

XI

Nó! El asno no habla caprichosamente a tontas i a locas.

A ser Ministro de Estado, el asno no hubiera traído revoluciones, guerras, votos de censura ni otras artimañas sobre los Estados.

Cuando habla, el burro solo lo hace para prevenir desastres.

Cuando Balac, rei de los Moabitas, resolvió maldecir a los Israelitas comisionó para ello a su profeta Balaam.

Ese profeta, en vez de enviar una nota i escribir un folleto, como hoi se acostumbra, a la vista de magníficos presentes, ensilló su burra i partió.

A la mitad del camino, divisó (la burra, no Balaam) a un ángel que con una flamíjera espada en la mano le cerraba el paso.

Al mirar este espectáculo, la burra dió media vuelta a la izquierda i emprendió su marcha como un pueblo en retroceso.

Balaam se enfadó por una marcha tan retrógrada, i obligó a la burra a entrar en vereda usando de la «última ratio regum».

La burra a este argumento usó de la palabra. En un discurso tan elocuente como el de un diputado de mayoría en cuestion de presupuestos, convenció a Balaam de su temeridad e injusticia, i lo hizo regresar a su diócesis.

Cuántas veces no hubiéramos necesitado de esa burra para nuestras cuestiones interiores?

¿Diga toda persona sensata por prevenida contra el asno: ¿quién vale mas: la burra o el Profeta?

IX

El asno es inmodesto se dice.—Calumnia!

El año 1750, en cierta semana del mes de setiembre, habia una gran algazara en el palacio de justicia en Paris.

Lo que motivaba esta alegría era la resolucion de un negocio que desde quince dias tenia embargados todos los ánimos. Era una causa gorda.

El alegato era obra de M. Lalaure, una de las lumbreras forenses de la época. Aun existe en los archivos del Tribunal, clasificado bajo el título de *Memorial del Asno*.

Daré un lijero resumen del proceso.

El 1.º de julio de 1750, la mujer de Santiago Féron, estucador, residente en Nantes, vino a Paris sobre su asno i se bajó en casa de un especiero de la puerta de Santiago, habiendo amarrado su cabalgadura a los barrotes de la ventana.

En ese momento, la esposa del señor Leclerc, jardinero, pasaba montada en su burra. Esta (la burra) se detuvo bruscamente, i alargando sus orejas e hinchando sus narices, se puso a rebuznar.—El asno, que como es notorio no gusta de representar el rol de mudo, respondió en el mismo tono.

El resultado de este diálogo fué que el burro cortó su sogá i siguió a la Leclerc—i su burra.

Los tres marcharon en compañía. Llegada a su casa, Madama Leclerc entró a ella. En ese entónces, es cuando parece que el burro se permitió algunas familiaridades con su compañera.

La señora Leclerc, intervino con un fuerte garrote. Esta indiscreta intrusion dió oríjen a que el asno, en su defensa, diera a la asaltante un mordizcon en el brazo. De aquí juicio, en que se cobraba al asno o a su amo una suma de 1500 libras como perjuicios.

El abogado del asno, desechó tal pretension, demostrando naturalmente que la única culpable era la mujer Leclerc.

En apoyo de la buena conducta de su defendido, presentó orijinal el certificado cuya copia autorizada es como sigue:

Nos, los infrascritos, cura prior i habitantes de Nantes, sabemos que los esposos Féron, tienen un asno desde cuatro años há, para el servicio de su comercio, i declaramos que durante este tiempo nadie le ha visto ni se ha quejado de que haya cometido acto malicioso en el pais.

En fé de lo cual, Nos, los infrascritos, le damos el presente certificado.

En Nantes a setiembre 18 de 1750.

(*Siguen las firmas*)

(L. S.).

El tribunal aceptando el considerando anterior, dió en consecuencia un fallo cuya parte dispositiva es como sigue:

«Considerando que fué la burra Leclerc, la que hizo las primeras demostraciones, i considerando a mas que si este burro mordió a la mujer Leclerc fué a consecuencia de haber sido injustamente golpeado por ella, lo que hacia que este se encontrara en el caso de lejítima defensa, se declara sin lugar la demanda, con costas.»

Otro ejemplo de la modestia del asno.

Es Ovidio quien lo canta en su poema *los Fastos, canto VI*:

Priapo, el semblante enrojecido por el deseo, marchaba a la ventura por el campo, aspirando el aire, atisbando ninfas i diosas.

Repentinamente, divisa a Vesta dormida, e inmediatamente concibió una esperanza. Cual? Venus lo sabe. Se aproxima a pasos de tigre i con una mirada de fuego. Ya cree haber logrado su intento, cuando repentinamente el asno de Sileno, que se encontraba por ca-

ualidad a dos pasos, lanza un vigoroso *hi! han!* que produjo el efecto de un «*quién vive!*»

Intempestivo quum rudit ille somno.

La diosa se despierta, las ninfas corren apresuradas, i persiguen a Priapo cuyo semblante se enrojece mas pero—de despecho.

Los paganos, mas agradecidos que los mismos cristianos, cuando llegaba la funcion de Vesta, ponian collares de pan al asno, i le daban un asueto de 24 horas.

Todas las buenas tradiciones se pierden!

XI

Se mira al asno como feo! Error! Pero que es la belleza? Una cuestion de temperamento, de clima i de educacion.

Entre nosotros se admira la cintura delgada de las mujeres: en Turquía se prefieren a las que tienen apariencia de torre de ajedrez.

La Venus de Milo tiene sus adoradores; la Venus hotentote tambien los tiene.

Así cuando el hombre encuentra feo al asno, yo le dijera que preguntara a una burra si le parece mejor el Apolo de Belvédère o el asno que acarrea arena del rio.

Veríamos la respuesta de la burra.

Rechazada pues la acusacion de fealdad.

XII

Llego por fin a la acusacion principal. El asno es cobarde, es egoista; no tiene patriotismo.

Vamos a cuentas.

El asno no es cobarde.

En 1798, cuando la espedicion francesa a Ejipto, los sabios que componian la comision científica hacian una incursion en el desierto buscando no sé qué ruinas históricas. Los sabios llevaban sus bagajes sobre una docena de asnos.

De repente se avista al enemigo. El jeneral Friant, que mandaba la espedicion, hace alto i con una voz de huracan da esta órden que pasará a la posteridad.

Formad el cuadro!!.....los asnos i los sabios en el centro.....

Cinco minutos despues los enemigos estaban en derrota.

De nuestra parte habian cinco muertos; entre ellos un asno i un sabio.

El asno tenia una bala; el sabio habia muerto de miedo.

XIII

El patriotismo del burro es histórico.

No me habéis del caballo. El caballo ha sido el cómplice i el **cor**tesano de todos los despotismos.

Como se sabe, aceptó un destino de cónsul bajo Calígula.

Se prestó complacientemente a la superchería del relincho, que dió por resultado el dar a la Persia un rei en la persona de Dario.

Los griegos en Troya lo tomaron como el tipo de la traicion; Bucéfalo fué el cómplice de Alejandro, i no se comprenderia a don Quijote sin Rocinante.

El burro no hubiera aceptado jamas semejante cooperacion; por eso es que siempre ha estado alejado de los empleos i las distinciones de la corte.

Pero que se presente la necesidad de un sacrificio, de un martirio, i el burro estará siempre pronto a inmolarse por la causa de la humanidad i de la libertad.

La historia ha grabado en letras de oro el nombre de los Decios, de esa noble familia de patricios que se inmoló espontáneamente para salvar a Roma del furor de sus enemigos.

El burro ha rivalizado en abnegacion con los Decios.

Llegada la época del Bombardeo de Valparaiso, el burro que, como muchos chilenos; no ha alcanzado a comprender jamas la belleza de los triunfos morales cantada tan épicamente en nuestro Congreso, presenciaba mudo de cólera el espectáculo de la ciudad bombardeada sin que un solo tiro de fusil, una sola víctima demostrara al enemigo que Chile no habia dejado de ser la patria de Lautaro i Cautopolicán, de O' Higgins i de Freire.

En la desesperacion de su patriotismo indignado, un burro aguador de Valparaiso concibió una idea tan romántica como hermosa: la idea del suicidio patriótico.

Abandonando las murallas tras de las que se encontraba en compañía de tantos valientes, el burro se lanzó por la calle Cochrane al tiempo que la «Vencedora» lanzaba sobre el pueblo una granizada de balas.

Una de ellas hirió a mi héroe derribándolo en tierra. El burro, con todo, alcanzó a alzar su cabeza, dirigió su agonizante mirada al tricolor que aun flameaba en el castillo, i, exhalando un débil rebuzno de venganza i de cólera, espiró.

Mártir del patriotismo! única víctima *cruenta* de la *incruenta* gue-

rra de España, ¡yo te saludo! Tus restos habrán ido, sin duda, a parar a algun cementerio laico, al lado de algun libre pensador desconocido, sin que una estatua ni una modesta lápida recuerde tu nombre a la posteridad.

Pues bien, mártir desconocido, esta narracion te hará pasar a la historia.....

I ahora, despues de haber narrado los méritos del burro; de haber cantado sus virtudes, estoi, sin embargo, tan convencido de la ingratitud de los hombres que haria nna apuesta a mis lectores.

¿A que ninguna República Sud Americana ni Estado alguno europeo tiene un recuerdo, ni una medalla siquiera para este mártir de la humanidad i del civismo?

J. JOAQUIN LARRAIN Z.

LAS PRIMERAS

COMPOSICIONES DRAMATICAS

I

LAS PRIMERAS CRÍTICAS DE TEATRO

ESCRITAS EN CHILE

I

La primera composición dramática escrita en Chile, de que se tenga noticia, es el *Hércules Chileno*, representada en la ciudad de Concepción el año de 1693, i debida a la pluma «de dos regnícolas,» a lo que refiere el cronista Córdoba i Figueroa.

Es todo lo que se sabe de ella, aunque ciertamente sea demasiado poco, pues se reduce a un título i una fecha.

Don Manuel Concha, en la *Crónica de la Serena*, menciona un sainete compuesto en la época colonial por un vecino de aquella población. «Un entremes, escrito por don Pedro Nolasco Miranda, representado en la plazuela de San Francisco, dice, ha dejado un vivo recuerdo por la ridícula circunstancia de haber aparecido el gracejo con un burro aparejado, i haber aparentado hacerle la barba con una gran navaja de madera.»

Carezco de fundamento positivo para poner en duda la noticia

precedente; pero me hace pensar que talvez sea inexacta por lo que toca al autor de la pieza el existir un sainete español en que se ejecuta el mismo lance referido.

Ese sainete se denomina: *Santiago, afeitado el burro*, o bien, *Barbero, afeitado el burro*; i fué puesto en escena varias veces en los teatros de esta capital, entre otras, el 14 de diciembre de 1828 en el de la plazuela de la Compañía.

La mas antigua composicion dramática, escrita en este país, de que yo tenga un conocimiento seguro i completo, es una que corre impresa con este título:

Al Amor vence el Deber.—Melodrama para cantar o representar.—Traduccion libre i modificada de la *Zenobia* del célebre *Metastasio*.—En obsequio de la ilustre *Marfisa*.

Su autor fué un hombre que escribió mucho, i sobre los temas mas variados.

Suponed que por una parte se os mostrara un rimero, un rimero mui alto, de proyectos de toda especie de materias administrativas i legislativas, esto es, de reglamentos, decretos, planes de estudios, sistemas de defensa militar, constituciones, etc., etc., etc.

¿Os imaginariais fácilmente que aquel que los hubiera escrito habria podido dedicarse a la amena literatura?

Suponed ademas que por otra parte se os mostrara otro rimero, quizá mas alto, de informes en derecho i de disertaciones jurídicas atestadas, no solo de referencias a las leyes de Partida, sino tambien de citaciones de vetustos comentadores en latin.

¿Os imaginariais que el que habia tenido tiempo i paciencia para combinar todos los elementos del primer rimero, i todos los elementos del segundo, hubiera tenido todavia tiempo i paciencia de sobra para arreglar versos i buscar rimas?

Pero no era solo lo que queda espuesto.

Aquel que hubiera recorrido el territorio de Chile algun tiempo despues de haberse restaurado el réjimen nacional, a consecuencia de la victoria que las fuerzas patriotas obtuvieron en Chacabuco el año de 1817, habria visto fijado en todos los lugares públicos un bando impreso en que se ofrecia una buena recompensa pecuniaria al que descubriera el paradero de ciertos trabajos estadísticos que se habian extraviado, i en que se amenazaba con severo castigo al que los ocultara o dejara de delatar a su detentador; i habria oído en todas las iglesias fulminar las mas tremendas censuras eclesiásticas contra el que retuviera aquellos papeles, i contra el que sabiéndolo no dijera dónde se encontraban.

Se ofrecían mil pesos de recompensa al que los entregara, o diera noticias de ellos.

Se conminaba con seis años de presidio al que no los devolviera, i al que contribuyera con su silencio a que no se descubriesen.

Aquellos documentos tan buscados eran dos estensos i prolijos trabajos estadísticos en los cuales habia muchos mas guarismos que letras.

Habían sido concienzudamente elaborados por persona competente en 1813 i 1814, en cumplimiento de una orden de la autoridad superior.

Veamos en qué consistían.

El uno era un censo jeneral de Chile, distribuido por edades, sexos, estados, profesiones, provincias, delegaciones i territorios, con especificacion de las fábricas, escuelas, establecimientos públicos, talleres de todos oficios, iglesias, monasterios, empleados públicos i municipales, número de artesanos, agricultores, comerciantes, milicias i demas ocupaciones de los ciudadanos.

El otro era una estadística económica i financiera de Chile, o cálculos efectivos i aproximativos de lo que producian los fundos rústicos urbanos, el comercio de primeras i segundas manos, los proventos i propiedades eclesiásticas, la industria fabril, las rentas públicas de todas clases, los establecimientos i diversiones públicas, el servicio doméstico i trabajo jornalero, todos los ramos fiscales i fondos municipales, para establecer sobre ellos una contribucion directa temporal.

Los agentes del jeneral español don Mariano Ossorio, despues de la batalla de Rancagua en 1814, habían embargado aquellas obras de estadística, i las habían depositado en la secretaría de gobierno, de donde fueron sustraídas, sin que jamas lograra averiguarse la suerte que corrieron, por mas diligencias que se hicieron para ello.

Tal resultado es mui de lamentarse, porque habrían suministrado un excelente término de comparacion para ir apreciando el desenvolvimiento sucesivo de nuestra nacion; pero si hubiéramos podido consultar aquellos curiosos e interesantes trabajos redactados con guarismos, habríamos deducido de ellos, todavía ménos que de los rimeros de producciones jurídicas o políticas el que su autor fuese un poeta.

I sin embargo, la verdad era que el estadista laborioso que habia recopilado tantos datos i formulado tantas reglas i principios, habia escrito ademas obras estimables sobre historia i sobre filosofía, i lo que era mas estraño, habia cultivado la amena literatura.

Se llamaba don Juan Egaña.

Habia nacido en Lima en 1769; pero se habia avvicinado i casado en Santiago.

Llevó siempre una existencia tan estudiosa como activa.

Fué profesor de retórica, abogado con estudio abierto i bien provisto, miembro de los cuerpos legislativos, consejero obligado de casi todos los gobiernos que se sucedieron desde la revolucion hasta 1836, año en que falleció.

Su aspiracion mas ardiente fué la de consolidar en la república de Chile un sistema constitucional que habia ido elaborando en varios años de meditacion.

Pero aquel Solon era al mismo tiempo un hombre de sociedad, finamente galante, que profesó un culto platónico i constante a una dama de sus pensamientos, a la *ilustre Marfisa*, como él la llamaba.

En obsequio de esta señora, arregló en versos castellanos a principios del siglo, la traduccion de Metastasio, de que ántes he hablado.

Parece que Metastasio fué el poeta predilecto de Egaña.

El traductor esplica en una epístola dirigida a Marfisa el plan que habia seguido en su obra i el objeto a que la destinaba.

«Habiéndome prevenido que deseabais tener en castellano la *Zenobia* del célebre Metastasio, de que os hablé con entusiasmo en los dias pasados, he tenido el arrojo de ocupar estos dias de campo en trabajaros una version libre, a la que he suprimido algunas cosas que me parece debilitaban el interes de la pieza.

«No sé si os agradará el estilo rápido i vehemente que exige un melodrama. La brevedad del canto no consiente largas esposiciones que anuncien los hechos, dispongan los lances i sigan el curso sereno de las ocurrencias. La música acalora la imajinacion del espectador por los sucesos del héroe; i solo permite al poeta que el estro de la pasion produzca los rasgos sublimes i filosóficos en un diálogo cerrado cuyas contestaciones lacónicas i sentenciosas dejen entender mas de lo que se dice i llenen al mismo tiempo el golpe trájico i músico.

«Permitidme que os diga francamente que un melodrama solo es espectáculo digno de un pueblo culto i sentimental, i que nada le perjudica mas que actores incapaces de desempeñar sus prendas líricas i la enerjía de su accion. Por consiguiente, no os aconsejo que lo mandeis a nuestro teatro, donde es preciso declamarlo todo por falta de música i despojarlo de la enerjía de su accion por defecto de actores; pero si os determinais a que se represente, he señalado al márgen los pasajes en que una música piana i patética debe acompañar las vehementes pasiones que espresa la declamacion.»

La señora Marfisa debió resolver que, a pesar de las observaciones de su amigo para que así no se hiciese, la *Zenobia*, o la pieza *Al amor vence el Deber*, se pusiera en escena.

Esto es lo que aparece del siguiente trozo que copio de una carta dirigida con fecha 17 de noviembre de 1803 por don Juan Egaña desde Santiago a don José Antonio Rójas, que se hallaba en la hacienda de Polpaico.

«Se representó *Zenobia* la primera vez con suma infelicidad, pues nada dejaba oír un terrible aguacero, que comenzó con la fiesta. La segunda con bastante aceptación, sobre todo de los jefes. El concurso ha sido extraordinario.»

El coro ponía fin al melodrama de *Zenobia* con esta estrofa que entonaba en loor de Marfisa:

Todos los grandes dones
Que el cielo economiza,
En ti, bella Marfisa,
Pródigo quiso unir.

Ya fuera que este elogio correspondiera a la realidad, ya fuera simple hipérbole poética, lo cierto fué que los años trascurrieron, que una revolución radical trastornó la sociedad, i que sin embargo Marfisa continuó siendo para don Juan Egaña la décima Musa.

En el invierno de 1817, habiendo don Juan Egaña vuelto del presidio de Juan Fernández, todavía hacía la corte a la adorada Marfisa.

Por aquel tiempo, segun refiere el mismo Egaña, se estableció una tertulia para divertir a esta bella dama, que pasaba en el campo una temporada de convalecencia.

Ninguno de los concurrentes podía sentarse a la mesa sin haber trabajado una composición poética sobre el asunto que se le señalaba media hora ántes.

Don Juan Egaña tuvo la feliz idea de mencionar algunos de aquellos temas, los cuales, como era de suponerse, consistían, o en rimas forzadas, o en glosas, o en improvisaciones.

Hé aquí los argumentos de dos de estas últimas, que trató Egaña.

Himno a la Patria por la restitución de los desterrados a Juan Fernández.

¿Cuál sufría mas, un amigo ausente de Marfisa que no podía observar las vicisitudes de una grave enfermedad que aquella dama padeció, o el amigo presente que contemplaba los dolores que soportaba?

He dicho que el poeta favorito de don Juan Egaña era Metastasio.

Efectivamente, tradujo de aquel autor, no solo la *Zenobia*, sino tambien la cancion titulada *Nise* o la *Perfecta Indiferencia*.

Egaña estaba tan ufano de esta composicion, que léjos de escusar la comparacion con una traduccion de la misma pieza hecha por el afamado poeta Meléndez Valdes, publicó las dos, una al frente de la otra, para que pudieran ser cotejadas.

¡Preciso es confesar que Egaña en varias estrofas no queda inferior a Meléndez Valdes.

La *Zenobia* no fué la única pieza que don Juan Egaña escribió para el teatro. Se conservan los títulos de dos comedias suyas: *Porfía contra el Desden*, i *El amor no halla imposibles*, i de tres sainetes: *Pili-foronte* o *El valor ostensible*, *El marido i su Sombra*, i *Amor i Gravedad*.

Uno de los próceres mas notables de la revolucion chilena, Camilo Henríquez, estando refugiado en Buenos Aires el año de 1817, escribió dos piezas dramáticas tituladas: *La Camila* o *La Patriota de Sud América* una, i *La Inocencia en el Asilo de las Virtudes* otra.

Solo la primera se dió a la prensa; la segunda ha quedado inédita.

Las dos son sumamente mediocres bajo el aspecto literario.

Solo pueden interesar por que dan a conocer cuáles eran en aquella época las ideas i los sentimientos de un hombre como Camilo Henríquez.

El ideal de sociedad a que aspiraba aquel patriota eminente era el de Juan Jacobo Rousseau; esto es, aquel que mas se aproximara al estado de naturaleza, i en que dominaran los sentimientos mas benévolos.

Para que se comprenda cuál era el espíritu que le animaba, voi a mostrar uno de los varios cuadros que se complace en presentar.

Lo tomo de la segunda de las piezas mencionadas.

«Sabeis que el sabio i virtuoso Rapp, en 1804, condujo a América ciento sesenta familias disgustadas del espíritu intolerante del consistorio luterano de Wurtemberg en Alemania. Ellas se reunieron en sociedad i edificaron un pueblo; i en memoria de sus sentimientos fraternales, lo llamaron *Armonía*. Vereis en mis viajes sus progresos rápidos, sus manufacturas, i la riqueza, abundancia e inocencia con que viven en comun. La union de sus matrimonios es inalterable; las doncellas son mui honestas i laboriosas; los hombres, sobrios i trabajadores. Todavía no ha habido un delito que castigar. Estuvimos en su templo, i oímos sus himnos armoniosos.

«Al amanecer del día siguiente, escuchamos la voz del centinela de la noche que decía:—Llegó la aurora; hemos dado un paso mas hacia la eternidad; el tiempo corre; el cielo nos espera!—Entonces, el hijo de Sud América saltó del lecho diciendo:—No salgo mas de aquí; voi a pedir al señor Rapp que me dé por esposa una de estas jóvenes admirables.

«La conversacion entre Rapp i el jóven fué así:

—¿Sois hombre de bien?

—Sí, señor.

—¿Creeis que hai un Dios?

—Sí, señor.

—¿Sabeis tabajar?

—Trabajaré.

—¿Sois compasivo?

—Sí, señor.

—¿Amareis siempre a vuestra esposa i a vuestro hijos?

—Esa es la grande obligacion de la naturaleza.

—Pues bien, vivireis un mes en la posada para que las señoras se aseguren de la pureza de vuestras costumbres.

«En fin, el jóven se quedó en *Armonía*.»

El distinguido ciudadano don Bernardo Vera i Pintado trabajó tambien para el teatro.

El 20 de agosto de 1819, aniversario del santo patrono del director O'Higgins, hizo poner en escena una petipieza que sirviese de introduccion a la tragedia titulada: *El Triunfo de la Naturaleza*.

Don Juan García del Rio aplaudió calorosamente esta composicion en el *Telégrafo*, número 55, fecha 14 de diciembre de aquel año. «¡Cuán respetables, cuán dignos de consideracion, decia, serán aquellos poetas que caminando por la senda que ha trazado el doctor Vera, trabajen en imbuir espíritu de independendencia i libertad, en elevar el alma, proponiéndose por objeto la mejora de la naturaleza humana!»

Vera no dió a la prensa aquella obra, la cual habia de ser de escasisimo mérito literario, si he de juzgar por otra de igual clase que publicó, despues de haber sido representada en el teatro de Santiago el 12 de febrero de 1820 para celebrar la victoria de Chacabuco (12 de febrero de 1817) i la jura de la independendencia (12 de febrero de 1818).

Esta segunda composicion se titula: *Introduccion a la tragedia de Guillermo Tell*.

La escena pasa en Chacabuco.

Los interlocutores son dos araucanos, un anciano chileno i sus dos hijas.

Escusado parece advertir que según la moda de la época, don Bernardo Vera identifica la causa de los independientes con la de los primitivos indíjenas.

Así el poeta recordando que según el libro Becerro, el 12 de febrero es también el aniversario de la fundación de Santiago, pone en boca de uno de sus araucanos los siguientes versos:

Este fué el día funesto en que Valdivia
Sobre el claro Mapocho pudo erguirse.
El León de España ruje, i su estandarte
Flameó teñido en sangre... ¡Oh cuanto aflije

Esta memoria cruel a un pecho noble
Que odia la tiranía aborrecible,
Que ama la libertad, ama la gloria,
I el yugo siente que a su patria oprime!

El domingo 13 de mayo de 1827, se exhibió en el Teatro Nacional una pieza en verso titulada *La Chilena*.

Había sido escrita por don Manuel Magallanes, periodista ardoroso que seguía la bandera federal de don José Miguel Infante.

Debe tenerse presente que entonces se estaba debatiendo con estremo calor si Chile se constituiría como república federativa, o como república una e indivisible.

La Chilena había sido compuesta para celebrar la elevación al mando supremo del vice-presidente jeneral don Francisco Antonio Pinto en lugar del presidente jeneral don Ramon Freire.

Aquella pieza era, no solo política, sino también de circunstancias. Se defendía en ella con toda franqueza el sistema federal.

El autor don Manuel Magallanes aseguraba en un artículo del *Piolo*, número 6, haberla concluido solo en siete horas «a causa de no haber puesto mano en ella hasta estar cierto sí el vice-presidente admitía o nó el cargo.»

La Chilena experimentó el mayor de los fracasos.

El autor i sus amigos atribuyeron el descalabro: en primer lugar, a las intrigas de sus adversarios políticos, que efectivamente lo celebraron sobre manera; i en segundo, a los actores, que no habían querido aprender sus papeles por estar abanderizados en el bando opuesto.

El francés don Pedro Chapuis, redactor principal del *Verdadero Liberal*, aseveraba con fecha 15 de mayo de 1827, en el número 38 de aquel periódico, que *la Chilena* había sido «una miserable rapsodia,

que los actores no habian aprendido, i que el público no habia escuchado».

Segun este escritor, lo único bueno que contenia la pieza era un *¡Viva Freire!* i un *¡Viva Pinto!* que la jóven actriz doña Emilia Hernández habia pronunciado «con mucha gracia», i que los espectadores le habian obligado a repetir.

Ha llegado ahora la ocasion de mencionar la mejor pieza dramática que hasta entónces se hubiera escrito en Chile.

Merefiero al *Marido Ambicioso*, comedia en tres actos i en verso por el literato español, tan afamado en el antiguo i en el nuevo mundo, don José Joaquin de Mora.

Esta pieza fué representada por la primera vez en Santiago el 18 de setiembre de 1828 para solemnizar la promulgacion de la constitucion que se dictó aquel año.

Segun Mora, en una advertencia que puso al frente de su obra, solo tiene de comun con *Le Mari Ambitieux* de Picard el título i dos o tres escenas.

«La diferencia entre las costumbres que pintó aquel excelente poeta dramático, i las que yo he querido imitar, esponia Mora; la dificultad de sostener la atencion de nuestro público con cinco largos actos en que los diálogos ahogan la accion i enfrían el interes; i el deseo de formar un carácter que conviniese al jénero en que sobresa- le el señor Villalba, son los motivos que me han impulsado a separarme casi enteramente de aquel modelo.»

«He seguido en la variacion de los asonantes por escenas, agregaba, el ejemplo del delicado i culto Martínez de la Rosa, i en el uso de los consonantes el de nuestros poetas antiguos.»

La situacion que Mora ha pintado es la de un marido a quien la ambicion hace desde luego no fijarse en los galanteos que un potentado cuyos favores pretende alcanzar dirige a su mujer; pero a quien mas tarde los celos que le atormentan cuando repara en lo que sucede corrijen de tan culpable imprevision.

Indudablemente es una pieza bien escrita, aunque no de primera clase.

Trascurrieron varios años sin que volviera a escribirse ninguna composicion dramática, hasta que en enero de 1834, el apreciable caballero arjentino don Gabriel Real de Azúa, a quien una larga residencia en Chile i sus nobles prendas hacen considerar como conciudadano nuestro, dió a la escena una comedia orijinal, acerca de la cual don Andres Bello insertó en el *Araucano*, número 173, el juicio que paso a copiar.

«La comedia nueva, *Los Aspirantes*, produccion orijinal de don Gabriel Real de Azúa, se representó el miércoles en la noche, en nuestro teatro, i fué recibida con aceptacion. El asunto es por sí mismo algo estéril. La censura cómica se ceba con preferencia en aquellos vicios i ridiculeces que pertenecen mas al hombre que al ciudadano. Es verdad que Aristófanés empleó su vena satírica en los extravíos políticos, en el patriotismo hipócrita, en el espíritu de faccion, en los demagogos i sicofantas de Atenas; pero tambien lo es que en una constitucion como la ateniense, que llamaba a todos a las funciones lejislativas i judiciales, el hombre i el ciudadano estaban, por decirlo así, íntimamente mezclados en todas las relaciones de la vida. Así, la comedia antigua de los griegos era mas política que moral. Las sociedades modernas están constituidas de otro modo.

«El señor Real de Azúa percibió la dificultad que bajo este aspecto le presentaba su asunto; i en parte triunfó de ella amenizando con intereses domésticos i afectos amorosos la tramoya de aspiraciones políticas sobre que rueda la pieza. Talvez hubiera convenido reforzar mas aquel esencial ingrediente, que es el que constituye el principal atractivo de una obra dramática.

«Parécenos tambien que el autor se ha sometido a reglas demasiado severas. No conocemos composicion alguna en que se observen con mas rigor los preceptos de la escuela clásica, que el *Café* de Moratin, i el señor Real de Azúa no ha sido en esta parte ménos escrupuloso que el autor del *Café*.

«Luchando con tantas dificultades, es admirable el partido que se ha sacado del asunto. El diálogo es constantemente natural; el estilo, correcto; los caracteres, propios; el desenlace, feliz. Acaso pudieran concentrarse algunos diálogos i razonamientos, con lo que se desenvolveria mas agradablemente la accion, i sería mas viva su marcha.

«Debemos acoger, no solo con gratitud, sino con entusiasmo, los primeros ensayos de las musas dramáticas del Sur, sobre todo cuando vemos lucir en ellos las prendas que adornan la composicion del señor Real de Azúa, i que le han merecido los aplausos del público. ¡Ojalá que animados por su ejemplo se dediquen otros ingenios americanos a cultivar este campo fecundo, en que el mejicano Ruiz de Alarcon rivalizó en otro tiempo a Moreto, i Gorostiza, otro mejicano, sigue de cerca las pisadas de Moratin.»

El 28 de marzo de ese mismo año de 1834, Bello publicaba en el *Araucano*, número 185, una escena de la *Ifjenia en Aulide*, de Racine, traducida al verso castellano.

«Este ensayo poético, decia Bello, nos ha parecido digno de la atencion del público por el mérito de muchos pasajes, i sobre todo por la circunstancia de ser produccion de un jóven chileno de diez i siete años de edad, que se ha formado enteramente por sí mismo en este ramo difícil de composicion literaria. A la exactitud de la medida, se junta la propiedad del lenguaje, que ciertamente es una cualidad nada comun entre nosotros; un tacto fino en variar las cesuras del metro; espresiones poéticas i sentidas; en que el jóven alumno de las Musas se acerca bastante al gran modelo que ha tenido a la vista; i en una palabra, todas las señales de un instinto poético que, cultivado, podrá desmentir la opinion desfavorable que se tiene de las disposiciones naturales de los chilenos para la mas bella i la mas difícil de las artes.»

El jóven poeta a que aludia Bello era don Salvador Sanfuéntes, que comenzaba entónces su corta, pero fecunda i brillante carrera literaria.

Sanfuéntes emprendió la traduccion de la *Ifjenia en Anlide*, sin saber que el año de 1832, don Doningo Návas Spínola, poeta venezolano, si no estoi equivocado, habia dado a luz en Carácas otra version castellana de la misma tragedia, habiéndose levantado para costear la edicion una suscripcion en que tomaron parte las personas mas distinguidas desde el presidente abajo.

Don Cayetano Vidal i Valenciano ha incluido la obra de Návas Spínola en el tomo 5.º del *Teatro Selecto Antiquo i Moderno, Nacional i Estranjero* (1868).

Creo que la amistad no me ciega al pensar que si Vidal hubiera conocido la traduccion de Sanfuéntes, le habria dado la preferencia sobre la de Návas Spínola.

Don Salvador Sanfuéntes concluyó de verter al verso castellano la *Ifjenia* en 17 de marzo de 1841; pero la conservó inédita, no habiendo sido impresa hasta 1863, cuando su ilustre autor hacia ya tres años que habia sido arrebatado por la muerte.

La traduccion de la *Ifjenia* no fué el primer ensayo dramático de Sanfuéntes.

Antes de 1841, habia compuesto las siguientes piezas orijinales: *Caupolican I* (1833), *Caupolican II* (1834), *El Mal Pagador* (1835), *El Castillo de Mazini* (1835), i *Carolina o Una Venganza* (1840).

Las cuatro primeras fueron quemadas por su autor.

Carolina, i *Cora o la Virjen del Sol* (compuesta en 1841) fueron dados a la estampa en 1863 despues de su muerte.

En 1850, publicó una traduccion del *Británico* de Racine, i un

drama histórico orijinal *Juana de Nápoles*, que es el único que se ha representado de todos los que compuso.

Don Cayetano Vidal i Valenciano ha insertado en el tomo 5 de la coleccion ántes citada una traduccion en prosa del *Británico*, debida a la pluma, de don Saturio Iguen, talvez por ignorar que existe en verso la de Sanfuéntes, la cual tiene los méritos notados por Bello en la traduccion de la *Ifjenia*.

En 1863, se dió a luz, ademas de las piezas arriba enumeradas, una traduccion libre en prosa i verso de *Le Cocu imaginaire*, de Molière, que Sanfuéntes tituló *Los Celos Infundados*.

Dejó tambien entre sus papeles un drama orijinal, casi terminado, *Don Francisco de Meneses*, uno de los presidentes de Chile en la época colonial.

Conozco demasiado que algunas de las producciones mencionadas pertenecen propiamente a una época posterior a la que he comprendido en este artículo i en los precedentes; pero las he enumerado para completar la lista de las composiciones dramáticas de un poeta que comenzó los trabajos de este jénero en el primer período del establecimiento del teatro en Chile despues de la independendencia.

II

Don Andres Bello fundó en nuestro país la crítica de teatro.

Puede decirse que hizo en el *Araucano* un curso práctico de literatura dramática, en el cual ostentó las dotes habituales de su talento recto i perspicaz.

Don Andres Bello dió en todo siempre muestras de ser un hombre tan opuesto a las novedades disparatadas, como a la conservacion rutinaria.

La esquisita sensatez de juicio que le caracterizaba le hacía distinguir con prontitud lo que por verdadero debia aceptarse en las doctrinas nuevas, i lo que por erróneo debia abandonarse en las antiguas.

Bello presentaba bajo este aspecto un ejemplo singular, no aferrándose a las opiniones que habia formado, como lo hacen jeneralmente las personas que llegan a cierta edad.

Si no corria por el mundo del pensamiento a caza de aventuras, tampoco permanecia estacionario.

Era un hombre de progreso, pero que marchaba sobre terreno sólido.

Esto fué lo que hizo en las discusiones o críticas de teatro a que he aludido.

Principió su tarea dando a conocer con la mayor franqueza cuáles eran sus teorías fundamentales sobre la materia.

Hé aquí lo que escribía en el *Araucano*, número 145, fecha 21 de junio de 1833.

«*Los Treinta Años o la Vida de un Jugador*, decía, es ciertamente una de las piezas que han sido mejor representadas en nuestro teatro; i aunque como composicion dramática no nos parece que raya mui alto, la variedad de lances que presenta, lo patético de algunas escenas domésticas, i la naturalidad i viveza del diálogo le dan un lugar distinguido entre las de su jénero, i la han hecho mui popular en todas partes.

«Los partidarios de la escuela clásica reprobarán el plan de esta pieza como irregular i monstruoso. Ella nos traslada de Francia a Baviera, i eslabona una serie de incidentes que abrazan una duracion de treinta años, i tienen poca mas conexion entre sí, que la de pertenecer a la vida de un hombre, i orijinarse de una misma causa, el vicio del juego, de manera que el autor no ha respetado mas la unidad de accion, que las de lugar i de tiempo.

«Nosotros nos sentimos inclinados a profesar principios mas laxos. Mirando las reglas como útiles avisos para facilitar el objeto del arte, que es el placer de los espectadores, nos parece que si el autor acierta a producir este efecto sin ellas, se le deben perdonar las irregularidades. Las reglas no son el fin del arte, sino los medios que él emplea para obtenerlo. Su trasgresion es culpable si perjudica a la excitacion de aquellos afectos que forman el deleite de las representaciones dramáticas, i que bien dirigidos, las hacen un agradable vehículo de los sentimientos morales. Entónces no encadenan el ingenio sino dirijen sus pasos, i le preservan de peligrosos estravíos. Pero si es posible obtener iguales resultados por otros medios (i este es un hecho de que todos podemos juzgar); si el poeta llevándonos por senderos nuevos, mantiene en agradable movimiento la fantasía; si nos hace creer en la realidad de los prestijios que nos pone delante, i nos trasporta con dulce violencia a dónde quiere

Modo me Thebis, modo ponit Athenis,

léjos de provocar la censura, privándose del auxilio de las reglas, ¿no tendrá mas bien derecho a que se admire su feliz osadía?

«La regularidad de la tragedia i comedia francesa parece ya a muchos monótona i fastidiosa. Se ha reconocido, aun en Paris, la necesidad de variar los procederes del arte dramático; las unidades han dejado de mirarse como preceptos inviolables; i en el código de



las leyes fundamentales del teatro, solo quedan aquellas cuya necesidad para divertir e interesar es indisputable, i que pueden todas reducirse a una sola, la fiel representacion de las pasiones humanas i de sus consecuencias naturales, hecha de modo que simpaticemos vivamente con ellas, i enderezada a corregir los vicios i desterrar las ridiculeces que turban i afean la sociedad.

«Pero volviendo al drama de los *Treinta Años*, i dejando al juicio i sentimientos de cada cual la reñida cuestion de las tres unidades, el defecto principal de aquel drama es en nuestro concepto la excesiva atrocidad de los últimos incidentes que en realidad perjudica a la intencion moral del autor, porque exajera las consecuencias naturales del vicio cuyos perniciosos efectos se propone mostrar. El jugador habitual es ordinariamente mal hijo, mal esposo, padre desnaturalizado. Está espuesto a ser el juguete i la víctima de hombres profundamente depravados, que para cebarse en sus despojos, halagan su funesta pasion. Su desordenada conducta le arrastra a la miseria; la miseria, al fraude; el fraude, a la afrenta, i acaso a un patíbulo. Hasta aquí va el poeta de acuerdo con la naturaleza; pasado este término, hallamos exajerado i repugnante el cuadro que nos pone a la vista.

«De un órden mui superior es el *Cid*, representado el domingo último. Esta pieza hace época en los anales del teatro frances. En el *Cid*, primera trajedia regular que vió la Francia, i aun puede decirse la Europa moderna, el gran Corneille se elevó de repente al nivel de lo mas bello que en este jénero nos ha dejado la antigüedad clásica, i aun en sentir de muchos, lo dejó atras. Es verdad que Corneille debió a dos comedias españolas (*El Honrador de su Padre*, de Diamante, i el *Cid*, de Guillen de Castro), no solo toda la accion de la pieza, casi lance por lance, sino algunos de los mas hermosos rasgos de pundonor caballeresco i de sensibilidad que la adornan. Pero tambien es justo decir que en las composiciones españolas de que se valió, no se descubre mas que el embrion de la lucha sostenida de afectos, con que nos embelesa i arrebató Corneille, i ante la cual todas las otras bellezas del arte, como dice su sabio comentador, no son mas que bellezas inanimadas. A ella se debió sin duda el suceso, hasta entónces nunca visto, que tuvo en Paris esta trajedia, no obstante la oposicion formidable de un partido literario a cuya cabeza estaba el cardenal de Richelieu. I no se limitó su celebridad a la Francia: el autor tuvo la satisfaccion de verla traducida en casi todas las lenguas de Europa.

«Richelieu, que azuzaba a los émulos de Corneille, i excitó a la Academia Francesa a escribir la censura del *Cid*, vió esta pieza con los

ojos de un primer ministro que creia tener motivo para desfavorecer al autor. Pero no por eso le retiró la pension que le habia dado. Richelieu en medio de los importantes negocios de una administracion que tanto peso tenia ya en la política de Europa, Richelieu, blanco de la facciones que ajitaban la Francia i de las intrigas de palacio, protejia con munificencia las letras, hallaba tiempo para cultivarlas él mismo, i contribuyó no poco a la formacion del teatro frances. Los preocupados que entre nosotros condenan el teatro sin conocerlo, debieran tener presente el ejemplo de este cardenal ministro.»

A pesar de lo poco literata que era entónces la sociedad de Satiago, i a pesar de la mui mediocre atencion que concedia a las cuestiones de crítica, no faltó quien saliera a censurar, i en tono por cierto harto descomedido, las doctrinas de Bello en materia de dramas, las cuales se tacharon de excesivamente liberales, i aun de absurdas.

Este ataque dió oportunidad a Bello para esplanar todavía mas sus ideas sobre el particular en el *Araucano*, número 147, fecha 5 de julio de 1833.

Entre otras cosas, decia lo que sigue:

«El mundo dramático está ahora dividido en dos sectas, la clásica i la romántica. Ambas a la verdad existen siglos hace; pero en estos últimos años, es cuando se han abanderizado bajo estos dos nombres los poetas i los críticos, profesando abiertamente principios opuestos. Como ambas se proponen un mismo modelo, que es la naturaleza, i un mismo fin, que es el placer de los espectadores, es necesario que en una i otra, sean tambien idénticas muchas de las reglas del drama. En una i otra, el lenguaje de los afectos debe ser sencillo i enérgico; los caracteres, bien sostenidos; los lances, verosímiles. En una otra, es menester que el poeta dé a cada edad, sexo i condicion, a cada país i a cada siglo, el colorido que le es propio. El alma humana es siempre la mina de que debe sacar sus materiales; i a las nativas inclinaciones i movimientos del corazon, es menester que adapte siempre sus obras, para que hagan en él una impresion profunda i grata. Una gran parte de los preceptos de Aristóteles i Horacio son, pues, de tan precisa observancia en la escuela clásica, como en la romántica; i no pueden ménos de serlo, porque son versiones i corolarios del principio de la fidelidad de la imitacion, i medios indispensables para agradar.

«Pero hai otras reglas que los críticos de la escuela clásica miran como obligatorias, i los de la escuela romántica, como inútiles o talvez perniciosas. A este número pertenecen las tres unidades, i principalmente las de lugar i tiempo. Sobre éstas rueda la cuestion entre

unos i otros; i a éstas alude, o por mejor decir, se contrae clara i espresamente la revista de nuestro número 145, que ha causado tanto escándalo a un corresponsal del *Correo*. Solo el que sea completamente extranjero a las discusiones literarias del día, puede atribuirnos una idea tan absurda como la de querer dar por tierra con todas las reglas, sin escepcion, como si la poesía no fuese un arte, i pudiese haber arte sin ellas.

«Si hubiéramos dicho en aquel artículo que estas reglas son puramente convencionales, trabas que embarazan inútilmente al poeta i le privan de una infinidad de recursos; que los Corneilles i Racines no han obtenido con el auxilio de estas reglas, sino a pesar de ellas, sus grandes sucesos dramáticos, i que por no salir del limitado recinto de un salon i del círculo estrecho de las veinte i cuatro horas, aun los Corneilles i Racines han caído a veces en incongruencias monstruosas; no hubiéramos hecho mas que repetir lo que han dicho casi todos los críticos ingleses i alemanes, i algunos franceses.»

Don Andres Bello, con ménos frecuencia de lo que habria sido de desear, sin duda a causa de sus numerosas i variadas ocupaciones, aplicó su fino criterio al exámen de algunas de las piezas mas notables que se iban poniendo en escena.

Voi a reproducir en beneficio del lector algunos de esos análisis cortos, pero sustanciosos, que son ignorados de la actual jeneracion.

Los Amantes de Teruel por don Juan Eujenio Hartzzenbusch.

«Los tres primeros actos de este drama han parecido fastidiosos por el poco movimiento de la accion que en todos ellos no adelanta un paso. Al levantarse el telon por la cuarta vez, nos hallamos exactamente en el mismo estado de cosas que al principiar la pieza: Azagra i Segura, combatiendo la constancia de Isabel, i ésta, oponiendo al ataque sus dolorosas lágrimas i la triste memoria del difunto Marsilla. Fatigados de monótonos ruegos, instancias, amenazas i lamentaciones, llegamos por fin a la última escena del cuarto acto, en que un rasgo de *violencia paternal*, robado a la *Nueva Eloisa*, triunfa de Isabel; la accion da un paso; i al tedio de los espectadores, suceden la atencion i el interes. El calor se sostiene en el quinto acto por la inesperada aparicion de Marsilla en el momento de celebrarse el matrimonio de su rival, hasta la catástrofe, que no podia ser otra, que la muerte de los dos desventurados amantes cuya fidelidad se ha hecho proverbial en español. Pero el poeta no ha sabido qué hacerse con Azagra. Este personaje no profiere una sola palabra en el quinto acto, sea que flaquease la memoria del actor que lo representó (que no

sabía su papel), o que el poeta creyese que éste era el mejor modo de salir del lance.»

La Condesa de Castilla por don Nicasio Alvarez de Cienfuégos.

«Esta tragedia, aunque mejor escrita i versificada que los *Amantes de Teruel*, peca mucho mas gravemente contra las reglas esenciales del drama. Hai una especie de inverosimilitud que no se perdona en el teatro, porque destruye el efecto de cualesquiera bellezas que bajo otros puntos de vista presente la composicion; i es la que consiste en la incompatibilidad de afectos. Cienfuégos pone en el corazon de la condesa dos pasiones que no pueden hallarse juntas, i ambas en un grado de vehemencia que se acerca al delirio: el amor a un esposo difunto, cuya memoria la abrasa en deseos sanguinarios de venganza, i el amor a un Zaide, que se descubre mui a los principios ser el mismo Almanzor, a cuyas manos habia perecido el conde. Las transiciones del uno al otro de estos sentimientos son tan frecuentes i rápidas, que es imposible simpatizar con ninguno de ellos; a que se junta que la heroína se nos muestra bajo un aspecto tan poco noble, que no podemos tomar el menor interes en su suerte: una reina madre que quiere gobernar el estado contra la voluntad de un hijo adulto; que a la edad de cuarenta años incurre en la indecencia de espresar los mas tiernos sentimientos a un sarraceno matador de su esposo; que se enfurece por que su hijo toma la cuerda resolucion de encerrarla en un claustro; i que últimamente concibe el horrible designio de envenenar a este mismo hijo en venganza de su adorado Almanzor, i llega hasta poner el veneno en la copa; princesa sin dignidad, viuda frívola, hembra atroz i madre desnaturalizada.»

Marcela, o A Cuál de los Tres por don Manuel Breton de los Herreros.

«Esta comedia en tres actos se halla escrita con una elegancia, gracia i armonía de versificación, que elevan esta pieza, sin embargo de lo poco importante de su asunto, al nivel de las mas bellas producciones del jénero cómico en nuestra lengua. Breton de los Herreros posee en grado eminente ciertas cualidades que echábamós ménos en Moratin. En medio de las dotes aventajadas que todos admiran en el autor de *El Sí de las Niñas*, nos habia parecido encontrar en su estilo algo de lánguido i descolorido. Sus versos, aunque fluidos, no nos daban aquel sabor poético que es propio aun de las composiciones escritas en estilo familiar, i que tanto luce en los fragmentos de Menandro i en los buenos pasajes de Terencio: en lo que sin duda influyó algo la excesiva severidad de las leyes dramáticas i métricas que se impuso el padre de la buena comedia castellana. Aquel perpe-

tuo martilleo de una asonancia invariable en todo un acto produce una monotonía que fatiga al oído, i no permite al poeta dar a sus obras el delicioso sainete que nace de la variedad de metros i rimas, i que se hace sentir aun de los ménos versados en el arte, como se ha visto el mártir pasado en la universal satisfaccion que causó el nuevo juguete dramático, pues en realidad no es otra cosa la *Marcela*. No sabemos en qué se funda este cánon de la unidad de versificación en toda una comedia o tragedia, i de la invariabilidad de la asonancia desde el principio de un acto hasta el fin. Ellas hacen que todas las composiciones dramáticas estén reducidas al círculo estrecho de media docena de rimas, i ponen al poeta en la imposibilidad de emplear las mas agradables al oído, que son cabalmente las ménos familiares en el lenguaje. Los griegos i latinos pasaban frecuentemente de un verso a otro en sus comedias i tragedias; i la antigua comedia española debe a esta sabrosa variedad uno de sus principales atractivos. Gorostiza i Breton de los Herréros han tratado de restituir a la comedia esta parte preciosa de sus antiguas galas, i el buen suceso que han tenido sus tentativas nos parece un paso importante hacia la perfeccion del arte.

«Hemos dicho que la *Marcela* es un juguete; pero no se crea que lo decimos para deprimir el mérito de la pieza. La preferimos, por el contrario, a casi todo lo que se ha representado recientemente en nuestro teatro; i en especial, a esa serie fastidiosa de tragedias declamatorias, atestadas de los lugares comunes de la retórica revolucionaria, que desde fines del siglo pasado hace sudar las prensas, i ha dado a las Musas un aire demasiado seco i austero. Si Breton de los Herréros reúne a la gracia i brillo del estilo aquella *vis cómica* que los antiguos echaban ménos en el delicado Terencio, i en que tampoco es mui aventajado Moratin; si sabe inventar enredos i lances, delinear caracteres i hacer hablar a sus personajes el idioma del corazón, Moratin, que sin duda le es inferior en el estilo, va a cederle la corona que tan dignamente ciñe sus sienes; i el teatro cómico español tendrá poco que envidiar al frances.»

Maria Estuarda de Schiller traducida por don Manuel Breton de los Herréros.

«La traduccion castellana de esta pieza se aleja bastante del original. El traductor ha pasado la esponja sobre los remordimientos de María, i esto solo debia producir una gran diferencia en su carácter, i el efecto dramático de la pieza. I ¿qué dirémos de la absurda ocurrencia de hacer perecer a la reina a manos del lord canciller Burleygh? En general, el tono de la tragedia castellana se asemeja poco al de

Schiller, i al de las verdaderas pasiones, que siempre hablan un lenguaje sencillo, i no se avienen con las figuras atrevidas, los vocablos desusados i las trasposiciones violentas. El quinto acto (si se exceptúa el exajerado soliloquio de Leicester) es el único en que nos ha parecido algo mas natural i afectuoso el estilo del traductor. Las tragedias castellanas modernas (sean orijinales o traducidas) se distinguen por el mérito de una versificación armoniosa i de una sostenida elegancia; pero casi todas pecan por la falta de naturalidad con que se espresan sus personajes.»

Como se comprende, estas i otras críticas de teatro eran compuestas por don Andres Bello al correr de la pluma, inmediatamente despues de haber visto representar las piezas a que aludia.

Bello, que era muy aficionado a los espectáculos dramáticos, asistia a ellos, siempre que podia; i cuando no manifestaba su juicio por escrito, lo espresaba de palabra a las personas que le consultaban, o con quienes conversaba sobre el particular; pues debe saberse que el asunto acerca del cual le agradaba mas hablar era el de las letras.

De este modo, introdujo, puede decirse, i fomentó en Chile el buen gusto en materia de teatro.

Muchos años mas tarde, Bello tradujo i arregló para el teatro chileno el drama de Alejandro Dumas padre, que lleva por título *Teresa*.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

ANTONIO SMITH

Estamos todavía bajo la influencia de una sorpresa bien encantadora: la pintura, esa diosa casi desconocida entre nosotros durante tantos años, principia a levantar tranquilamente las gradas de su trono soberano. La tarea ha sido tan modesta, se ha trabajado tan en silencio temiendo hacer el menor ruido, que cuando el público se ha apercebido de ello ha podido contemplar asombrado la base espléndida del futuro monumento.

¿Sabia Santiago que tenia en su seno una docena de pintores? Francamente, solo el pequeño círculo que se ocupa de bellas artes lo sabia. Ellos han sido bastante modestos para no hacerse conocer, i nuestra sociedad ha sido demasiado indolente para no conocerlos.

Ha sido preciso la inspiracion feliz de un mandatario para disipar las nieblas que ocultaban los hermosos paisajes que hemos visto en la Esposicion; i si eso no hubiera sucedido, Chile continuaria creyendo que no tenia mas pintor de su naturaleza que el eminente Antonio Smith.

I nuestra sorpresa ha sido tan natural cuanto que hai en nuestra vida artística un hecho mas que curioso, un hecho consolador i triste a la vez: ninguno de nuestros artistas ha salido de la academia. Muchos de ellos se han formado solos, otros casi solos, pero la mayor parte sin un hogar artístico que calentara su entusiasmo, que renovara su fé i les mostrara la senda del arte verdadero. Por mucho tiempo los jóvenes que penetraban los umbrales de la academia chilena de bellas artes podian haber leído las palabras terribles que el Dante coloca en las puertas de su infierno: «Abandonad toda esperanza vosotros los que entraís aquí.» I en efecto, cuántos penetraron ahí con fé i entusiasmo para salir despues desengañados i perdidos! El pesar nubla las alegrías de nuestros triunfos presentes al recordar las in-

telijencias que se han estinguido por falta de una hábil direccion. I no era porque faltara el hombre a propósito, le habia en nuestro mismo país: Monvoisin pudo haber sido el director de nuestra academia; se ofreció a ello espontáneamente; pero la gloria del arte chileno no podia exigir de nuestro erario el sacrificio de algunos pesos, que entónces como hoi se arrojaban en una exigencia cualquiera de la presuncion o de la vanidad. Monvoisin se fué, dejándonos el recuerdo de su talento en obras inmortales, i nuestra academia perdió voluntariamente a uno de los jénios mas notables de la escuela moderna. ¡Cuántas famas i talvez cuántos millones no nos cuesta aquella economía de mil pesos anuales!

Por eso es que Antonio Smith, ademas de la gloria de su talento, tiene la de haber fundado entre nosotros la escuela del buen paisaje. Escuela que está en embrion todavía, es verdad, pero que ya comienza a organizarse i a producir: ahí está Pedro Lira como una prueba brillante de lo que decimos.

Es pues a ese personaje modesto, pero todavía mas perezoso que modesto, que álguien ha calificado de Mefistófeles por su figura i de Fausto por sus ensueños, que se pasea diariamente por nuestras calles, porque solo pinta cuando está de *muy buen humor*, a quien debe Chile la gloria de tener paisajistas.

Casi llegamos a creer que Smith no sabe que ha hecho ese servicio a su país, i si lo conoce sabe olvidarlo tan bien que siempre se considera como formando en la fila de sus compañeros, ni una pulgada mas adelante.

I este tipo extraño, i poco ménos que indescriptible, profesa a su arte en medio de su característica indolencia, un culto sublime i respetuoso. Ha nacido artista como se nace poeta; su ciencia no es el resultado del estudio profundo ni de la constante averiguacion, sino simplemente de la naturaleza de su ser. Para hacer un paisaje no necesita mirar el cielo, ni el sol, ni la luna, ni los campos; le basta solo sentarse frente de su caballete, tomar sus pinceles i formar sus colores. Hai un minuto de reconcentracion; luego aparecen vagamente las formas de sus hermosas montañas, sus aguas transparentes, su atmósfera i sus vapores. Hai vida en ese paisaje; la vida brillante i calorosa de un dia de verano o la luz ténue i melancólica de una noche de luna. Puede faltar la verdad en algunos de sus detalles, pero nunca puede faltar la poesía ni la inspiracion.

I sin embargo, no es esa escuela idealista, a pesar de ser sus partidarios i admiradores, la que quisiéramos imitaran nuestros artistas noveles. Antes del ideal está la naturaleza con su verdad, con sus

perfumes i tambien con su poesía propia. No es posible desentenderse de ciertas realidades, por mas repugnantes que nos parezcan. El estudio sério de la naturaleza, de lo bello i de lo feo, forma al artista i al soñador. I qué naturaleza es la que se puede estudiar entre nosotros! Los valles mas espléndidos, las cascadas mas caprichosas, los lagos mas encantadores. I como si todo esto no fuera suficiente, los Andes por complemento i el Estrecho por término!

Los Andes especialmente son para nuestros paisajistas un teatro inmenso e inesplotado, hai en ellos toda una escuela maravillosa de artistas que serán nuestra gloria futura. Hasta las dificultades son ahí sublimes: por una parte la grandeza de las proporciones i por la otra la claridad i la viveza de las tintas con que hasta las perspectivas mas lejanas aparecen detalladas en la transparencia de un aire puro. Hai que aprender a mirar i a escojer lo mas bello de en medio de ese concierto jigantesco. La lucha, pues, con ese coloso de la naturaleza americana es mas que difícil, es titánica; pero la constancia, el estudio i el esfuerzo perseverante todo lo vence i al fin es posible obtener grandes victorias tanto mas gloriosas cuanto mas obstinada ha sido la resistencia.

Algunos de nuestros paisajistas quieren entrar en posesion de esas sublimes i estrañas bellezas con solo unas cuantas miradas dadas muchas veces con indolencia durante las rápidas correrías de un viaje de verano o de una escursion de placer. De ahí el poco éxito de esos ensayos informes ejecutados de paso. ¿Es posible obtener de esta manera resultados satisfactorios i éxitos brillantes? Imposible! desde que triunfos semejantes solo pueden alcanzarse despues de estudios serios i completos.

Por eso es que sorprende verdaderamente cómo Smith ha podido trasportar a algunas de sus telas esas armonías solemnes i poéticas a la vez que comunican al alma del espectador un eco melodioso de tiernas impresiones, sin haber mirado de frente esas montañas ni recorrido paso a paso sus laderas.

Pero ese secreto encanto de los paisajes de Smith tiene todavía en sus bosques i en sus noches una acentuacion mas marcada. La luz del sol puede fastidiar a la mirada soñolienta de nuestro artista, pero la dulce luz de la luna convida a su espíritu soñador a pasearse bajo la cúpula de sus bosques misteriosos. ¿Quién no ha visto al ménos una sola vez en su vida i durante las horas enamoradas de los veinte años, los rayos de la luna iluminando melancólicamente las colinas derramándose luego hasta los valles? ¿Quién no ha contemplado por la tarde los últimos fulgores del sol en el ocaso tiñendo de púrpura las nieves eter-

nas i a las sombras azuladas i caprichosas subir invadiendo i apagando los reflejos del sol que se va? Quién no ha visto las diversas faces de esos fenómeno no sabe todo el encanto que hai en esos juegos de la naturaleza que se repiten todos los dias cambiando infinitamente de forma i de color, ni puede apreciar debidamente las ventajas que haya podido sacar el artista de esas riquezas que están al alcance de todos los pinceles. Cuando tales magnificencias se ven en la naturaleza no se puede ménos de reprochar al artista que las descuida i no saca de ellas todo el inmenso partido a que se prestan.

Smith tiene un doble deber en estudiar esas bellezas: un hombre de su talento i de su porvenir tiene para consigo mismo i para con el público que le admira i aplaude la obligacion de perfeccionarse constantemente, i este deber se multiplica cuando como al presente se tiene a su espalda toda una jeneracion de jóvenes artistas que le observan con admiracion i siguen paso a paso sus modificaciones i progresos. Smith no es ni debe ser solo el artista caprichoso que hace cuadros para el público; tiene todavia una obligacion i una mision mas: es el maestro, es el jefe de una escuela que debe sostener haciéndola triunfar por medio de la verdad del estudio unida a la poesía ideal de su pincel.

Se critica a Smith de haber desterrado las figuras de sus paisajes, i esta crítica no es injusta del todo. Smith ha separado por completo de sus obras todo el antiguo mundo de los viejos paisajistas, con sus numerosos términos de tierra, sus rebaños i sus pastores, sus castillos i sus chozas, sus palacios i sus templos. I no es solo Smith el que ha querido volver a un sentimiento mas profundo i primitivo de la naturaleza sino toda la moderna escuela de paisajistas, i especialmente la francesa. La reforma, sin embargo, ha sido exajerada, llegándose a simplificar demasiado el tema de las composiciones i cayéndose naturalmente en el escollo opuesto. Hoi se abusa de la pobreza con la misma franqueza con que ántes se abusaba de la abundancia de los materiales.

Smith ha recorrido la Italia durante dos o tres años, ha visitado sus museos i tenido algun tiempo por maestro al mas grande de los paisajistas florentinos de nuestra época: al célebre Cárlos Marcó. Aquellos eran los buenos i felices tiempos en que Smith estudiaba con todo el anhelo del que desea llegar a ser autor aplaudido. Hemos visto las cartas afectuosas que el gran Marcó le ha enviado despues: «Mi ilustre amigo, mi discípulo-maestro» le dice con sincera admiracion aquel hombre justamente célebre.

I cuando nuestro artista recibia estas honrosas manifestaciones, era

mucho menos de lo que es ahora. Unos cuantos viajes al sur de nuestro hermoso territorio, mas por placer que por estudio, le han sido sin embargo de gran provecho. A su regreso es cuando ha pintado esos espléndidos bosques, algunos de los cuales han figurado en la Exposicion, solemnes i misteriosos, que dan a conocer por completo en su poesía, aunque talvez no en su realidad, el carácter de aquella naturaleza grandiosa.

Cuando se contemplan esos cuadros, que son sus últimos trabajos, i se les compara con los que ha ejecutado hace tres o cuatro años, se nota un evidente progreso. Uno de ellos representa un efecto de sol en la cordillera. El instante elejido es una tarde. El espectador tiene a su frente uno de los mas hermosos picos de los Andes a cuyos piés se encuentra un bosque pintoresco. Un lijero velo de nieblas azulado se halla estendido entre el bosque i la montaña; i miéntras el sol dora con su luz las nieves de la cumbre, los vapores de la falda se disuelven a su calor. En este paisaje se respira plenamente la calma majestuosa i la grandeza infinita del espectáculo. El otro representa la entrada a un bosque: un solo árbol de tronco corpulento ocupa el mayor espacio de la tela, dejando ver por entre sus ramas las cordilleras del fondo i los rayos de la luna. Es esta una armonía recojida por Smith con deliciosa emocion.

En presencia de estos paisajes el entusiasmo nos ha arrebadado i hemos estado a punto de declarar a Smith un portento de estudio i de trabajo: pero nos hemos detenido al momento pensando de cuánto mas es capaz ese brillante talento. Ademas, la luz admirable del paisaje de Saal heria en esos momentos nuestra vista i un amigo nos decia al oido con cierto desconsuelo:

—¿Por qué no pinta así Smith?

—Quién sabe! Pero *él lo puede si quiere*, le contestamos parodiando a Lady Cadurcis.

VICENTE GREZ.

SALMOS DEL LIBRE PENSADOR

I LA CONCIENCIA

Hai una luz, un rayo que fulgura
Del alma en lo profundo;
Luz que no ahoga la tiniebla oscura,
Que no apagan los vientos de este mundo!

La conciencia! Luz santa, luz divina,
Antorcha de lo justo,
Que en los pechos humanos ilumina
Al bien excelso i al deber augusto!

Educa pueblos, guia inteligencias,
Templos i artes levanta,
Confunde en lo infinito las creencias,
Lidia con héroes, con poetas canta!

Conciencia, a noble lucha, a noble intento
Nuestra vida acostumbrabas.
Tú eres sol inmortal del pensamiento
Que naciendo en la tierra a Dios alumbras!

II

EN LAS CORDILLERAS DE CHILLAN

Alturas bienhechoras
Aire puro en vosotras se respira;
I todo, astros, crepúsculos, auroras,
Se contempla mejor, mejor se admira!

Brillan en el espacio
 Vivos fulgores, esplendor divino;
 Lagos de plata, valles de topacio,
 Montañas de oro sobre azul marino!

No hai tinte que remede
 El aéreo color de esos paisajes;
 El arte que otros mundos crear puede,
 No imita esas visiones de celajes.

Arte, tú nos sublimas
 I a la mente del hombre coses alas;
 Mas tú, naturaleza, en estas cimas,
 Mostrándonos lo eterno, a Dios señalas!

III

LA VIA RECTA

Fruto de almas tranquilas
 Son las grandes acciones;
 Mal reflejan, turbadas las pupilas,
 La bella luz de nobles emociones!

Une un vínculo estrecho
 Hombre i naturaleza;
 Si late el corazon dentro del pecho
 Habla a la mente una ideal belleza!

Nunca torvo cinismo,
 Jamas pérfida ira,
 Dá un lauro inmarcesible al heroismo
 Ni en una obra inmortal al jenio inspira!

Con austera conciencia,
 Con recto pensamiento,
 A cumbres de verdad llega la ciencia
 I el arte halla vigor i el jenio aliento!

Sube, espíritu humano,
 Altivo, audaz, sereno!
 La antorcha del deber lleva en tu mano
 I busca a Dios para encontrar lo bueno!

GUILLERMO MATTA

DON JOSE MIGUEL CARRERA.

UN CAPÍTULO PARA SU BIOGRAFIA.

La historia política de don José Miguel Carrera, sus servicios políticos i militares a la causa de la revolucion de Chile desde el 4 de setiembre de 1811 en que hizo su brillante aparicion en la plaza de Santiago, hasta el 4 de setiembre de 1821 en que fué fusilado en la plaza de Mendoza, se hallan mas o ménos bien consignados en muchas pájinas de la historia nacional. Pero la carrera anterior de este arrogante caudillo de nuestra independenciam, los primeros veinte i seis años de su vida, no son conocidos sino por tradiciones vagas i talvez no siempre exactas que conservaron con diversos colores sus parles i sus enemigos, i que la historia ha tenido que recojer a falta de antecedentes mas fidedignos.

En este artículo vamos a reunir algunas noticias acerca de la juventud de este célebre caudillo, valiéndonos para ello de documentos inéditos i orijinales que una casualidad, mas bien una esmerada diligencia, ha traído a nuestras manos. Prescindimos del viaje de don José Miguel a Lima, a donde lo mandó su padre para apartarlo del teatro de sus correrías i travesuras de muchacho, i nos contraemos solo a su vida militar.

Nacido el 15 de octubre de 1785, don José Miguel Carrera obtuvo a la edad de un año el título de cadete del rejimiento de milicias de caballería de Santiago denominado del Príncipe, de que era jefe su padre, el teniente coronel de milicias don Ignacio de la Carrera. Bajo el réjimen colonial, estos títulos de mero honor eran mui codiciados; i las familias patricias de Santiago los reclamaban empeñosamente para sus hijos. Así se comprenderá como don Ignacio de la Ca-

rrera solicitó i obtuvo el 28 de noviembre de 1786 el título de cadete del espresado rejimiento para su hijo mayor don Juan José, que entonces contaba cuatro años de edad, i para su hijo segundo, don José Miguel, que solo tenia uno. Ambos fueron elevados al rango de tenientes el 8 de noviembre de 1791. Segun los documentos que el gobierno militar de la colonia enviaba a España, i que hoy se conservan en el archivo de Simancas, habiendo muchas vacantes en el rejimiento del Príncipe en el año de 1793, época en que por estar la España envuelta en guerra con la república francesa, las milicias se hallaban sobre las armas, don José Miguel desempeñó el cargo de teniente de la segunda compañía de ese cuerpo a la edad de ocho años. Sin embargo, solo obtuvo este cargo por despacho de 19 enero de 1799, antes de contar quince años de edad.

Esta fué la época mas turbulenta i borrascosa de la vida de don José Miguel. Confiado en el alto prestigio de su familia, i dejándose llevar por la arrogancia de su carácter i de su edad, el futuro caudillo de la revolucion de Chile, acarreó mas de un sinsabor a su venerable i bondadoso padre, i obligó a éste a mandarlo primero a Lima i despues a España. El viaje de don José Miguel Carrera a la metrópoli tuvo lugar en 1806. Ese viaje no tenia por objeto el buscar una ocupacion en el ejército español, como lo han dicho algunos de sus biógrafos, sino abrirse una carrera en el comercio. Se instaló en la ciudad de Cádiz, i allí permaneció hasta mediados de 1808. Tenemos motivos para creer que entonces conoció i trató a don José de San Martin, capitan de infantería en esa época, i ayudante del jeneral Solano, marques del Socorro, i gobernador militar de Cádiz.

¿Qué hizo Carrera en los primeros meses de su residencia en España? Nada se trasluce en los documentos que tenemos a la vista. Sabemos sí que el 15 de setiembre de 1808, hallándose la península invadida por los ejércitos franceses, se incorporó como ayudante en el rejimiento de milicias de Farnesio, i que luego pasó en el mismo rango al de caballería de voluntarios de Madrid. Por fin, el 13 de abril de 1809 obtuvo el grado de capitan del mismo cuerpo. En este tiempo se encontró en trece acciones de guerra, que su foja de servicios menciona con la rapidez ordinaria de esta clase de documentos: 1.º En la defensa de Madrid, atacada por el emperador Napoleon en persona los dias 1 i 2 de diciembre de 1808; 2.º en la momentánea ocupacion de la plaza de Mora, el 18 de febrero de 1809; 3.º en la retirada de Consuegra, el 23 del mismo mes; 4.º en la jornada de Yébenes el 24 de marzo; 5.º en la retirada de Santa Cruz de Mudela, el 28 del mismo mes, que fué apoyada por su rejimiento, el cual salvó dos

piezas de artillería; 6.º en la entrada de Talavera de la Reina, el 22 de julio; 7.º en el combate de Alcobon, el 26 de mismo mes; 8.º en la gran batalla de Talavera, los días 27 i 28 del propio mes, en que su rejimiento apoyó las operaciones de la caballería inglesa, por cuya jornada obtuvo don José Miguel una medalla; 9.º en el combate del puente del Arzobispo, el 8 de agosto, en que habiéndole muerto su caballo cayó momentáneamente prisionero; 10.º en los lijeros ataques de Camuña, Madrigalejos i Villarubias, durante el mes de octubre; 11 en el ataque de Mora, el 12 de noviembre; 12.º en el de Ocaña en que perdió su rejimiento mas de dos terceras partes de su jente i nueve oficiales, el 18 del mismo mes; i 13.º en la gran batalla de este nombre, perdida por los españoles el día siguiente, en que Carrera recibió una herida en una pierna. Durante casi todo el año de 1809 sirvió en la division que mandaba el valeroso duque de Alburquerque.

Los restos del ejército derrotados en Ocaña se retiraron a Andalucía en completa dispersion; i por fin, perseguidos por los franceses, abandonaron las ciudades de Córdoba i Sevilla i fueron a replegarse a Cádiz. Carrera obtuvo una licencia para curar su herida, lo que consiguió con los ausilios que le dispensó don Ramon Errázuriz, chileno avecindado entónces en esa ciudad.

En los primeros días de enero de 1811 fué llamado nuevamente al servicio: se le dió el título de sarjento mayor del rejimiento de húsares de Galicia, i se le mandó que marchara al norte a incorporarse al sexto cuerpo del ejército español, que entónces sostenia la guerra en aquellas provincias. Don José Miguel Carrera, en vez de aceptar esta comision, presentó al consejo de rejencia que funcionaba en Cádiz, la siguiente solicitud.

«Serenísimo señor.

«Don José Miguel de Carrera, natural de Santiago de Chile, sarjento mayor del rejimiento de húsares de Galicia, con el mayor respeto hago presente a V. A. que desde mi tierna edad tengo la honra de servir a nuestro soberano, habiendo comenzado mi carrera de cadete del rejimiento de caballería del Príncipe de aquella capital; que como el año pasado de 806 haya venido a la península a asuntos particulares de mi casa, hallándome en esta plaza cuando la invasion de los enemigos en las Andalucías, me presenté al gobierno para que dispusiese de mi persona; en efecto, fuí agregado, con el mismo grado de teniente que tenia en mi rejimiento, al de Farnesio; de éste pasé al de caballería de Madrid, del que siendo capitán he sido ascendido a sarjento mayor de húsares de Galicia, empleo que con mucha

complacencia estaría sirviendo, si la gravísima enfermedad que he padecido por espacio de siete meses no lo hubiera impedido.

«Yo vivo satisfecho de haber desempeñado las respectivas funciones de mis empleos en los diez i siete años que hace sirvo con la exactitud i honor que corresponde; i cuando estaba dispuesto para marchar a mi destino he recibido noticias funestas de la salud de mi padre, cuya postracion anuncia su próximo fallecimiento. En tales circunstancias, estoi persuadido que es absolutamente necesaria mi concurrencia en aquel pais para cuidar de la recaudacion de mis intereses; i así este único i esencial motivo me hace ocurrir a V. A. con la solicitud de obtener una licencia en los términos que V. A. tenga por conveniente para embarcarme en el navío *Baluarte* (tal vez hai en esto un descuido, i Carrera quiso escribir *Estandarte*, navío de guerra ingles) que navegará dentro de pocos dias a los puertos de Valparaiso i Lima, ofreciéndome gustoso ocuparme en lo que V. A. juzgare útil al mejor servicio de la patria; por todo lo cual,

«Suplico rendidamente que usando V. A. de su notoria justificacion i benignidad se digne condescender a mi solicitud, i en ello recibiré singular favor. Cádiz, etc.»

Esta solicitud despertó serias sospechas en el seno del consejo de rejencia. Se recibian entónces en España las primeras noticias de los movimientos revolucionarios de las colonias de América. Sabíase que en la ciudad de Santiago de Chile se habia instalado una junta de gobierno el 18 de setiembre de 1810, i que don Ignacio de la Carrera, padre del jóven solicitante, era uno de los miembros de la espresada junta. Se creyó con sobrado fundamento que todas las razones alegadas por Carrera para obtener su separacion del servicio, eran simples pretextos para volver a Chile a ofrecer sus servicios a la causa de la revolucion. Se sospechó que entre sus papeles habia una o muchas cartas en las cuales su padre, sus deudos o sus amigos le comunicaban noticias del movimiento revolucionario en Chile, i le llamaban a este pais. Inducido por estas sospechas, el consejo no vaciló en tomar una medida resuelta. En la mañana del 5 de abril, don José Miguel Carrera fué apresado por órden del gobernador militar de la plaza, marques de Coupigny: sus papeles fueron recojidos i sometidos a un exámen riguroso. En el mismo dia dirijió desde su prision la siguiente solicitud al marques de Coupigny:

«Exmo. Señor:

«Esta mañana he sido arrestado por órden de V. E. comunicada al gobernador de esta plaza, quien a mas de registrar i llevarse mis papeles por medio de un ayudante, ha puesto preso a mi asistente.

Semejante providencia indica el mayor delito, pero vivo seguro de que jamas podrá imputárseme alguno.

«Quizá V. E. ignora el autor [de semejante impostura, i no dudo que la idea de sujeto tan vil se reduce a perjudicarme de cuantos modos le sea posible para vengarse tal vez de resentimientos particulares. Poderosos motivos me han obligado a pedir mi licencia absoluta i pasaporte para marcharme a mi pais en el navío *Estandarte*, que saldrá a principios de la próxima semana. Por lo que suplico a V. E. tenga la bondad de dar parte a la superioridad para que con la pronta conclusion de este asunto tan desagradable, pueda concedérseme lo que solicito, evitando de este modo los grandes atrasos que me resultarian.

«Dios guarde a V. E. ms. as. — Cádiz, 5 de abril de 1811.

«JOSÉ MIGUEL DE CARRERA.»

«Exmo. Señor marques de Coupigny.»

Don José Miguel Carrera permaneció nueve dias preso. Pero entre sus papeles no se habia encontrado una sola carta, una sola línea que lo comprometiera en lo menor. Su lealtad al rei de España no sufrió el menor menoscabo despues de aquella investigacion. Ni sus antecedentes como militar, ni las demas noticias que se recojieron daban algo que sospechar. Así fué que el 14 de abril se le puso en libertad, i se le comunicó la siguiente resolucion del consejo de rejencia.

«El Rei don Fernando VII, i en su real nombre el Consejo de España e Indias.

«Por quanto habiéndome representado don José Miguel Carrera, sarjento mayor del rejimiento de caballería de húsares de Galicia, que la falta de salud i el atender al cuidado de sus intereses en Santiago de Chile, le impiden continuar en su servicio, he venido en concederle licencia absoluta para retirarse de él con uso del uniforme de retirado i goce de fuero militar.

«Por tanto, mando al capitan jeneral o al comandante jeneral a quien tocara, le deje usar de este permiso, previniendo lo conveniente para ello a continuacion de este despacho i bajo su firma, i a cuyo efecto se le ha de presentar dentro de un mes contado desde la fecha de él, como tambien el intendente a quien tocara para que lo haga anotar en la contaduría principal del mismo ejército donde sirviere dentro

del espresado término, en la intelijencia de que será nulo en faltándole cualquiera de estos requisitos. Dado en Cádiz a 14 de abril de 1811. Yo el REI—*Pedro de Agar*, presidente—. *José de Heredia*, secretario.

¿Se quieren conocer ahora cuales fueron las verdaderas razones que obligaron a Carrera a abandonar el servicio de España? El no pudo decirlas en su solicitud al consejo de rejencia, pero las consignó en una hoja de papel que tengo a la vista Dice así:

«*Causas que motivaron mi retiro:*

«1.º La falta de salud por dictámen de los facultativos.

«2.º El hallarse mi rejimiento en Galicia sin jefe ninguno que lo mandara, lleno de oficiales malos i enredosos, ellos i los soldados sin paga, estando los últimos sin vestuario, armamento ni montura i sin querer el Gobierno ausiliarlos por que los diputados de aquella provincia querian la destruccion del rejimiento. Un cuerpo en este estado no puede ser organizado, i es consecuencia cierta la caida i descrédito del que tiene la desgracia de mandarlo.

«3.º La noticia de la formacion de la junta de Chile i querer ser útil a mi pais i ayudarle lo que me sea posible ausiliando mi familia en el estado actual en que no está libre en ningun jénero de desgracias.

«4.º El ser los americanos aborrecidos i a cada momento incomodados por los recelos que de ellos tienen, llegando a atropellarme con arresto, embargo de papeles i otras vejaciones por creerme de intelijencia con América.

«5.º El ahorrar a mi casa los muchos gastos indispensables, el no verme a veces miserable, porque no teniendo paga en cinco meses como sucedió ultimamente, si se agrega la falta de asistencia no me quedaba ningun arbitrio, máxime faltándome el ausilio de Errázuriz a cuya jenerosidad debo el restablecimiento de mi salud, pues de lo contrario hubiera perecido.

«6.º El que si engañado en todo lo espuesto i asegurado de mis recelos, quiero volver a España, tengo en el mismo momento cierta la reincorporacion en el ejército, i con ventaja segun me ofreció el inspector jeneral la noche que me despedí de él i al tiempo de entregarme mi licencia.

«7.º I último el haber dejado mi nombre bien asegurado i a satisfaccion del gobierno i de todos mis jefes a quienes por el exacto cumplimiento de mis obligaciones he merecido su amistad, siendo aconsejado de ellos mismos i de todos mis amigos i paisanos para que diese una vuelta a mi pais, advirtiéndome todo lo antedicho sin contar con la total ruina de España, que por sabida se deja en silencio.»

La situación de España, en efecto, parecía desesperada en esos momentos. Carrera lo creía así, i al volver a Chile traía en su cabeza mil pensamientos de revolución e independencia. Puesto en libertad el 14 de abril, no tardó mucho en usar la licencia que se le había concedido. El 17 del espresado mes se embarcó a bordo del navío inglés *Standart*, cuyo comandante, Sir Carlos Helphistone Fleming, traía encargo de la rejencia de Cádiz visitar las colonias españolas del nuevo mundo i de reclamar en ellas los ausilios i donativos con que los americanos quisieran contribuir para socorrer a la madre patria en sus apuros i necesidades. Fleming, cumplido caballero i hombre bondadoso, dió jenerosamente pasaje en su navío a don José Miguel Carrera i a otros chilenos o españoles que querían pasar a América, i que en esos momentos no tenían posibilidad de hacer ese viaje. La guerra terrible en que estaba envuelta la España había interrumpido sus comunicaciones comerciales con los pueblos de América.

A fines de mayo de 1811, el *Standart* echó su ancla en la bahía de Rio Janeiro. Don José Miguel escribió allí una larga carta a su padre en que le cuenta su viaje, le da a conocer a sus compañeros de navegación i le suplica haga los preparativos para recibir en su casa al comandante Fleming, a fin de pagarle de algun modo las atenciones que le debía. Esa carta, característica del ilustre personaje que la escribió, tiene mucho interes para que dejemos de comunicarla a nuestros lectores, i esto a pesar de que su autor la hace preceder de esta palabra: *reservada*. Hela aquí:

Reservada

«Amado padre:

«Por mis cartas que es regular haya Ud. recibido, sabrá mi grave enfermedad de la que ya me veo convalecido, mi ascenso a sarjento mayor de húsares de Galicia, i la llegada de Valdes (1) a Cádiz, en donde tuve el gusto de abrazarle. Dije a Ud. en mi última que mui pronto salía para mi destino; pero no fué así, porque habiendo recaído de mis males, en junta de facultativos se resolvió i decidió que no debía continuar con las fatigas de la guerra; pues que habiendo llegado a decaer mi salud en extremo era mui regular que con los pri-

(1) Don Pedro Diaz de Valdes, segundo esposo de doña Javiera Carrera, i por tanto cuñado de don José Miguel. Diaz de Valdes era español de nacimiento, i tenía el título de asesor de capitan jeneral i presidente de Chile; pero molestado por el gobernador Garcia Carrasco, había ido a España a querellarse contra él i obtener su reposición.

meros trabajos la perdiese del todo i quedase enteramente cojo. Esto me tenia lleno de cuidados hasta que viendo el único partido que me quedaba determiné pedir licencia para retirarme a mi casa mientras me reponia; i habiendo presentado un memorial a la rejencia apoyado por el inspector jeneral de caballería, se me concedió inmediatamente. Podia pues embarcarme cuando quisiese i determiné hacerlo en compañía de Errázuriz (2) i su mujer, de Valdes (que desengañado del estado de la nacion lo abandona todo) i del conde de Torreseca, que despues de haber perdido todos sus mayorazgos en Aragon ha obtenido el despacho de capitan de caballería a las órdenes del gobierno de Chile. Para conseguir mi embarque, me empeñé con el capitan del navío ingles de guerra nombrado *Estandarte*, de 64 cañones, en el que venimos, por que luego que hablé a dicho capitan se prestó gustosísimo para traernos a todos. Este capitan por los buenos servicios que ha hecho a la España, ha obtenido el grado de brigadier de la real marina Española, i por súplica de nuestro gobierno ha concedido el de Inglaterra el que venga a esta América para conducir en su buque los caudales pertenecientes al erario, para cuyo fin salimos de Cádiz el 17 del pasado abril i hasta este punto hemos traído una navegacion felicísima i llena de comodidades, que espero continuará hasta Valparaiso. Para decir a Ud. del modo que he querido corresponder a este señor favores tan excesivos, quiero decirle ántes la clase de sujeto que es: se llama don Carlos Helphistone Fleming; tiene el título de honorable i es de las mejores familias de Inglaterra, en donde disfruta mucha opinion i cuantiosas rentas; trae de la actual rejencia i de las cortes las mayores recomendaciones; a pesar de lo que le ofrecí mi casa para los ocho dias que debe permanecer en Santiago. En efecto, la ha admitido, asegurándome que no se alojará en ninguna otra i estoi complacidísimo de poderle proporcionar a Ud. conocimiento con un sujeto tan recomendable por todos títulos i que nos será tan útil cuanto queramos, como lo verá Ud. por el singular aprecio que hace de mí i por sus grandes ofertas de los que no dudo un momento. Debiendo pues arribar mui pronto a Valparaiso, dirijo esta por Buenos-Aires para que si llegase ántes que nosotros se sirva Ud. mandar a Valparaiso a uno de mis hermanos para que le reciba (si Ud. fuese podría ver un navío hermosísimo i conocer el órden i grandeza con que los ingleses viven en el mar). Como Fleming, es regular, lleve en su compañía al comisario o intendente

(2) Don Rymon Errázuriz, caballero chileno que vivia en Cádiz como comerciante.

jeneral ingles que viene comisionado por su rei i algun oficial i su capellan, será indispensable que vayan dos buenas calezas con bastantes mulas para que marchen lo mas pronto posible; que en la medianía del camino se pongan algunas carpas con una regular cena para pasar la noche, cuidando que los vinos sean los mas esquisitos que se encuentren i en abundancia, i que en casa se dispongan dos o tres cuartos lo mas decente posible i en particular el de Fleming. Para el conde, Errázuriz, Valdes, yo, mi soldado asistente, dos criados mas i uno o dos que llevará Fleming, se necesitan diez o doce caballos de silla i otras tantas mulas para los baules.

«Las adjuntas hojas dirán a Ud. todo cuanto sucede en España con tanta verdad como si Ud. lo viera, i ésto es solo un pequeño diseño, por que debiendo vernos tan pronto no quiero aventurar a la pluma mas claridades, i aun estas escusaria si no creyera que esa junta (la de Chile) debe estar advertida para esperar con prevencion otros compañeritos de viaje que necesitan todo resguardo i precaucion.

«Don José Joaquin Aguirre es uno de los judíos comerciantes de Cádiz, quien trae a bordo una pacotilla de bastante valor i viene con los grandes planes i especulaciones de todos sus indignos compañeros; es un vizcaino que ha hecho su carrera desde escribiente, i como no era nada i ha adquirido algun dinero ha tomado todo el aire suficiente para llenar una ciudad. Como sus intereses son tan distintos de los nuestros, trae mui estudiada la leccion i ensayada por el gobierno para engañar a los que nada ven, i para autorizarse trae todos los pliegos para los jefes i audiencias con grandes deseos de sacar cuanto dinero pueda i si fuera posible de ahorcar a todos los americanos.

«Aun hai mejor alhaja. D. Antonio Caspe, fiscal de la Audiencia de Buenos Aires, uno de los embarcados a la fuerza (1), llegó a España (¡ojalá se hubiese ahogado!), i solo se ha empleado en hablar cuanto mal ha podido de los americanos; pero deseoso de ver si puede de algun modo vengarse de ellos, ha conseguido a fuerza de intrigas el colocarse en la plaza de Irigoyen. Luego que le fué concedida, Perez de Castro, comisionado por el consulado de Buenos-Aires, hizo contra él una fuerte representacion para que no se le mandase a nin-

(1) Don Antonio Caspe, ex-oidor de la audiencia de Buenos Aires, habia sido remitido a España por el gobierno revolucionario instalado en aquella ciudad en mayo de 1810. En España se le nombró oidor de la audiencia de Chile, en reemplazo de Irigoyen, que acaba de obtener su retiro. Pero en Chile, el gobierno revolucionario suprimió la real audiencia en abril de 1811; i Caspe se vió forzado a seguir su viaje a Lima.

guna parte empleado hasta tanto que no se vindicase de las acusaciones que le hacia i las que aseguraba con su cabeza, pero las cortes se han hecho sordas aunque Castro queda siguiéndole la bajeta; i puede ser cierto o falso lo que se le imputa, pero lo que no tiene duda es que a lo ménos es un malísimo hombre, de ideas las mas diabólicas i contrarias a los americanos, a quienes querria ver envueltos en rios de sangre, como se deja ver en cuantas ocasiones, acalorado con la disputa, se ha olvidado de su mónita jesuita, que le viene perfectamente hasta su corte i figura; trae tambien algunas cartas i los papeles de la *Escorpion* (2) para tener esa ridícula introduccion; debia venir temeroso del recibimiento, pero está tan léjos de eso que dice que está creído que luego que llegue, debe la Audiencia mandar coches i comisionados para recibirle; en fin es un grandísimo tuno (sin quitarle ni ponerle nada) i no tendré mayor sentimiento que verle colocado en esa Audiencia. Si a Ud. le parece prevenir a Irigoyen, puede Ud. hacerlo de modo que no conozca al autor panejirista de este andaluz.»

Un temor asaltó a Carrera al escribir esta carta. Fleming era ingles i protestante: ¿cómo un súbdito del rei de España, cómo un católico por exelencia, criado en la sociedad mas intolerante que es posible concebir, iba a recibir en su casa a un anglicano, un hereje? Don José Miguel previó esta dificultad: en otra carta, de la cual desgraciadamente no conservamos mas que un fragmento, le dice lo que sigue: «El gobierno español ha dado al capitan Fleming las recomendaciones mas espresivas para todos los jefes de esta América; pero habiendole ofrecido mi casa para que descansase los ocho dias que estará en Santiago, la ha admitido gustoso, i me ha prometido que de ningun modo irá a otra; lo que celebro infinito para que V. tenga el placer de tratar un hombre de las mas recomendables prendas, i que le hará conocer a Vd. *que tambien se encuentra la virtud entre los de esta relijion.*»

Don José Miguel Carrera llegó a Valparaiso el 25 de julio de 1811. Su padre no habia recibido las cartas que aquel le dirijió desde Rio Janeiro por la vía de Buenos Aires, i que nosotros acabamos de transcribir. Nadie lo esperaba en Valparaiso: don José Miguel no tenia tampoco medios de hacer llegar prontamente a Santiago el aviso de su arribo. Prefirió tomar un caballo i venir en persona a anunciar su llegada i a hacer los aprestos para el viaje de Fleming. Oigamos al mis-

(1) Buque mercante ingles, apresado poco ántes en nuestras costas, i cuya captura habia dado lugar a premiosas reclamaciones del gobierno ingles.

mo Carrera como cuenta estos hechos en su interesante *Diario militar*, uno de los documentos mas interesantes que nos quedan acerca de la historia de nuestra revolucion i que por desgracia, se conserva todavía inédito.

«El 25 de julio de 1811 llegué a Valparaiso en el navío de S. M.B., el *Estandarte*, a las órdenes del comandante Cárlos Helphistone Fleming. Desembarqué a las oraciones de aquel dia, i me presenté al gobernador don Juan Mackenna, quien me recibió con toda urbanidad i cariño. Me llamó a su cuarto de dormir, i seguidamente me preguntó por el estado de España, i por el motivo que ocasionaba la venida de un navío de guerra ingles. Le pinté el estado de la nacion, en el lamentable en que se vió en aquella época i le persuadí de la confianza que debia tener en el comandante Fleming, que solo viene a Lima por caudales. Le manifesté al mismo tiempo que el teniente del resguardo don Juan Prieto nos habia pintado a Chile en una completa anarquía, inclinándome a creer que mi padre protejia la causa del rei, por lo que estaba espuesto a los insultos de los revolucionarios. Me aseguró todo lo contrario, comprobándomelo con todos los destinos que ocupaban mis dos hermanos en las tropas veteranas, don Juan José sarjento mayor de granaderos i don Luis capitan de la brigada de artillería de Santiago.

«En seguida le impuse de un español Aguirre que acompañaba a Flemnig, de un choque ruidoso que habia tenido a bordo conmigo i de lo perjudicial que seria en tierra él i el oidor Caspe que lo fué en Buenos Aires i venia destinado a Chile.

«A las doce de aquella noche partí para Santiago, i llegué a las once de la noche del dia siguiente en compañía de don Ramon Errázuriz, con quien vine en el mismo buque desde Cádiz. Aquella noche, despues de los primeros agazajos de mi familia, me retiré a dormir en compañía de mi hermano Juan José, quien de algun modo me impuso de la situacion de mi pais. Me dijo que llegaba en los momentos de una revolucion que se ejecutaría a las diez de la mañana del dia 28. Era dirigida a quitar algunos individuos del congreso, el comandante de artillería Reyna, i no me acuerdo que otras cosas. Los que dirijian la obra eran Rozas i Larrain, unidos a Alvarez Jonte. Me pareció que la obra encerraba mucha ambicion i proyectos perjudiciales a la causa i a mis hermanos que eran los ejecutores. Le supliqué que retardase aquel paso hasta mi vuelta de Valparaiso, a donde tenia precision de volver para que Fleming viniese a conocer la capital. Me ofreció hacerlo así, i lo cumplió a pesar que en la mañana se presentaron muchos de los convidados al efecto. Bien conocia el

congreso el paso que se fraguaba, i el presidente don Manuel Cota-
pos mandó seguir un sumario para la averiguacion de los cómplices.
Verifiqué mi viaje a Valparaiso a los tres dias; i apesar de que llevé
carruajes, i todo lo necesario para que Fleming hiciese un camino có-
modo, no quiso ir a causa de las sujestiones de Aguirre que le per-
suadió no debia recibir obsequios de un pueblo que no reconocia a
Fernando i su rejencia. En el concepto de aquel maldito godo no
habia reconocimiento por que se habia castigado al traidor Figue-
roa..... Fleming me aconsejaba que me fuese con él a Lima, i que
no me comprometiese ni tomase la menor parte en la revolucion. Yo
le contestaba del modo mas prudente que podia, queriendo conser-
var la amistad de un hombre a quien tenia inclinacion, i a quien de-
bía favores. Sin embargo, nada le prometí que perjudicase mi honor
i patriotismo. Siguió su viaje a Lima, i quedó en que a su vuelta
iria a Santiago, i que habia de resolverme a volver a España. De to-
do esto era sabedor Mackenna, con el que habia entablado una amis-
tad bastante intimada.»

Cuando el comandante Fleming instaba a Carrera porque se ale-
jase de Chile, conocia el carácter ardoroso del futuro caudillo de nues-
tra revolucion, apreciaba las dotes de su corazon i de su intelijencia,
i creia que este pais, el mas pobre i atrazado de la América, mal pre-
parado para ser nacion independiente, iba a comprometerse en una em-
presa absurda que no le traeria mas frutos que su propia ruina. Fleming
lamentaba que en esa empresa descabellada i ridícula fuera a perder-
se un hombre que a la edad de veinte i seis años revelaba el jenio su-
perior de los que pueden realizar grandes cosas. Carrera no oyó sus
consejos: con una fuerza de voluntad verdaderamente heroica acometió
el trabajo, i el 4 de setiembre de 1811 dió el golpe de mano que
en unas pocas horas, i como por la obra de encantamiento, lo puso en
primera fila entre los revolucionarios i le abrió el camino para dar
un impulso poderoso e irresistible a la obra de la emancipacion de
Chile.

DIEGO BARROS ARANA.

CRONICA LITERARIA

Desde la fundacion de esta *Revista*, habiamos pensado destinar algunas pájinas a una crónica literaria para dar a conocer ciertas obras nacionales o extranjeras que pudieran interesar a los lectores americanos.

Hoi emprendemos esta tarea. Contando con el auxilio de algunos colaboradores i sin aspirar a la crítica doctrinaria en materias de literatura, nos proponemos solo consignar ciertas noticias bibliográficas que sirvan para llamar la atencion de los aficionados sobre libros modernos poco conocidos entre nosotros, i que a nuestro juicio merecen ser leidos i estudiados.

Como se verá por la crónica que publicamos hoi, esta seccion es colectiva, es decir, es la obra de varios colaboradores. A los que ahora nos han auxiliado, i a los que quieran auxiliarnos en adelante, pedimos que nos suministren noticias cortas pero comprensivas de todos los libros nuevos concernientes a la historia, la jeografía i la literatura americana que lleguen a su noticia.

*
* *

ARCHIVO BOLIVIANO

Un erudito coleccionista boliviano, don Vicente de Ballivian i Rojas, ha comenzado en este año de 1872 la publicacion de una obra que lleva por título *Archivo Boliviano, Coleccion de documentos relativos a la historia de Bolivia durante la época colonial, con un catálogo de obras impresas i de manuscritos que tratan de esa parte de la América meridional*, en 4.º Paris, libr. A. Franck. Solo conocemos de esta obra algunas pájinas del tomo I, por las

cuales se ve que el señor Ballivian se propone publicar una coleccion interesante de documentos inéditos o desconocidos sobre la historia del Alto Perú, hoi Bolivia. Ese primer tomo contendrá 1.º un diario de los sucesos del cerco de la ciudad de la Paz en 1781, con motivo de la rebelion del cacique Tupac Amaru, escrito por el brigadier don Sebastian de Segurola; 2.º los Anales de la villa Imperial de Potosí, desde su fundacion hasta el año 1702, obra tan importante como curiosa; i 3.º un catálogo de obras impresas i de manuscritos relativos al Alto Perú durante la época colonial. Los aficionados a la historia americana celebrarán la noticia de la publicacion de estos documentos.—N.

*
* *
*

SANTA ROSA DE LIMA

Poema histórico por don Luis Antonio de Oviedo i Herrera, conde de la Granja, publicado en Lima en 1867. Es simplemente la reimpression de un libro español que no carece de mérito literario i que tiene algun interes histórico. El doctor M. T. Gonzalez La Rosa, que ha dirijido esta nueva edicion, ha prestado un servicio a las letras americanas dando a conocer una obra concebida i escrita en el nuevo mundo; i aunque ha querido consignar algunas noticias biográficas acerca de su autor, no ha podido reunir mas que uno que otro dato suelto. Para llenar aquí este vacío, vamos a trascribir aquí las notas que acerca de Oviedo i Herrera guardamos en nuestros apuntes para un diccionario biográfico americano i de escritores sobre cosas de América.

Oviedo i Herrera (don Luis Antonio), conde de la Granja, militar, administrador i poeta español, nació en Madrid en 1636. Su padre don Antonio de Oviedo i Herrera, tenia el título de caballero de la órden de Santiago, i desempeñaba altas funciones en la corte. Su madre, doña Luisa Ordoñez de Rueda, era una señora principal. Don Luis Antonio Oviedo hizo sus estudios en Salamanca; pero, como el mayor número de los caballeros de su tiempo, pasó a servir en el ejército, i militó bajo las órdenes del segundo don Juan de Austria, en las provincias del norte de Francia, i en las de Flandes que todavía quedaban fieles al rei de España, batiéndose con el grado de capitán de caballos encorazados en la famosa jornada de las Dunas (1658), en que los franceses mandados por Turenna destrozaron completamente al ejército español. Celebrada la paz de los Pirineos, que puso término a esta guerra en ese mismo año, Oviedo volvió a Madrid, en don-

de con el título de rejidor perpetuo de Salamanca, que habia heredado de su padre, representó a aquella ciudad con el carácter de procurador en cortes. En este rango asistió a la jura del rei Carlos II.

Desde mui jóven tuvo particular aficion a la poesía. En 1646, con motivo de la dedicacion del templo de Santo Tomas de Madrid, compuso un romance en honor de San Jacinto, que fué publicado en el libro que se dió a luz con motivo de esta solemnidad. Diez años mas tarde se imprimió en Madrid una comedia titulada *Los sucesos de tres horas*, con el nombre de don Luis de Oviedo, que los bibliógrafos españoles atribuyen con mucho fundamento al mismo personaje de quien nos ocupamos. En varios escritos de su tiempo se ve tambien que fué el amigo i admirador de algunos de los poetas españoles mas afamados en la segunda mitad del siglo XVII.

Nombrado por Carlos II, gobernador de la importante provincia de Potosí, en el Alto Perú, Oviedo se trasladó a América, para no volver mas a su patria natal. El rei lo condecoró poco mas tarde con el título de conde de la Granja, i en 1663 con la cruz de la órden de Santiago, i veinte años mas tarde con el empleo de miembro del consejo de las órdenes militares. Al terminarse su gobierno, se avecindó en la ciudad de Lima, donde contrajo matrimonio con doña Sinforsosa Lopez de Chaburu.

En esa época la ciudad de Lima era el centro de cierto movimiento literario. El marques de Castell-dos-Rius, virei del Perú, celebraba en su palacio, por los años de 1709 i 1710, frecuentes reuniones literarias a que concurrían todos los hombres de algun saber que residían en aquella ciudad, i sobre los cuales descollaba el fecundo escritor peruano don Pedro de Peralta Barnuevo. El conde de la Granja era del número de los concurrentes a la tertulia literaria del virei. Representábanse comedias, i se leían poesías escritas por los tertulianos. En estas obras, muchas de las cuales han llegado hasta nosotros, dominaba el gusto conceptuoso, que junto con el culteranismo habian producido la decadencia de la poesía castellana en el siglo XVII. Los conceptistas hacían profesion de abandonar lo natural por la afectacion; buscaban los pensamientos sutiles, las elegancias refinadas, las metáforas ambiciosas, las hipérboles extravagantes, los retruécanos i juegos de palabras i las espresiones brillantes i sonoras. Sus formas métricas eran los acrósticos, los versos hispano-latinos, las rimas forzadas; i los asuntos que cantaban eran jeneralmente galanterías rebosando afectacion o elojios bombásticos i altisonantes de algun grande de su siglo o de algun personaje de la antigüedad. En esta escuela i en medio de estas extravagancias, dice un crítico espa-

ñol (don Leopoldo Augusto de Cueto) asoma a menudo la fantasía viva i fecunda de aquellos ingenios extraviados.

Esto es lo que aparece en las obras poéticas del conde de la Granja. La mas estensa de todas es el poema titulado *Vida de Santa Rosa de Santa María, natural de Lima i Patrona del Perú*, en doce cantos, impreso en Madrid en 1711, en un volúmen en 4.º i reimpresso en Lima en 1867. En medio de los vicios de hinchazon, de los pensamientos falsos o sutiles, del propósito de encerrar muchos conceptos en cada verso, de las metáforas continuas i extravagantes, de algunos retruécanos de mal gusto i de los demas defectos en que habia incurrido la poesía castellana de esa época, el poema de Oviedo deja ver un ingenio fecundo i fácil. Son notables entre otros pasajes, la descripcion de la ciudad de Lima, la del volcan Pichincha i sus erupciones, el cuadro de las guerras civiles de los conquistadores del Perú, las correrías en el mar Pacífico de los corsarios ingleses i holandeses Drake, los dos Hawkins, i Spilberg (a quienes llama Drake, Aquines i Espilberghen), así como la resistencia que les opusieron los pobladores del Perú. Oviedo ha hecho entrar en su poema por via de episodios, todos estos sucesos, estraños a su asunto, así como su contemporáneo Peralta, que publicó en 1732 su poema *Lima fundada*, hizo entrar en él noticias que natural i lójicamente no podian hallar cabida en él, i que sin embargo son mui útiles para los historiadores i eruditos. No se vaya a creer por esto que los episodios del poema de Oviedo tengan una grande importancia histórica: los hechos estan recordados de paso, pero no referidos. Solo los biógrafos de Santa Rosa podrán encontrar allí algunos incidentes que recojer.

Oviedo es autor de otro ensayo poético, el *Poema sacro de la pasion de N. S. Jesucristo*, en romance castellano, dividido en siete estaciones, e impreso en Lima en 1717, en un vol. en 4.º Parece que el conde de la Granja quiso hacer publicar este poema en España; pero que habiéndose extraviado la copia que enviaba con este objeto, se resolvió a darlo a luz en Lima por el borrador que habia dejado en su poder. Esta obra, que su autor no alcanzó a ver enteramente publicada, es la mejor que salió de su pluma, no porque en ella no se encuentren los defectos de su época, ni porque haya dado mas lugar al sentimiento que a la sutileza, sino porque esta misma afectacion es menor que en sus otros escritos.

Hemos dicho que el conde de la Granja no alcanzó a ver publicada toda esta obra. En efecto, falleció en Lima a la edad de ochenta i un años, el 17 de julio de 1717. Dejó dos hijos, un hombre i una mujer; pero ninguno de estos tuvo descendencia, de tal manera que el

condado de la Granja desapareció en manos de su tercer poseedor.

Acerca de don Luis Antonio de Oviedo i Herrera se encuentran noticias en Alvarez i Baena, *Hijos ilustres de Madrid*, tomo 3, páj. 426; en Barrera i Leirado, *Catálogo bibliográfico i biográfico del teatro antiguo español*, paj. 290; i en don Leopoldo Augusto de Cueto, *Bosquejo histórico crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII* (cap. III) colocado como introduccion del tomo 61 de la *Biblioteca de autores españoles* publicada por don Manuel Rivadeneira.—D. B. A.

*
* *

ATLAS DE JEOGRAFÍA UNIVERSAL POR

Francisco Brachet, Paris, 1872. Entre los numerosos libros que cada dia publica la prensa de Europa i de los Estados Unidos para la propagacion de las nociones de jeografía, merece llamar preferentemente la atencion el que acaba de dar a luz M. Brachet. Como ejecucion artística, como conjunto de noticias i como exactitud en los datos no puede compararse en manera alguna con los grandes atlas de Johnston de Garnier o de Kieppert; pero el de M. Brachet tiene un mérito particular para nosotros. Es el único atlas en que se haya dado toda su importancia a la jeografía americana. Se le han destinado diez i siete cartas especiales, en las cuales se encuentra un acopio de pormenores jeográficos que seria imposible hallar en otra coleccion análoga. Debemos advertir, sin embargo, que no todas las cartas son de un mérito igual, i que miéntras algunas de ellas revelan un conocimiento verdadero de la jeografía americana i una buena eleccion de los materiales, hai otras mui imperfectas i descuidadas. Entre estas, la peor de todas es la de Chile, que sin embargo es el pais hispano americano cuya jeografía haya sido mejor estudiada. Es mediocre tambien la carta del Ecuador; pero las de las Antillas, de Venezuela, de la América central, las dos del Brasil, las del Paraguay i del Uruguay son bastante buenas.

*
* *

HISTOIRE DE L'INTERVENTION FRANÇAISE EN MEXIQUE

Par E. Lefevre. Paris, 1870, 2 vol. en 8.º Entre todos los libros que la prensa francesa ha publicado sobre la historia de Méjico desde 1861 hasta 1867, es decir sobre la intervencion i el imperio de Maximiliano, éste llama particularmente la atencion. El autor, frances de nacimiento i establecido en Méjico donde ha servido la redaccion de un periódico

frances, ha escrito este libro no solo como testigo de una gran parte de los sucesos que refiere, sino teniendo a la vista una enorme cantidad de documentos, i estando autorizado para darlos a luz. M. Lefevre es enemigo franco i resuelto de la intervencion francesa, obtuvo permiso del presidente Juarez para compulsar en los archivos nacionales los documentos del tiempo del efímero reinado de Maximiliano, i ha sacado de ellos las piezas mas interesantes, que ha dado a luz en su libro. Forma éste una historia de esos siete años de la historia de Méjico, escrita con pasion contra el órden de cosas creado por la intervencion extranjera, pero mui digna de ser conocida i estudiada. El autor casi no ha hecho mas que encadenar los documentos, apreciando los hechos o esplicando las piezas que publica; son éstas en realidad lo que constituye el mérito de esta obra interesante.—A.

*
* * *

RELACION DE TODO LO SUCEDIDO EN LA PROVINCIA
DEL PERÚ DESDE QUE BLASCO NUÑEZ VELA FUÉ ENVIADO POR SU
S. M. A SER VIRREI DELLA.

Esta relacion anónima ha sido publicada en Lima el año 1870 en un volúmen de 203 pájinas en 4.º Refiere con toda detencion las guerras civiles de los conquistadores del Perú desde el arribo de Blasco Nuñez Vela, hasta el restablecimiento del órden bajo el gobierno del presidente La Gasca; i contiene muchas noticias que no conocieron los historiadores mas diligentes i laboriosos que han contado la conquista del Perú. El autor de esta relacion, desconocido para nosotros, fué sin duda testigo i actor de los sucesos que refiere. El manuscrito de esta obra fué obsequiado a la biblioteca nacional de Lima por Mr. Squiere, diplomático norte-americano, mui conocido por su aficion al estudio de la jeografía i de la historia del nuevo mundo i por la publicacion de algunas obras sobre la América central. El gobierno peruano dispuso su publicacion, prestando así un señalado servicio a la historia americana.—B.

*
* * *

LÍMITES ENTRE BOLIVIA I LA REPÚBLICA ARJENTINA

Tal es el asunto de que se ocupan tres folletos mui interesantes, que han aparecido casi simultáneamente en Cochabamba, La Paz i Buenos Aires para sostener la causa de Bolivia en el debate a que ha dado lugar la reciente ocupacion del Chaco por fuerzas arjentinas. El primero es obra del señor don Miguel María de Aguirre, célebre i antiguo

estadista boliviano. El actual redactor de la *Reforma*, diario de la Paz, don Trifon Medinaceli, ha publicado el segundo. El mas interesante de todos es el del señor don Agustin Matienzo, abogado boliviano residente en Buenos Aires, en el cual se hace valer una copia de datos i citaciones importantes, en defensa del derecho de Bolivia a la soberanía e imperio de las vastas i ricas rejiones en litijio. Es de aplaudir la templanza con que estos opúsculos discuten un asunto que hoi la diplomacia del Plata i del Brasil han llevado a un terreno enojoso i lleno de peligros.—O.

(CONCLUSION)

VENECIA

(CONCLUSION)

—Nunca, dijo Venecia con enerjía. Ud. no conoce a mi madre. ¿Era ella indiferente i fria cuando visitaba todos las noches su retrato? Era ella indiferente, i fria cuando lloraba leyendo sus poemas, cuando cubria de flores i de lágrimas su lecho nupcial, el triste lecho a que debo mi existencia miserable. Oh! nó, padre mio! Triste fué la hora de la separacion para los dos; ella habrá apagado el brillo de sus ojos i encanecidos sus dorados bucles, pero hai una víctima de esa hora sombría, en que Uds. piensan poco i que sin embargo sufre mas que Uds. es ese ser desgraciado a quien llaman su hija.

—Annabel! exclamó Herbert, aún podemos ser felices!

Las palabras de Venecia descubrieron a su madre los profundidades de un abismo en que nunca habia pensado. El tormento que desgarraba el corazon de la hija hizo temblar las entrañas de la madre. Por otra parte cuando miraba a Herbert i veía marchito aquel semblante que irradiaba en otro tiempo las fuerzas de la vida; apagado el brillo de esos ojos cuya fascinacion era en otro tiempo irresistible; cuando lo oía hablar de aquel destino que pesaba fatalmente sobre su alma, Lady Annabel no pudo resistir.

Sus manos se estrecharon i el sentimiento brilló en sus ojos que anegaba el llanto.

De repente la puerta se abrió. Una mujer entró en el aposento. Su estatura era elegante; soberana i voluptuosa su belleza. Llevaba un traje de seda veneciana; sus ojos negros chispeaban como el fuego.

—¿Quiénes son estas? preguntó con voz entera.

Todo vaciló.

Herbert se hizo a un lado con la espresion de la rabia comprimida. Venecia quedó perpleja. Lady Annabel miró a su rededor i reconoció la misma cara que habia admirado en el retrato de Arqua.

—¿I quienes son estas? volvió de nuevo a preguntar avanzando la que entraba.

—Salgamos Venecia, dijo Lady Annabel con tranquila nobleza. Dejadme siquiera, salvar a mi hija de esta profanacion!

XXIV

¡Qué hermosas son las noches en Venecia! La música i la luna reinan soberanas, el cielo resplandeciente se refleja en las aguas i las góndolas cruzan con ruidos suaves. Por todos lados los palacios i los templos se levantan en medio de las olas, con sus grandes sombras i sus formas solemnes. El pueblo se ajita en las plazas i en los muelles; las embarcaciones lijeras van por aquí i por allá. No hai un sonido que no sea gracioso—el ruido de la guitarra, el canto de las serenatas i el coro de los gondoleros. De cuando en cuando se oye una risa, lijera, alegre i todavía musical.

La plaza de San Marcos, en el período de nuestra historia, era la mas notable de Europa. No habia ningun paseo mas distinguido por el brillo, el lujo i la alegría.

Entre la multitud alegre i bulliciosa que habia en ella, cuando la presentamos al lector, un hombre estaba solo. Envuelto en su capa, apoyado en una columna del pórtico de San Marcos, reflejaba en su semblante una espresion de pena i de angustia que contrastaba con la alegría i el movimiento de la escena. ¿Habia sido desgraciado en amores o habia perdido al juego? A la mujer o al oro debian atribuirse esa ansiedad i ese dolor. Porque indudablemente todas las desgracias del hombre pueden atribuirse a la una o a la otra de estas causas. La falta de amor o la falta de dinero está en el fondo de todos nuestros sufrimientos.

El extranjero caminó hácia el muelle. Un gondolero lo saludó; él entró en su bote.

—A donde? preguntó el gondolero

—Al gran Canal.

Pronto llegaron ahí.

—Ahora, frente al palacio de Manfrini, añadió el extranjero i se calló.

Claramente se podia reconocer en el balcon las formas de una mu-

jer inclinada sobre la forma de una jóven. Una hora pasó. La góndola no se movía; el extranjero silencioso miraba fijamente el balcon del palacio, una sirviente, corrió las cortinas. El extranjero suspiró i dió con la mano al gondolero la órden de partir.

La mujer que miraba el extranjero era Lady Annabel i la jóven que estaba a su lado era Venecia. Huyendo de la penosa impresion que el encuentro de Herbert les dejara fueron a buscar la tranquilidad i la vida en las poéticas riberas del Adriático, en esa Venecia que estaba llena para la madre de recuerdos queridos i con que tantos habia soñado la hija.

Allí vivían lejos de la sociedad i en un completo aislamiento. Por mas esfuerzos que hiciera la madre no podia vencer el deseo que tenia su hija de no salir jamás de su palacio.

Por fin Venecia no pudo resistirse a las súplicas constantes de su madre i subiendo a una góndola se dejó llevar a la *Laguna*, donde habia un convento i, lo que es mas raro en Venecia, un jardin. Se sentaron a la sombra de los árboles i mientras miraban por un lado la ciudad distante i por el otro las aguas tranquilas i brillantes del Adriático, un monje se acercó.

—¡Bendito sea San Lázaro! dijo el santo sacerdote. ¡Que la paz que reina dentro de sus murallas, llene vuestros corazones!

I despues de un momento de silencio añadió dirijiéndose a Lady Annabel:—Esto es para Ud., lady.

Lady Annabel recibió el papel que el monje le entregaba creyendo que seria algun memorial del convento en que imploraba su piedad.

El monje se alejó. Lady Annabel miró entónces el sobre del papel i tembló al reconocer en esos caractéres la letra de su marido. Se puso de pié inmediatamente. Se dominó a sí misma lo bastante como para poder pedir a Venecia con voz tranquila que le aguardase un momento. Apénas se hubo separado del lado de su hija rompió el sello i leyó:

«No tiemble Annabel, al reconocer la letra. Es la de un hombre cuya sola aspiracion es contribuir a la felicidad de Ud i aunque el cumplimiento de tan íntimo deseo le pueda ser negado, no se dirá jamas, ni aun por Ud. que su conducta de ahora le será desfavorable. Estoy en Venecia con peligro de mi vida, circunstancia de que solo hablo porque las dificultades de mi posicion son la causa principal de que Ud. no haya recibido esta carta inmediatamente despues de nuestro encuentro. He mirado muchas veces durante la noche su palacio i he visto la sombra de mi mujer i de nuestra hija; pero si Ud. se opone a

que continúe haciéndolo le bastará en una sola palabra i dejaré a Venecia para siempre i no será por mi culpa si Ud es incomodada una sola vez mas con el recuerdo del desgraciado Herbet.

Pero ántes de partir, quiero hacer un llamado si no a su justicia a su piedad a lo ménos. Despues de una separacion fatal nos hemos vuelto a ver. Ud. no me ha mirado con odio. Mi mano ha oprimido la suya; por un momento he acariciado la esperanza imposible de que este espíritu fatigado i gastado pudiera al fin ser bendecido. Con angustia recuerdo el incidente que puso fin a aquella vision encantadora. Me bastará jurarle solemnemente que no habian pasado veinte i cuatro horas cuando ya aquellos lazos habian sido rotos para siempre! Se desvanecieron instantáneamente delante de mi mujer i de mi hija. Decida Ud. lo que quiera no podrán ya renovare; la disolucion eterna de esos lazos era el homenaje inevitable a su pureza.

Sean cuales fueren mis errores, o mis crímenes, porque yo no trato de justificar ni un solo acto de mi vida—me humillo ahora delante de Ud. i solo pido compasion. Sean cuales fueren los estravíos de mi vida ¡ah Annabel, con la infinita bondad de su alma no me los ha perdonado Ud? Ud. es una mujer Annabel, con un cerebro tan claro como su corazon es puro. Júzgueme con calma. ¿No habia circunstancias en mi vida que atenúan la falta de esa deplorable union? Yo no quiero investigarlas, ni siquiera apuntarlas, pero seguramente Annabel, cuando me arrodillo delante de Ud. lleno de un arrepentimiento profundo i de un largo remordimiento, si Ud. pudo perdonar mi pasado, no es ese incidente por mortificante que sea para Ud, por desgraciado que sea para mí, capaz de oponerse como una barrera invencible para todas mis esperanzas.

En otro tiempo Ud me amó, no le pido ahora que me ame. No hai en mi nada ahora que pueda conmovier el corazon de la mujer. Estoi viejo ántes de tiempo i encorbado bajo el peso de la accion i el pensamiento, de los sufrimientos morales i físicos. La alegría se ha ido para siempre de mi espíritu mis pasiones han muerto como mis esperanzas. En otro tiempo todo era diverso: Ud. puede recordar otro retrato de aquel Marmion a quien Ud sonreia i de quien Ud. fué el primer amor. Oh! Annabel, viejo, débil, gastado, arrepentido, déjeme ir a su lado i morir! No pido mas; ni siquiera me atrevo a contar con su piedad; pero soporte mi presencia; deje que su techo cubra mis últimos dias.»

Leyó la carta la volvió a leer i se quedó mirando fijamente el agua, en la actitud de la reflexion.

La voz de Venecia vino a despertarla.

— Madre, dijo la jóven, Ud. está turbada i nosotras solo tenemos una causa de turbacion. Esa carta es de mi padre.

Lady Annabel le dió la carta en silencio.

Venecia se alejó unos cuantos pasos. Comprendió que se acercaba a una crisis de su vida, que necesitaba toda la enerjía de su carácter. Antes de dirigirse a Lady Annabel habia concentrado las fuerzas de su voluntad. Ahora tenia esa carta entre sus manos i no se atrevia a leerla. El aliento le faltaba, no podia resolverse a leer aquellas líneas de que acaso dependia su vida. De improviso dejó caer sobre ellas la vista con una rapidez inmensa. La sangre volvió a sus mejillas, su ojo brilló con el sentimiento, i avanzando hácia Lady Annabel:— Madre, exclamó, Ud. concederá lo que le piden!

Lady Annabel mirando las olas distraida continuaba en silencio.

—Madre! volvió a decir Venecia ¿Ud. vacila? Yo le imploro por todo el amor que me tiene, que le conceda su súplica. Oh! madre, he querido siempre someterme a todos sus deseos, he trabajado por hacer que sean leyes para mí. La memoria, le recordará a Ud. que cuando me pidió que le sacrificara los afectos mas dulces para mi corazon no vacilé en hacerlo. Ahora por qué vacila Ud. en traer la alegría i el consuelo a nuestra vida llena de angustia. Oh! nó, Ud. no vacila Ud. no puede vacilar. Ud. no lo haría si lo supiera todo, si supiera todos los sufrimientos de mi vida, estaria contenta, estaria encantada, miraría ésto como una intervencion de la providencia en favor de su desgraciada Venecia.

—¡Qué mala estrella guió nuestros pasos hácia Italia! exclamó Lady Annabel con un tono solemne.

—No madre mia, no ha sido una mala estrella. Venimos aquí para ser felices i por fin la felicidad nos llega. No ha sido la fortuna, ha sido la providencia, ha sido Dios quien le ha vuelto mi padre purificado i arrepentido. I Ud. va a abandonarlo? No, Ud. no lo hará por él, por Ud. misma i por mí.

Lady Annabel volvió a guardar silencio.

—Venecia, le dijo por fin, no voi a hablarle bajo la influencia de este momento. Mis palabras han sido pesadas desde hace mucho tiempo en mi pensamiento. Digo sin pasion lo que creo que es cierto. Estoy persuadida de que la presencia de su padre es necesaria para su felicidad, mas aun, para su vida. Reconozco la misteriosa influencia que ejerce sobre Ud. Veo que es imposible luchar contra un poder ante el cual tengo que abatirme. Sea feliz hija mia, vuele hácia su padre i sea para con él tan cariñosa como lo ha sido para conmigo.

—Entonces madre mia, Ud. no me ha comprendido. Creia que a lo ménos mis sentimientos para con Ud. eran bien apreciados.

—El sueño de mi vida, dijo Lady Annabel, en un tono de angustia infinita, ha sido que Ud. no conociera la desgracia. Solo ha sido un sueño!

Hubo un silencio de algunos minutos.

—Venecia, por fin dijo su madre ¿porqué está Ud. en silencio?

—Madre, no tengo mas que decir. Mi deber es seguirla.

—¿I su inclinacion?

—He dejado de tener deseos sobre nada.

—Venecia, dijo Lady Annabel con un gran esfuerzo, yo soi desgraciada!

Esta franca confesion de sus sufrimientos hecha por un espíritu tan fuerte como el de su madre hizo temblar a Venecia.

—Hábleme hija mia, aconséjeme, mi espíritu vacila, la angustia lo ha debilitado. Hábleme por Dios. Hable Venecia ¿Qué haré?

—Madre, solo le diré que la amo.

—Allá veo al padre, vamos, hija mia, vamos a hablarle.

Diciendo estas palabras la madre i la hija se acercaron en silencio al monje.

—Padre! dijo Lady Annabel en un tono de firmeza ¿conoce Ud. al autor de esta carta?

—Es un viejo amigo, contestó el Armenio, lo conocí en América i le debo mi vida i quizás mas que mi vida

—¿Está en Venecia?

—Dentro de esas murallas, contestó el monje señalando el convento.

—¿Podré hablar con él?

—Ud. podrá verlo ahora. Está en la sacristía.

—Venecia, dijo temblando Lady Annabel a su hija, aguárdeme en el jardin i.....pida a Dios por mí!

Lady Annabel i el monje se alejaron.

Una hora despues el monje volvió i llamando a Venecia la condujo al travez del templo silencioso i los antiguos corredores a un salon en cuyo fondo veia a su madre reclinada sobre una banca i a su padre arrodillado a sus piés. Venecia se aproximó i sin saber como se encontró en los brazos de ámbos.

XXV

Era el mes de mayo, el hermoso mes de mayo. Marmion Herbert salia de la villa Malaspina i arrojándose sobre el césped se entregaba

a la lectura de Platon. No se movió durante una hora, hasta que llegaron las sirvientes trayéndole sillas i una mesa. Lady Annabel i Venecia venian hácia él. Marmion salió a su eneuentro i dió el brazo a su mujer.

—La primavera en los Apeninos, mi Annabel, dijo Herbert, es una feliz combinacion. Cada dia me gusta mas esta residencia. La situacion es tan encantadora, el aire tan suave i tan puro, el lugar tan tranquilo la estacion tan deliciosa que realiza todo mis sueños de aislamiento. En cuanto a Ud nunca la he visto mejor i por lo que toca a Venecia, apénas puedo creer que ésta rosada ninfa pueda ser esa hija pálida, que mirábamos con tanta ansiedad.

—Todavía no está pronto el almuerzo. Vamos entretanto a ver el mar dijo Lady Annabel. Deme su libro para llevárselo.

—Dejemos descansar el filósofo, le contestó Herbert arrojando sobre el cesped su volúmen. Platon soñaba lo que yo he alcanzado.

—¿Qué soñaba Platon, papá? preguntó Venecia.

—Soñaba con el amor hija mia

Llegaron a la altura desde donde el mar se descubria.

—Una vela en el horizonte, dijo Herbert.

—Siento la brisa del mar, madre. ¿Esto no le recuerda a Ud. Weymouth?

—Ah, Marmion, dijo Lady Annabel, yo quisiera que Ud. viera a Masham. Es el único amigo que siento no poder ver.

—El prospera, Annabel, que ese sea nuestro consuelo.

I así charlando en las riberas del mar o recostados sobre el cesped entre las flores del valle; leyendo en voz alta Marmion alguno de sus libros favoritos, cuya lectura interrumpia para hacer alguna observacion profunda o chistosa, miéntras Lady Annabel i Venecia bordaban sobre el telar o se entregaban a las ocupaciones de su sexo, habia pasado medio año desde que los vimos reunirse en el convento veneciano.

—Parece ingles ese brig decia Herbert mirando el buque que poco ántes era difícil alcanzar a divisar i que ahora se acercaba rápidamente hácia la orilla.

La proyeccion de la costa les impedia ver el bote que llegaba a tierra, los Herbert guiados por la curiosidad bajaron la colina para acercarse a la playa.

Cuando llegaron dos caballeros salieron del bote. Lady Annabel i Venecia simultáneamente se sorprendieron al reconocer a Lord Cadurcis i su primo. Estaban tan cerca que ni unos ni otros tenian tiempo para prepararse. Venecia encontró su mano entre las de Plantagenet cuando Lady Annabel saludaba a Jorje. Infinitas fueron sus preguntas

i felicitaciones pero sucedió de tal modo que no se mencionó ningún nombre. Era evidente para Herbert que los recién llegados eran íntimos amigos de su familia i éstos por su parte se preguntaban quien seria aquel hombre a quien Venecia i su madre trataban con tanto cariño.

Durante un largo rato se prolongó aquella situacion singular hasta que Lady Annabel dijo:—Lord Cadurcis, permítame presentarle a Mr. Herbert, mi marido.

—Buen Dios! exclamó Cadurcis, por fin tengo la fortuna de ver a quien tanto tiempo he admirado.

—Lord Cadurcis! exclamó Herbert sorprendido. ¿Es Ud. Lord Cadurcis? Feliz encuentro!

Talvez era el único hombre a quien Herbert deseaba conocer.

Habia leído sus obras con un vivo interés, su fama i su jenio le llamaban la atencion, pero lo que en este momento lo sorprendia sobre todo, era la circunstancia extraordinaria de que nunca a su mujer ni a su hija se hubiera escapado el nombre de su aplaudido compatriota a pesar de la intimidad que le manifestaban.

—¿De dónde viene Ud. Lord Cadurcis? preguntó Herbert.

—De Nápoles, que fué el último punto que tocamos, pero he residido últimamente en Atenas.

—Lo envidio dijo Herbert.

—Seria una bella residencia para Uds. En cierto modo Ud. ha sido mi compañero, porque un volúmen de sus poemas estaba entre mis pocos libros.

Mr. Herbert i Cadurcis sostuvieron la conversacion. Venecia iba en silencio al lado de su antiguo compañero, una vez sus ojos encontraron los de Cadurcis, su espresion de asombro fué irresistible. Lady Annabel acompañaba al Capitan. Así marcharon hasta llegar a una garganta del terreno en que solo era posible ir de a uno en uno. Cadurcis era el último i ántes de él iba Venecia. Carducis arrancó una rama de laurel i se la pasó a su amiga. Ella se volvió sonriendo.

—Dígame Venecia, le preguntó el Lord ¿qué significa todo esto?

—Significa que todos somos mui felices. ¿no vé a mi padre?

—Sí i tengo mucho gusto de verlo; pero su compañía era lo último que aguardaba encontrar aquí.

—Es una historia mui larga para que se la cuente ahora. Vd. deberia imaginársela.

—¿Pero tiene Ud. gusto de verme?

—Mucho.

—Creo que ya no le importo nada.

—Malvado Lord Cadurcis! dijo ella riendo.

—Si Ud. me llama Lord Cadurcis me vuelvo al brig i salgo esta noche para Atenas.

—Pues bien, malvado Plantagenet!

El se rió i los dos subieron corriendo la garganta.

XXVI

—No me sorprendo que hayan pasado su tiempo deliciosamente aquí, dijo Lord Cadurcis a Lady Annabel cuando entraron a la villa, porque nunca he visto un retiro mas delicioso. Vale mas aún que su quinta del lago, de que Jorje me hizo una descripcion tan pomposa. Tuve intenciones de ir a verla allá. ¿No me habria recibido Ud. bien?

—Me gusta mas que nos hayamos encontrado aquí.

—Lo mismo a mí.

—¿Ud. ha viajado mucho desde que nos vimos la última vez?

—Mucho, pero mis dias de agitacion han pasado, nada quiero ahora tanto como pasar mi vida en medio de las montañas como Uds. lo hacen.

—Esta vida agrada a Herbert. Le gusta el aislamiento i Ud sabe que yo tambien estoi acostumbrado a él

—Ah! sí. Cuando estaba en Grecia recordaba siempre su querido retiro de Cherbury.

—Debemos olvidar a Cherbury, dijo tristemente Lady Annabel

—Yo no lo puedo hacer. No puedo olvidar a la que acarició mi melancólica juventud. Querida Lady Annabel, añadió con una voz conmovida tomando sus manos, olvide mis locuras i recuerde solamente que fuí su hijo, en otro tiempo tan sumiso como Ud. era afectuosa. Lady Annabel no sin agitacion le entregó sus manos que él oprimió contra sus labios.—Ahora soi feliz otra vez, dijo Cadurcis; ahora todos somos felices. Luego todos se reunieron en el salon i continuó la noche en medio de una charla vivaz i entretenida en que la risa provocada por las picantes narraciones de Cadurcis asomaba a cada instante en los lábios de todos sus oyentes.

Se separaron entrada ya la noche.

Al otro dia Lady Annabel i Venecia saliendo de casa se encaminaron hácia el prado en que de ordinario las aguardaba Marmion para almorzar. No estaba allí.

—¿No encontró Ud. mui agradable a Plantagenet anoche? preguntó Venecia ¿No está Ud. contenta, mi querida mamá, de volverlo a ver?

—Ahora sienpre estoi feliz!

—Jorje me contaba anoche toda su vida. Ahora mas que nunca quiere a Plantagenet. Dice que es imposible tener siempre una conducta mas noble i jenerosa que la de Cadurcis. Cuando estaba solo en Aténas no hacia mas que escribir i dice que sus obras antiguas nada valen en comparacion de las que ahora ha escrito.

—Es mui insinuante, añadió Lady Annabel.

—Me parece que será un delicioso compañero para mi papá. Estoy segura que él ya lo quiere mucho, i me gustaria mucho se quedase porque mi querido papá necesita alguna distraccion ademas de nuestra pobre sociedad.

En ese momento Herbet dando el brazo a Cadurcis i conversando con mucho interés al parecer, se presentaron a la distancia.

Insensiblemente Cadurcis separó a Venecia de los demas compañeros i bajo pretesto de mostrale una vista se acercaron a la orilla del riachuelo.

—Venecia, le dijo por fin, su padre i yo nos hemos confiado todos nuestros sentimientos esta mañana. Creo que ahora nos conocemos como dos viejos compañeros.

—Yo me imaginaba que los dos se entenderian mui bien. Así se lo decia a mi mamá esta mañana.

—Venecia todo esto es mui estraño ¿no es cierto?

—Mui estraño, casi me parece imposible.

—Es milagroso pero no imposible, Venecia! Un ángel intervino i operó el milagro. Lo sé todo. Qué destino tan singular ha sido el nuestro! Como nos ha llevado del uno al otro extremo haciéndonos sentir felicidades del cielo o tormentos indescriptibles.

Cadurcis guardó un momento de silencio.

—Ayer le decia, que yo haria todo lo que Ud. quisiera a condicion de que Ud. hiciera una solo vez lo que yo quiero.

—Bueno, dijo Venecia.

—Hace mucho tiempo Ud. me dijo que no se casaria conmigo sin el consentimiento de su padre i despues Ud. añadió a las condiciones el consentimiento de su madre. Ahora los dos están aquí. Arrojémonos a sus piés i pidámoles su bendicion.

—Oh! mi querido Plantagenet, me parece que será mejor para mí que no me case. Ahora somos felices quedemos así. Ud. puede vivir aquí i yo puedo ser su hermana. ¿No bastará eso?

—Nó, Venecia.

—Querido Plantagenet, si Ud. supiera cuanto he sufrido! Querido Plantagenet!

—Lo sé, lo sé todo, dijo Cadurcis. Ahora escúcheme.

Yo la amé cuando era un niño, desconocido para el mundo i para mí mismo; la amé cuando ya jóven la esperiencia me habia enseñado a conocer el carácter de las mujeres; la amé siendo hombre Venecia, siempre la he amado. Ud es el único ser que ejerce sobre mí alguna influencia i esa influencia es irresistible, eterna. Nace de una profunda i misteriosa simpatía de nuestra sangre que yo no puedo penetrar. No puede ni ser aumentada ni disminuida por el tiempo. Es enteramente independiente de sus actos. Desde que la he visto soi suyo i le juro que no he conocido mas amor que el suyo. Ud. ha nacido para ser mi esposa. Unase a mí, dirija mi destino, i mi carrera será tranquila i majestuosa como la del sol de ayer. Pero si Ud. me rechaza entregaré todas mis fuerzas a los dioses infernales; derramaré mi lava sobre la tierra hasta que todo lo que quede de mi naturaleza exhausta sea una roca sombría rodeada por la desesperacion mas amarga.

—Plantagenet, tenga calma.

—Estoi en una calma completa, Venecia. Ud. me hablaba de sus sufrimientos. ¿Qué los ha ocasionado? Una lucha con la naturaleza. La naturaleza ha triunfado i Ud. es feliz. ¿Qué necesidad habia de que tantas desgracias cayeran sobre su familia? Por qué está su padre en el destierro? ¿No cree Ud. que si su madre hubiera querido ejercer su influencia habria podido prevenir la parte mas fatal de su carrera? Pero yo no me permitiré ni un solo reproche para su madre. Ella ha recibido mis palabras de reconciliacion con mas que cordialidad. Ella es su madre Venecia, i en un tiempo fué la mia. De veras yo la quiero. No podria ser ingrato para con ella, no podria tratarla con dureza. Me duele cuando me veo tratada por ella como lo hizo el último año en Lóndres, pero una sonrisa, una palabra amable i yo recuerdo todo su amor materno i todo lo que le debo. Anoche cuando la veía amable la hubiera besado.

La pobre Venecia no pudo responder, las lágrimas anegaban sus ojos.

Yo se lo he dicho todo a su padre, mi querida Venecia, añadió Cadurcis, no le he ocultado nada.

—I ¿qué dijo? él?

—Despues de todo lo que ha pasado no intentará oponerse a su destino. I tiene razon. Quizás su intervencion en favor mio me seria injuriosa. No hai porque desesperar; todo lo que yo queria era hablar con Ud i estar seguro de que Ud. me ama ahora como me amaba en otro tiempo. No seré impaciente. Haré todo lo posible por agradar a Lady Annabel. Ud. verá como voi a conducirme. Ahora mi

querida, queridísima Venecia, seque sus ojos. Volvamos donde están los demas con una sonrisa. Dirémos que hemos estado buscando violetas ¿Se acuerda Ud. de nustras violetas Venecia? ¿Sabe Ud. Venecia que siempre me parece que los seres humanos son semejante a un objeto de la creacion? I Ud. siempre me recuerda una violeta, tan suave, tan dulce i delicada.

XXVI

En el dia Lady Annabel le suplicó a Lord Cadurcis i a su primo que se vinieran a vivir a su villa.

Aparte del placer que tal invitacion le despertaba, Cadurcis se sentia doblemente alhagado por ser Lady Annabel quien lo hacia.

Deseosa de agradar a su marido i a su hija ella habia resuelto espontáneamente aquella invitacion recompensada por la alegría con que fué recibida en todo el círculo

Pasaron algunas semanas ántes que Lady Annabel se atreviera a pensar en la posibilidad siquiera de una union entre Lord Cadurcis i su hija. El cambio operado en su posicion i sus propios sentimientos habia removido las antiguas barreras. Ya no miraba las peculiaridades del caracter de Cadurcis como una objeccion inseperable, porque ella misma se sentia feliz con Herbert que participaba de esas mismas orijinalidades.

Deseosa por otra parte como todas las madres de ver a su hija convenientemente casada, Lady Annabel no podia disimulase las grandes dificultades que se presentaban ahora que, por vivir con su marido, tenia que renunciar para siempre a su pais natal. En cuanto a que su hija se casara con un extranjero le parecia insoportable.

Ademas, Lord Cadurcis por su rango, su nacimiento i su posicion lisonjeaba las ideas de Lady Annabel i era quizás el único ingles cuyo matrimonio no la privaria de la sociedad de su hija.

Ella veia la íntima amistad que unia a Cadurcis con su marido. Eran compañeros inseparables. Los celos no habian tenido jamas cabida en el espíritu elevado de Herbert que habia llegado hasta ser sensible para la emulacion. Hablaba de Cadurcis como pensaba— con la mayor admiracin, como de un hombre sin rival i en cuyo poder estaba alcanzar una gloria imperecedera. Le gustaba derramar con mano pródiga sobre aquel espíritu que veía desarrollarse, los tesoros de sus lecturas, su gusto i sus meditaciones. Las relaciones de infancia que ligaban a Cadurcis con su hija completaban la impresion de afectuoso cariño que habia producido sobre Herbert.

Cadurcis viéndose mirado con simpatía por Lady Annabel, con

aprecio por Herbert i con amor por Venecia se sentia feliz i tratando con mas ternura a Lady Annabel veía cada dia lo que avanzaba en su aprecio.

Una sola circunstancia vino a turbar la apacible felicidad de esta familia. Era la próxima partida del Capitan Cadurcis. Habia sido propuesto muchas veces pero no podia serlo por mas tiempo. El corazon sensible, el carácter suave, la viveza i la dulzura del Capitan Cadurcis lo habian hecho querer de todos i todos sentian que su partida dejaba un vacío inseparable.

—No iré a pasearme en bote hoi, dijo el capitan a Venecia; es mi último dia. Mr. Herbert i Plantagenet piensan ir a Lavenza, salgamos nosotros a andar juntos.

Nada puede rehusarse a los que amamos en el último dia. Venecia, accedió inmediatamente a su pedido. En la mañana salieron del valle en direccion al mar. Muchas velas blancas vieron deslizarse sobre el azul de las aguas; era una escena llena de vida i de encantos, pero los dos estaban tristes.

—Debiera ser feliz, dijo el capitan i suspiró. El propósito mas querido de mi corazon lo he conseguido. ¿Se acuerda Ud., Venecia, de nuestra conversacion sobre el lago Maggiore? Ud. vé que era un profeta i que Ud. será Lady Cadurcis.

—No debemos desmayar jamas, yo no pierdo la esperanza de que volvamos a Inglaterra. Estoy segura de que mi tio hará algo i tengo la idea de que el obispo trabaja por papá. Estoy segura de que volveré a ver a Cherbury i Cadurcis será su casa.

—Hace un año Ud. parecia moribunda i Plantagenet era el mas desgraciado de los hombres. Ahora los dos están perfectamente bien i perfectamente felices, viviendo bajo el mismo techo i quizás pronto unidos para siempre con la cordial aprobacion de Lady Annabel. Todas las bendiciones del cielo parecen amontonadas en su hogar. I sin embargo estoy triste.

—Ah! todos seremos felices algun dia, dijo Venecia alegremente. Papá i mamá en Cherbury; Plantagenet i yó en la Abadía donde Ud. i su mujer vivirán con nosotros. El Dr. Masbam vendrá a pasar a nuestro lado las festividades de Pascua. ¿No será delicioso? Yo quisiera que Ud. conociera la Abadía, Jorje? Es un lugar encantador. Ud. va a prometerme que cuando llegue a Inglaterra va a ir en peregrinacion a Cherbury i Cadurcis i escribirme una larga descripcion de esos lugares.

—Le escribiré, Venecia, le escribiré mucho i quizá seré un corresponsal mas constante que Cadurcis.

I luego mirando hácia el mar añadió:—Me parece que el viento ha cambiado. Me parece que tendremos un siroco.

—¿Qué le pareció a Ud. mi papá cuando lo vió por primera vez? Era parecido a la persona que Ud. se habia imaginado?

—¿Exactamente! Tan espiritual! Plantagenet me decia cuando nos retirábamos la primera noche, que le parecia un fantasma dorado.

—Ah! si Vd. hubiese visto su retrato en Cherbury, cuando solo tenia veinte años. ¿Pero qué mira Ud. así Jorje?

—No me gusta este viento, murmuró el capitan. Ahí vá.

—Ud. no puede ver el viento.

—Sí puedo Venecia. Vé Ud. esa mancha negra que flota como una sombra sobre el mar? Es como el reflejo de una nube, pero no hai nube; ese es el viento, Venecia.

—¿Qué curioso! Ese es el viento.

—Haríamos bien en volvernos, dijo el capitan. Quisiera que no hubieran salido ahora.

—¿Pero no hai peligro, Jorje? preguntó Venecia.

—Peligro? nó, no hai peligro, pero pueden mojarse.

El capitan parecia distraido; su ojo espiaba al viento, por fin dijo:— Venecia, tenemos que andar de prisa.

Venecia apuró el paso i volvió a renovar sus alarmas, pero su compañero volvió a asegurarle que no habia peligro; sin embargo sus maneras no eran tan confiadas como sus palabras.

—Me habria gustado estar con ellos, dijo el capitan con evidente ansiedad.

—Jorje, Ud. está alarmado. Estoy cierta de que hai peligro.

—Peligro! Cómo puede haber peligro, Venecia?

Pero apurémonos porque luego vamos a tener el viento del Mediterráneo. Nos quedan pocos momentos.

—Váyase a mi lado, dijo el Capitan, tome mi brazo i ande de prisa porque dentro de un minuto no podremos ver una vara mas adelante de nosotros.

El peligro i la inutilidad de manifestar sus temores hicieron guardar silencio a Venecia, pero estaba aterrada.

Al llegar encontraron a Lady Annabel paseando en su cuarto. El capitan partió inmediatamente a ver si encontraba a Herbert i Cadurcis en la bahía de Spezia donde esperaba se hubiesen detenido.

Media hora despues llegó un mensaje del capitan en que anunciaba que no los habia encontrado, pero que por lo que habia oído no dudaba que los encontraría en Sarzana.

Ahora llegaba una terrible suspension. Sarzana estaba cerca de

veinte millas distante de Spezia i la tarde debia llegar antes que pudiese recibir noticias del capitán. Lady Annabel habia mandado mas de un mensajero a la bahia, pero no habia traído noticia alguna. Resolvió ir ella misma para poder quedar tranquila. No queria que la acompañara Venecia a quien temia le hubiera ya hecho algun mal la humedad de la mañana. La hora que siguió fué para Venecia de angustia i sin embargo la ausencia de su madre le sirvió de alivio en cierto modo: se veia libre de finjir una tranquilidad que no sentia. Mientras su madre estaba allí afectaba leer, aunque sus ojos no pudieran ni siquiera mirar sobre la página o dibujaba aunque temblara el lápiz en sus manos; pero ahora que Lady Annabel habia salido, Venecia, envolviéndose en un chal, se arrojó sobre el sofá i ahí se quedó sin movimiento, sin pensar, convertido su espíritu en un caos de imágenes terribles.

Su madre volvió. Venecia saltó inmediatamente del sofá.

—¿Hai noticias? han vuelto?

—No están en Spezia, le contestó Lady Annabel, pero hai buenas noticias. Ud. vé cómo tenia razon para ir yo misma. He visto un pescador i dice que ha oido que dos personas que él cree inglesas están en Lerici en un bote abierto.

—Gracias, Dios mio! exclamó Venecia. ahora puedo confesarle todo el terror que he tenido.

—Pobre Jorje! dijo Lady Annabel, tendrá que hacer una jornada terrible hasta Sarzana i que sufrir mucho por nosotros. Quizás los encontrará en el camino.

—Estoi segura de que lo hará i quizás dentro de poco llegarán los tres. Qué bueno!

—No deben volver a salir en ese bote.

—Oh! no lo harán nunca, mi querida mamá, si Ud. se los prohíbe.

—Debemos mandar a Lerici, dijo Lady Annabel.

—Al instante! exclamó Venecia, pero me parece que luego nos mandarán un mensajero.

—Nó, los hombres tratan el peligro pasado con mucha lijereza. Si no mandamos nosotras no oiremos hablar de ellos hasta que lleguen.

Mandamos a Lerici i poco despues impacientes salieron ellas mismas. Todo estaba radiante. La tenpestad habia pasado por completo. El sol se ponía.

—Suponte que no eran ingleses los que estaban en el bote, dijo Lady Annabel.

—Es imposible mamá. Qué otras personas pudieran andar en un

bote abierto. I ademas, el hombre dijo que eran ingleses. Deben ser ellos.

—Yo creo que no puede haber duda, añadió Lady Annabel.

El mensajero volvió. No habian llegado a Lerici dos personas en un bote; pero los habitantes habian visto un bote que pasaba hácia Sarzana.

Lady Annabel se puso pálida, pero Venecia dijo: están en Sarzana. Jorje tenia razon. I además, mamá, él sabe que están en Sarzana.

—I nosotras oimos que estaban en Lerici, añadió Lady Annabel con tristeza

Despues de una noche de ansiedad continuó la misma angustia a dia siguiente: los mensajeros traian noticias contradictorias i equívocas, Jorje no llegaba. Nada se sabia.

Venecia i su madre salieron para ver si mas felices podian recojer alguna noticia.

Cuando pasaban el pórtico, Venecia reconoció el capitan Cadurcis a la distancia. Se puso pálida i habria caido al suelo sino se hubiese sentido sostenida por su madre.

—¿Qué hai Venecia? dijo Lady Annabel.

—Está aquí, está aquí!

—¿Marmon?

—Nó, Jorje. Déjeme sentarme.

Lady Annabel se quedó muda al lado de su hija. Jorje se divisaba; Jorje llegó al pórtico; entró al cuarto.

Parecia angustiado, destrozado, loco. Mas de una vez quiso hablar, pero no pudo.

Lady Annabel lo miró con una espresion estraña i delirante. Venecia saltó sobre él, le tomó el brazo i lo miró fijamente. El apartó su cara de los ojos de Venecia i temblando se hizo a un lado.

La historia de esa noche habia tenido para Jorje todo lo que hai de mas amargo en la angustia i de mas aterrador en la desconfianza.

Habia ido aqui i allá, corriendo ajitado de villa en villa, preguntando por los viajeros a cuantos encontraba.

Imploraba el auxilio de todo el mundo i ganando a los unos por la simpatía que despiertan los que sufren, ganando a los otros con el dinero que prodigaba a manos llenas, habia cubierto las costas de emisarios.

Rendido por el cansancio i la fatiga, entrada ya la noche se sentó sobre un peñasco que dominaba una vasta estencion. El sueño vino a sorprenderlo. Habia olvidado dónde estaba cuando el azote feróz de una ola inmensa vino a despertarlo. ¡Miró a su rededor. Habia allí un

objeto. Saltó como un salvaje de su roca. Era un cuerpo. El cuerpo de su primo! Estaba frio i rijido, los ojos cerrados, una espresion de enerjia se reflejaba sin embargo en su prupila inmóvil. Mientras Cadurcis con el delirio de la desesperacion llamaba en su auxilio la ola de nuevo resonó a tu lado. El mar habia arrojado sobre la arena otro cadáver: el de Marmon. Herbert. Parecia no haber hecho ningun esfuerzo por salvarse, tenia una mano metida en el chaleco. I en la otra abierto el Phaedo de Platon, mostrando así que habia leído hasta el último momento i que meditaba en la inmortalidad cuando murió.

AUGUSTO ORREGO

BIB

EL TRABAJO

II

¡Salve brazo potente,
Del progreso inmortal motor gigante.
Noble sudor que empapa nuestra frente,
Mentor austero de nuestra alma errante!

Impulsion jenerosa
De lo que hai de inmortal en nuestro aliento,
Arcánjel que en la noche silenciosa
Das tus alas al noble pensamiento!

La voz del campesino
Te saluda cantando con la aurora,
Mientras las aves con amante trino
Cruzan el bosque que diamantes llora

I el pensador austero
Que en la luz de su lámpara te mira
En tí confía, augusto compañero
Del jenio audaz que su conciencia inspira.

II

Por tí crece la ciencia,
Por tí se eleva la projenie humana
I hai faros en el mar de la creencia,
I la nacion con la nacion se hermana.

Tú a Colon enseñaste
 A adivinar un mundo sumerjido
 En el abismo azul, tú le impulsaste
 A atravesar el piélago atrevido.

Divino consejero
 De Stéphenon i Watt, nombres jigantes,
 Santificas la mano del obrero
 I enjendras el Quijote con Cervantes.

Al inmenso oceáno
 Con ancho muro en su furor sujetas,
 I con Jackson, el jenio americano,
 Tú del dolor la abolicion decretas.

III

¿Qué importa que los reyes
 Por un palmo de tierra codiciada
 Para degollar pueblos dicten leyes?
 Contra el trabajo un rei no puede nada.

Si el odio i la venganza
 Forjan la espada i funden los cañones,
 Contra ellos se levanta una esperanza:
 El trabajo que eleva a las naciones,

El trabajo incesante
 Que educa i engrandece i santifica
 El hombre que trabaja es un jigante:
 Ama el bien i por él se sacrifica.

I lucha eternamente,
 Obrero del progreso indefinido,
 I muere con laureles en la frente
 O con el premio del deber cumplido.

IV

Artista, eterna idea
 Con su paleta o su cincel realiza
 Fídias o Apéles la belleza crea:
 Creaciones que el jenio inmortaliza.

Hombre de ciencia, juzga,
Estudia el mar, el bosque, las montañas,
I el secreto del rayo que sojuzga
Lo arranca de la tierra a las entrañas.

I taladra los montes
I escala los nublados altanero
I abre al estudio nuevos horizontes,
Del progreso inmortal eterno obrero.

I en tan ruda tarea,
Lucha jigante audaz i soberana,
Persigue el hombre una divina idea:
La eterna union de la projenie humana

V

I no luchas en vano,
Musculoso titan; mira allá léjos,
Mira ese espacio gris, inmenso llano
A que dá el sol sus últimos reflejos.

Informe hacinamiento
De ceniza i de sangre i fanatismo,
Crucifixion del sol del pensamiento
Por la furia brutal del negro abismo,

Sepulcro negro i hondo
Que oscura niebla ensangrentada asedia,
Acércate a mirar, lee en el fondo
I hallarás:—Aquí yace la Edad-Media!

I es el trabajo activo,
Es la jigante fuerza de tus hombros
La que produjo aquel milagro vivo,
Lo que aquel mundo convirtió en escombros

VI

I sigues tu camino
Pronto a la lucha, pronto a la tarea,
El jenio del trabajo es tu destino:
Hacha que arrasa, espíritu que crea!

¡Trabajo Sacrosanto!
 Tú transformas la tierra jenerosa
 Que el hombre riega con amargo llanto,
 Rompes la espina al tallo de la rosa;

En el fondo del alma
 Elaboras la idea, el sentimiento;
 Aquí sacudes del error la palma,
 Allá abres un camino al pensamiento

I la frente inclinada,
 Con cada gota de sudor fecundo
 Das aliento a esta tierra desdichada
 Engrandeciendo el corazon del mundo.

V

I no luchas en vano,
 Miras los titanes; mira allá los ejes,
 Mira ese espacio gris, inmensa llano
 A que da el sol sus últimos reflejos.

Informe nacimiento
 De cenizas i de sangre i fanatismo,
 Crucifixion del sol del pensamiento
 Por la furia brutal del negro abismo,

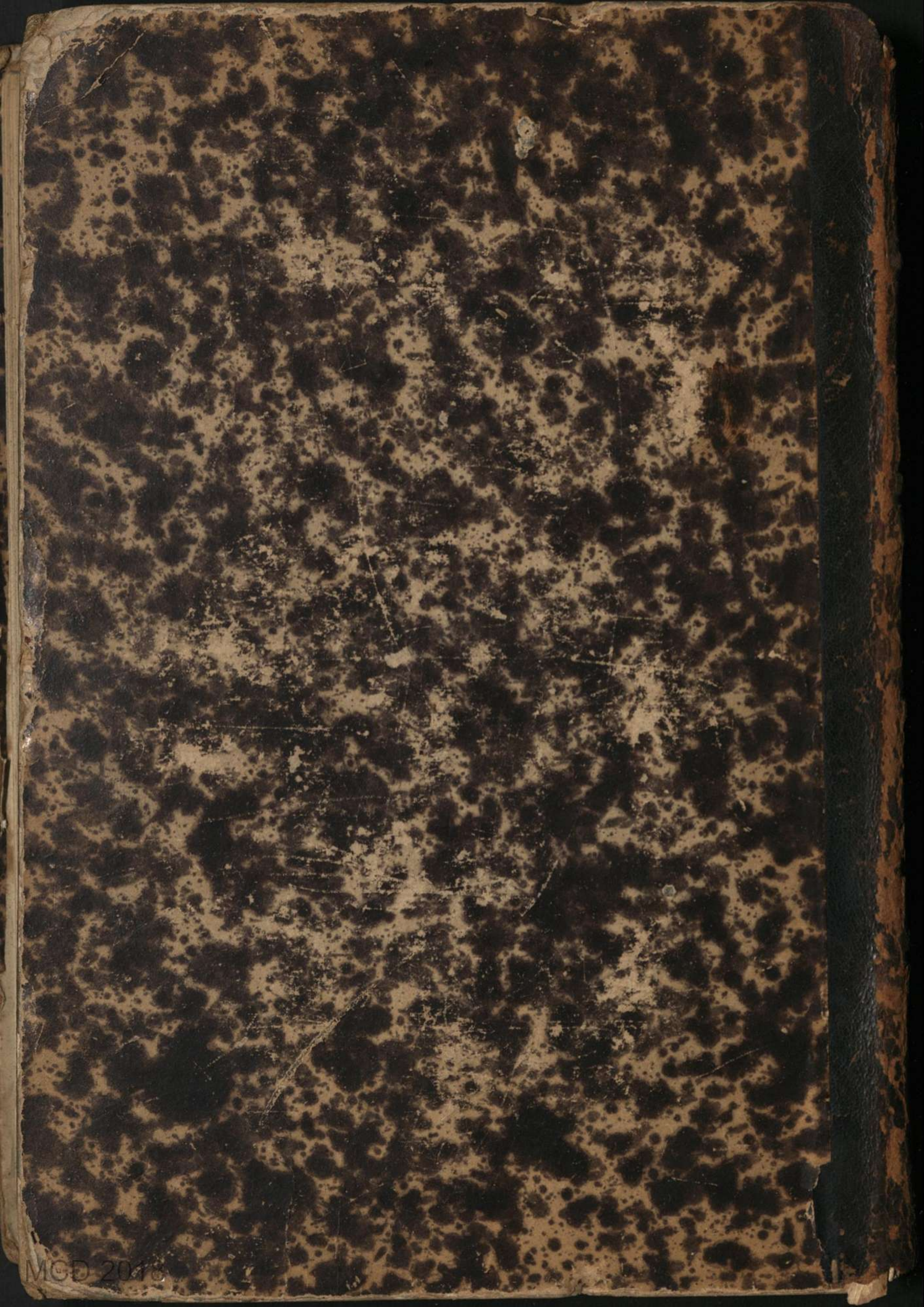
Requiere negro i fondo
 Que oscura niebla ensangrentada asedia,
 Aléctate a mirar, lee en el fondo
 I hallarás:—Aquí yace la Edad-Medial!

I es el trabajo activo,
 Es la gigante fuerza de tus hombros
 La que produjo aquel milagro vivo,
 Lo que aquel mundo convirtió en escombros

VI

I sigue tu camino
 Pronto a la lucha, pronto a la tarea,
 El jenio del trabajo es tu destino:
 Hecha que arrasa, espíritu que crea!

MCD 2018



MCD 2048